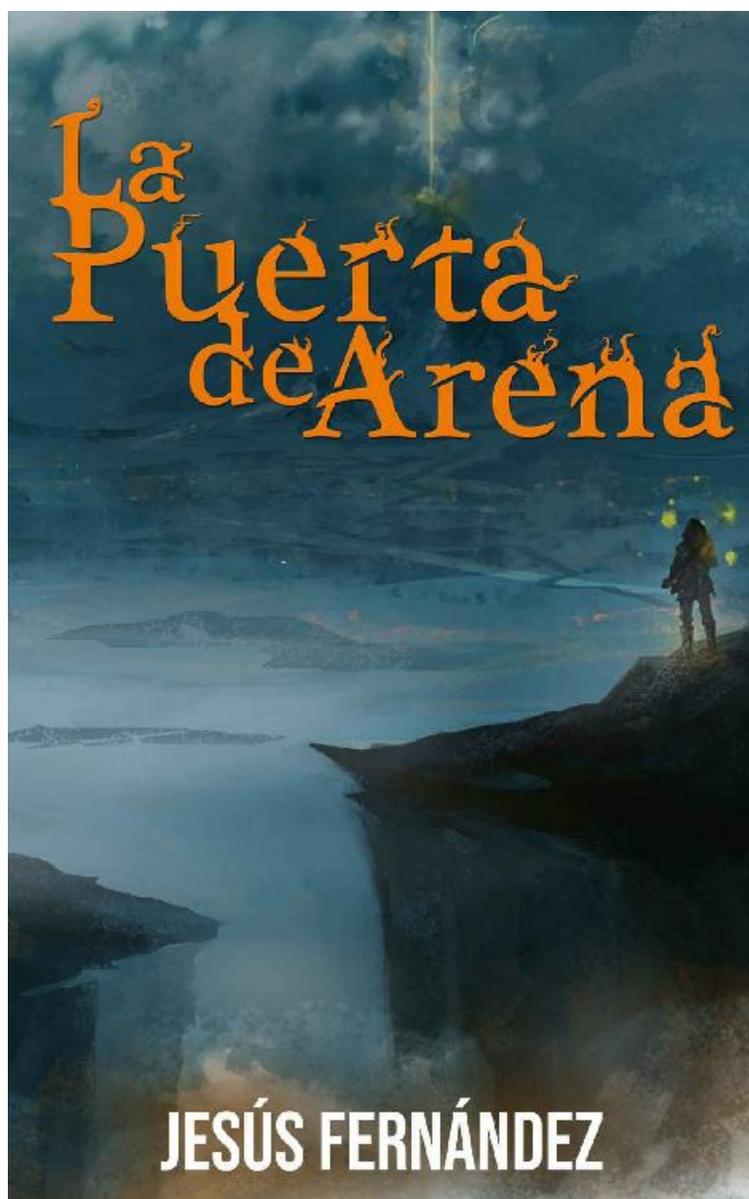


La Puerta de Areña

JESÚS FERNÁNDEZ



Derechos de autor © 2020 Jesús García Fernández

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

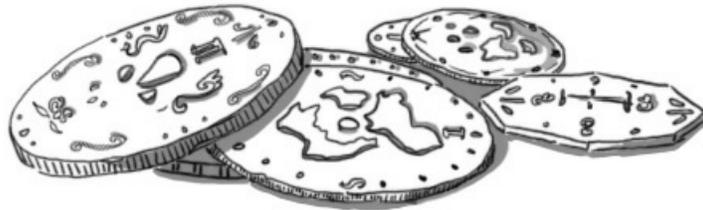
Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

El presente documento acredita que en el Registro de Propiedad Intelectual de SAFE CREATIVE tuvo lugar con fecha 12 de marzo de 2020 a las 16:23 UTC la inscripción de la obra con código 2003123289183 y título "La Puerta de Arena" realizada por el usuario con código 2003123317916. Este registro conserva un fichero con una copia o descripción de la obra, y como prueba para su identificación y de la fecha y hora de su registro se emite este documento, con fecha de 12 de marzo de 2020 a las 16:32 UTC, adjuntándose elementos probatorios.

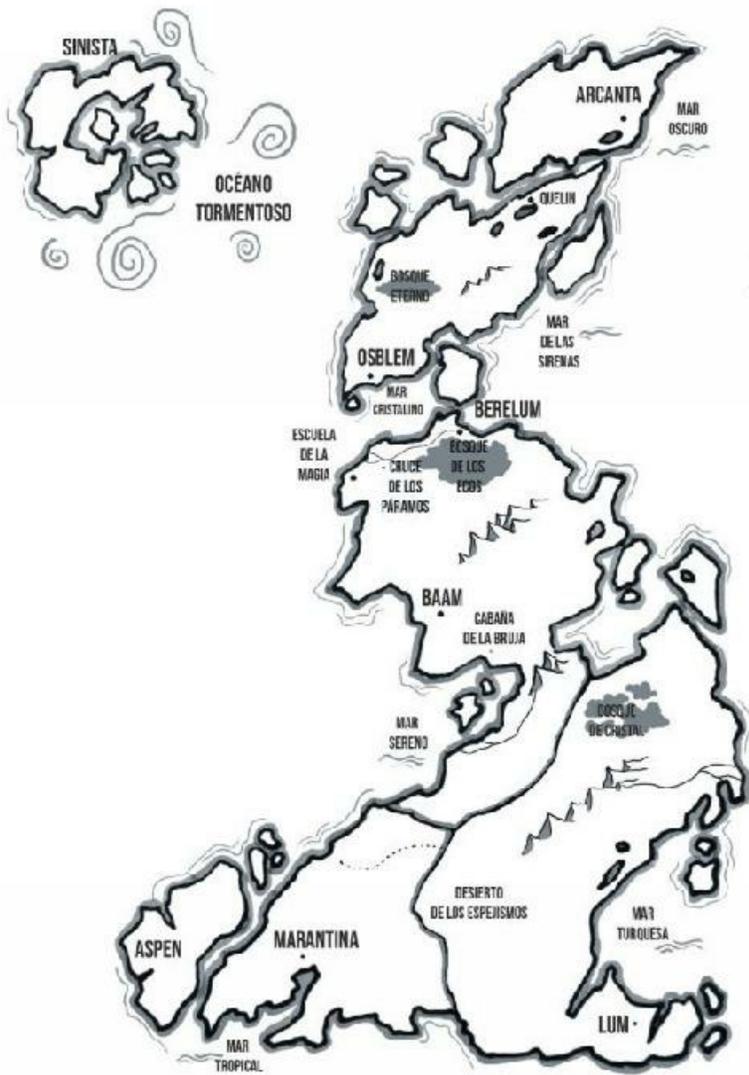
Diseño de la portada de: Jesús Fernández

*«A ella, por su edición y consejos,
a él, que lo ha leído el primero, cuando no era más que un montón de frases inconexas y a tí,
por ser el Faro que me guía.»*

La Puerta de Arena



Jesús Fernández



El hedor de la muerte

Los gritos de dolor podían oírse desde el pequeño y austero salón. Claramente hacía mucho tiempo que nadie pasaba por allí, todo estaba sucio, lleno de viejas telarañas y una densa humedad cargaba el ambiente. Pero a ninguno de los presentes le importaba, todos esperaban con aparente e infinita paciencia tras la puerta de la habitación, donde la chica y su enfermera trataban de expulsar a una criatura que no tenía intención de venir al mundo.

En el exterior nevaba como hacía tiempo que no lo hacía, de forma incesante y monótona, cubriendo el valle donde se encontraba la vieja cabaña.

Unas horas más tarde, el llanto del bebé inundó el pequeño lugar rompiendo el silencio que se había formado. Nadie se atrevía siquiera a respirar hasta saber el veredicto de la enfermera.

La exhausta madre, rota tras más de ocho horas de parto, pidió a la matrona que examinara a la criatura y cerrando los ojos, comenzó a suplicar en voz baja.

—Lo siento —dijo la enfermera tratando de usar el tono más dulce posible mientras cargaba al bebé en brazos para arrullarlo en una manta.

Hundiendo la cabeza sobre la almohada con fuerza y rabia, la madre comenzó a llorar desconsolada.

Al oír el llanto de la mujer, los presentes en el salón comprendieron.

—Estad preparados —advirtió una anciana que parecía la matriarca—, no tardarán en llegar.

Un joven de pelo rubio y ojos grises se apostó junto a la ventana y comenzó a estudiar el paisaje cubierto de nieve que se extendía hasta donde abarcaba la vista. Todo estaba en orden. Por unos segundos, sus pensamientos volaron a otro tiempo y su mirada se volvió triste. Apretó los puños con fuerza y un aura dorada emergió de ellos para elevarse por sus brazos.

Los demás, un hombre mayor de pelo cano que se encontraba muy nervioso y dos chicos gemelos asieron sendas espadas de cobre, esperando con toda la paciencia que la situación exigía para recibir la orden de la matriarca.

—¡Maldita sea Clare! Cada vez tenemos menos tiempo. —exclamó el hombre mayor con rabia.

—¡Cálmate Hanzel! —gritó la anciana—. Nuestro número también crece por días y cada vez nos es más fácil acabar con esas criaturas. Si conseguimos expulsarlas esta noche, tendremos el tiempo suficiente para esconder al bebé junto a los otros en las Cuevas Abandonadas y mantenerlo a salvo hasta que pueda defenderse por sí mismo.

El hombre asentía sin parar, no era la primera vez que él y su familia se enfrentaban a esta situación pero por desgracia, no era demasiado valiente. Siempre lo había admitido. Por eso fue

su mujer quien asumió el cargo de mantenerlos a todos. Ella era fuerte y valerosa. Quizá a veces demasiado pero tenía buen corazón, por eso creó ese pequeño clan que ayudaba a otras personas a defenderse de la plaga que acechaba al mundo.

La enfermera abrió la puerta de la habitación con el bebé en brazos que aún seguía llorando. La matriarca levantó un poco la tela que lo cubría para echarle un rápido vistazo y corroborar el diagnóstico de la enfermera.

No había duda, sus ojos reflejaban su naturaleza.

—La madre me ha pedido que lo esconda mientras vosotros os enfrentáis a esos seres repugnantes. —dijo sin saber realmente qué hacer con él.

—Deberías quedarte aquí con nosotros. —sugirió la anciana dando por hecho que aceptaría.

—No por favor, quiero irme —rogó la enfermera—, tengo familia y...

La matriarca la miró con ira.

—¡¿Cómo vamos a sobrevivir si no cooperamos entre nosotros?! —exclamó. —Debemos estar juntos para enfrentarnos a esta plaga que está destrozando nuestras vidas.

La enfermera no dijo nada y comenzó a llorar. ¿Qué podría hacer ella, una común, frente a unas criaturas infernales?

—¡Madre, basta! —dijo el chico que estaba junto a la ventana—, deja que se vaya, ya nos ha ayudado demasiado.

—¡Está bien! ¡Que se largue! —gritó la anciana escupiendo las palabras.

Agradeciendo de corazón la amabilidad del chico, la enfermera entregó el bebé a uno de los gemelos y abandonó la cabaña para correr a través del gélido valle.

—Morirá de frío en el camino de regreso al pueblo —sentenció la matriarca—, nuestra protección era más segura.

—Eso ya no importa madre, ha sido su elección. Hagel, ve junto a tu mujer y meteos en el armario. Lo he reforzado con cobre. —ordenó al gemelo que cargaba al bebé en brazos.

—¿Un armario reforzado? ¿De verdad, Pabel? —preguntó incrédula la anciana— ¿Crees que el cobre realmente puede con ellos?

La conversación entre la familia se estaba acalorando cuando un crujido sonó fuerte. Una grieta apareció en el cristal de la ventana y Pabel, dió un salto hacia atrás por instinto. La pequeña fisura se fue ramificando hasta abarcar toda la superficie que estalló en cientos de pedazos permitiendo entrar el aire helado del exterior.

—Ya están aquí —avisó la matriarca. —no creo que sean más de tres, cuatro a lo sumo. Si nos concentramos y colaboramos todos, podremos con ellos. —La anciana cargó sus puños con un aura azulada y comenzó a crear un arco espiritual. —Si estáis atentos a mis instrucciones saldremos ile...

No pudo terminar la frase. Una lanza fantasmal entró por la ventana, le impactó en el pecho y el golpe acabó con su vida al instante. Sus profundos ojos grises se apagaron ante la mirada de su

esposo y su hijo, que quedaron bloqueados.

—¡Por los Vaaros! —exclamó finalmente Hanzel que fue a socorrer inútilmente a su mujer.

Pabel trataba de buscar desesperado a las criaturas a través de la ventana pero no había rastro de ellas.

La nieve seguía cayendo implacable y un silencio desolador reinaba en el ambiente. El chico pudo ver las huellas que dejó la enfermera en su regreso. «Al final ella tendrá más suerte que nosotros» —pensó.

—Nu nu—nunca han u—usado la—lanzas. —decía Hanzel tartamudeando, aún sin dar crédito a lo que acababa de ocurrir.

—¡Tranquilo papá! Debemos mantener la calma si queremos salir de esta.

—Mira a tu madre Pabel, ¿se ha ido! ¿cómo me pides que esté tranquilo?

El sonido de unas pisadas lentas y pesadas se oyeron en el exterior e iba cobrando fuerza conforme se aproximaba. Quien fuese que lo provocaba, se detuvo en el pequeño porche que daba acceso a la cabaña y de nuevo, volvió a reinar el silencio en el valle.

Hanzel estuvo a punto de entrar en un estado de histeria cuando la puerta principal se descolgó y cayó al suelo rompiendo el silencio que se había formado.

Una densa niebla surgió en el aire llevando con ella un hedor a muerte y putrefacción.

En el umbral apareció una figura fantasmal. Era muy alta y llevaba su rostro cubierto por una máscara medio destrozada cuya forma algún día recordó a una mujer hermosa. Su armadura, oxidada y mugrienta, estaba adherida a su cuerpo verduzco y gaseoso por medio de algún tipo de Magia Antigua.

El ser entró en la sala cubriendo el suelo de madera con la nieve que había arrastrado en sus botas y por las grietas de su máscara, se podía vislumbrar la macabra sonrisa que dirigía a los presentes.

Alzando su mano, invocó a la lanza que arrebató la vida de la matriarca y golpeó el suelo con ella.

—¡Por Los Cuatro!—exclamó Hanzel. —Es uno de Ellos...

Después, la oscuridad los envolvió a todos.

El cementerio

«Somos más viejos que el tiempo, pues nosotros lo creamos. Vimos apagarse las estrellas en el firmamento y conocemos historias que harían temblar los cimientos del mundo que conocéis.

Muchos nombres nos habéis impuesto cuando jamás hemos deseado alguno. Quisimos pasar desapercibidos pero todo fue en vano.

Hemos visto caer imperios, fuimos testigos de la masacre del Pueblo Gris y conocemos las palabras que abren La Puerta de Arena en el reino de Lum.

El mundo no tiene secretos para nosotros pues hemos vivido en cada uno de sus días y sus noches. Si olvidáis vuestra esencia, tendremos que intervenir.»

El texto fue grabado en una plancha de cobre y colocado en la puerta del cementerio años atrás por el alcalde del pueblo. Un fanático de los entes divinos que quería advertir a las personas y mostrarles quién movía los hilos del mundo. Decía que lo leyó en una tablilla encontrada bajo unas enormes ruinas pero nunca nadie lo creyó. Todos pensaban que le faltaba un tornillo.

Vein conocía cada frase, cada palabra y cada punto de memoria pues pasaba por delante del cartel a diario. El cementerio era su hogar.

Su padre era el sepulturero y podía presumir de haber cavado la mayoría de las tumbas del santo lugar.

Su madre, se encargaba de tallar las estatuas que acompañaban a las almas de las personas por toda la eternidad. Ambos hacían un trabajo increíble y por ello, este cementerio era elegido por sujetos de todo el mundo para su descanso eterno.

Tenía las mejores estatuas, los más majestuosos panteones familiares e incluso sus alrededores estaban repletos de las flores más hermosas que después eran usadas para decorar las lápidas. En primavera, poder contemplar la gama de colores que poblaba el cementerio era un auténtico espectáculo.

Pero él lo destruyó. Como hacía con todo lo que apreciaba. Las palabras resonaban en la mente de Vein a diario provocando en él una perpetua tristeza que le ahogaba lentamente.

Tras la muerte de sus padres el nuevo alcalde, un hombre comprensivo y siempre dispuesto a ayudar, le dejó la casa donde había vivido con ellos. Una pequeña edificación de una sola planta con todas las comodidades que una familia de clase media podía necesitar y que estaba situada en la entrada del camposanto.

A cambio de mantener limpio el cementerio, una tarea no tan fácil debido a su volumen, Vein recibía unos cuantos valantos a la semana con los que hacía frente a sus gastos.

Aquella mañana, como mucha de las anteriores, llovía sin parar. No era esa lluvia que destrozaba cultivos y ocasionaba más problemas que bendiciones. Se trataba más bien de una cortina de agua fina y persistente, de una lluvia molesta.

Tras tomar un fuerte desayuno, Vein salió a hacer sus tareas. Guardaba sus utensilios de

limpieza en un pequeño apero construido por él y su padre a unos metros de la casa.

Se alegró al encontrar allí su capa amarilla que buscó minutos antes por toda la casa y que ya había dado por perdida y se paró unos segundos a inspeccionar el cuartillo, sin duda le hacía falta también una mano de limpieza.

El nuevo sepulturero, que aunque llevaba unos años trabajando, para el chico seguía siendo el nuevo, estaba arreglando una lápida que se había partido. Triste resultado tras el paso de una banda de delincuentes juveniles que últimamente merodeaban por el cementerio para realizar todo tipo de actos vandálicos.

Vein lo saludó con la mano y éste se lo devolvió con un leve gesto. Bastante seco para su habitual forma de ser. El chico pudo captar algo extraño en su mirada. Parecía juzgarlo.

Aceleró el paso y dio un rodeo para evitar la *zona oscura* como él la llamaba, se trataba de el lugar donde estaban enterrados sus padres. Sin hacer ninguna parada subió hasta la nueva expansión, unas colinas creadas con Magia con la intención de ampliar los límites del cementerio hacia arriba.

Allí pudo divisar a un grupo de Tejedores que tallaban diferentes estatuas con motivos divinos.

«No son como las de madre», pensó «sus manos eran mejores que cualquier Don de un Tejedor, por eso era tan especial»

El chico saludó al grupo y de nuevo, la misma sensación. Todos le miraban con reproche. Una mujer de pelo grasiento y mirada estrábica se adelantó al resto. Llevaba un delantal blanco manchado de un líquido oscuro.

—¡Tú! —gritó señalando con la herramienta que estaba usando para tallar. —¿Cómo puedes vivir tranquilo después de lo que les hicistes?

—¡Deberías acabar con tu vida! —sentenció otro, un hombre que le recordaba bastante a su padre y que jamás había visto por allí.

Las palabras golpearon al chico y le hirieron con fuerza. La muerte era algo en lo que había pensado en numerosas ocasiones e incluso se atrevió a intentar arrebatarse la vida. Pero algo impidió que cumpliera su objetivo, algo oscuro y tenebroso.

El grupo lo rodeó, Vein comenzó a ponerse nervioso y a temblar. Trató de correr pero su cuerpo pesaba mucho más de lo normal y apenas podía moverse. Lentamente y tratando de vencer a la fuerza que le retenía, llegó hasta un mausoleo que aún se encontraba en construcción y al tropezar con unas tablas superpuestas en la entrada, se precipitó hacia dentro. A la oscuridad.

—Hijo mío —habló la voz que siempre invadía sus sueños—, sé que puedes oirme. Responde a mi llamada.

Unos hilos negros brotaron de su interior y comenzaron a envolverlo lentamente.

—¡Déjame de una vez! —gritó Vein desesperado.

Pero la masa oscura se movía con inteligencia propia y lo enrollaba como una araña a su presa.

Vein despertó en su cama empapado en sudor y el corazón le latía con fuerzas. La luna, con su rebotante energía que caía en cascada por el firmamento, brillaba con fuerza y su luz se filtraba a través de la ventana.

—Gracias por despertarme. —le dijo mirándola con tristeza.

La luna era su eterna compañera. Podía pasarse horas observando cómo su energía se desprendía lentamente hasta perderse en la oscuridad del cielo desprovisto de estrellas. Desde niño aprendió a contarle sus secretos y vivencias, y de alguna forma, Vein sabía que lo estaba escuchando.

Además, y por suerte para ella, estaba tan alta que jamás podría hacerle daño. Como hacía siempre a los demás.

Murmullos en el viento

—Celos, envidia...¿Quién no ha sido invadido alguna vez por este sentimiento que puede destruir en un instante y sin piedad los cimientos del amor o la amistad construidos entre las personas? —preguntó el profesor, un hombre alto, de pelo rubio y porte elegante mirando a todos los alumnos presentes.

Como nadie contestó, el hombre ojeó rápidamente sus apuntes y continuó.

—Desde épocas antiguas y con los primeros hombres, las relaciones entre los individuos han dado lugar a grandes hechos de la historia. ¿Por qué desapareció el pueblo Gris si eran sabios por excelencia? —volvió a preguntar sabiendo que no obtendría respuesta—, por la envidia de una persona. ¿Por qué se destruyen familias, amistades o... relaciones entre personas que se aman? —Esto último lo dijo con un tono diferente, melancólico—. Exacto, de nuevo por los celos o la envidia. Nadie está a salvo de estos sentimientos, pero ello no nos convierte en seres malvados si no todo lo contrario, nos hacen humanos. Pero tenemos que aprender a llevarlos...

—¿Acaso os aburro? —preguntó dejando de leer el texto que tenía entre manos y que él mismo había preparado para la última clase de relaciones humanas.

El silencio del aula fue interrumpido por un trueno en el exterior. Una tormenta polar se había formado y llevaba varios días azotando al pueblo y sumiéndolo en una oscuridad casi total. Calles y plazas se habían cubierto de nieve dejando un paisaje blanco que dificultaba las tareas más rutinarias.

Aunque esta borrasca era especialmente intensa, las tormentas en el pueblo de Quelin eran algo tan frecuente que las personas seguían sus vidas sin darles apenas importancia.

—Si lo preferís, puedo contaros algo sobre Ellos... —sugirió sabiendo la respuesta que iba a recibir.

La mayoría de los alumnos volvieron en sí, como si despertaran de un largo trance. Uno de ellos puso especial atención pero trataba de disimular.

El profesor, que tenía una visión general de todo el aula se percató y dirigió la vista hacia él con complicidad.

El chico rechazó la mirada y fingió observar a través de la ventana la espesa nevada que estaba cayendo.

Las palabras del hombre comenzaron a invadir su mente y al final se dejó vencer por la fascinación que le causaba el tema.

—Somos más viejos que el tiempo, pues nosotros lo creamos —comenzó a decir creando un aura mágica que atrapó a los alumnos—, vimos apagarse las estrellas en el firmamento y

conocemos historias que harían temblar los cimientos del mundo que conocéis. Muchos nombres nos han impuesto cuando jamás hemos deseado alguno...Fuimos testigos de la masacre del pueblo gris y conocemos las palabras que abren La Puerta de Arena en el reino de Lum...

La narración fue interrumpida por una profesora de pelo negro y muy largo que entró sin llamar a la puerta. Llevaba el uniforme del profesorado, compuesto por un pantalón y una camisa negra y una bata blanca con diferentes bolsillos, la mayoría de ellos manchados de tinta multicolor.

El profesor se detuvo para observarla. Brevemente, esperó su reacción pues no había duda que había escuchado parte de la historia.

—Necesito tizas, Hergel. Sé que hoy es el último día de clase pero quiero dejar mi aula perfecta para el regreso. Ya conoces mis manías y sé que siempre guardas varios paquetes de sobra en tu cajón. —dijo señalando con una de sus uñas excesivamente decoradas.

—Por supuesto Estel, cógelas usted misma pero déjeme alguna aquí. No me gusta quedarme sin ellas. —contestó sonriendo—, yo también tengo mis manías.

La profesora se acercó y tomó varias tizas que guardó en uno de sus bolsillos. Cuando pasó junto a Hergel le susurró algo al oído y el rostro del hombre se tornó serio. El chico trató de escuchar lo que le había dicho, pero la distancia y el sonido de la tormenta se lo impidieron.

—Disculpadme un momento. —rogó a los alumnos mientras salía del aula.

El alboroto típico que ocurre cuando el profesor abandona la clase surgió entre los jóvenes presentes.

—Hergel, ¿qué estás haciendo? ¿En qué estás pensando? —preguntó la profesora alterada.

—Estel, no iba a decir nada más allá de lo que todos conocemos. —Trataba de disculparse el hombre cuando realmente no quería hacerlo.

—¿Quieres que vengan a por nosotros? ¿A un colegio lleno de niños?

—Creo que estás exagerando. Nadie va a venir a por nosotros.

—Deja de hablar de Ellos o te juro que...

—¿O qué? —contestó Hergel cansado— ¿De verdad me vas a amenazar otra vez con contárselo al director?

La profesora respiró hondo e hizo un gesto para tranquilizarse. Después, echó a andar por el pasillo hasta llegar a su clase donde cerró con un fuerte portazo.

—La ignorancia y el miedo actúan por ella. —se dijo a sí mismo en voz alta.

El hombre regresó al aula y al abrir la puerta, los alumnos permanecieron en silencio, como si nunca hubiesen alzado la voz. Hergel, que los estaba oyendo desde el pasillo mientras hablaba con la profesora sonrió. Eso era lo que le gustaba de los jóvenes. Su increíble inocencia y picardía, por eso eligió la enseñanza.

Tras acomodarse en su asiento, tomó de nuevo los apuntes que había preparado para la clase y continuó hablando sobre sentimientos humanos.

—Le ha pedido que pare —se dijo a sí mismo el chico que continuaba observando la nevada

—, nadie quiere oír hablar de Ellos, ¿por qué se les tendrá tanto miedo?

Iba a entrar de nuevo en una de sus batallas mentales pero el sonido de la sirena que marcaba el fin de las clases lo interrumpió.

El alboroto formado al arrastrar las sillas y mesas acompañado de los gritos de alumnos que ya pensaban en las vacaciones inundó el pequeño colegio.

El chico esperó que todos salieran del aula para acercarse al profesor.

—Hergel.

El hombre se sorprendió al escuchar su nombre. Rara vez lo llamaba así.

—Necesito saber más sobre los Vaaros. Podríamos vernos...

—Shhh —intervino para tratar de que el chico no pronunciase el nombre y lo oyese algún profesor que pasase por allí.

—¡Déjelo! —exclamó malinterpretando el gesto. —¿Realmente piensa que por nombrarlos van a saber donde estoy? Si es así —Comenzó a gritar en voz alta mientras se giraba para hablar a un público inexistente—. ¡Adelante! ¡Venid de una vez a por mí! ¡Os llevo años esperando!

Unas lágrimas comenzaron a caer por el rostro del joven que estuvo a punto de caer al suelo por la emoción. Para su corta edad, había sufrido demasiado y vivía en una constante tensión que le provocaba frecuentes episodios de ira hacia el mundo.

El profesor se adelantó para sujetarle y se agachó un poco para colocarse a su altura.

—Edian —dijo mientras le sostenía la mano—, sé que sientes rabia y dolor pero solo tienes catorce años. Eres muy joven para entender cómo funciona el mundo. No todo tiene una explicación o es justo. Las cosas no se rigen por la lógica o el sentido. Debes aprender a vivir con eso para hacerte cada día más fuerte. No lo olvides nunca.

—¡Para tí es muy fácil! —dijo con rabia mientras se apartaba de él—, fue a mí a quien dejaron aquí. Estoy solo en un mundo de Tejedores que imponen sus Dones frente a los comunes como yo. —El chico golpeó una mesa—. ¡Me abandonaron a mi suerte! ...y no me dieron respuestas. —finalizó dejándose caer en una silla.

—Algún día las encontrarás. —le dijo haciendo un esfuerzo por ignorar su rabia—. Ahora ve a casa, y no malgastes el fabuloso regalo que es el presente pensando en algo que aún no puedes solucionar.

Dándole una palmada en la espalda, le invitó a salir del aula.

—Nadie me espera en casa. —dijo antes de desaparecer en el pasillo.

Con sus palabras no tenía la intención de dar pena. Solo estaba recordando al profesor su situación. Edian era un chico valiente que había aprendido con los años a ser autosuficiente.

Hergel se asomó a la ventana y permaneció unos instantes inmóvil, viendo la nieve caer. Las palabras de Edian habían resonado en su mente calando hasta lo más profundo de su ser.

La quietud del momento fue interrumpida por el crujido de una ventana. Un leve sonido, como una advertencia que hace una madre antes de reprimir finalmente a su hijo. El viento aprovechó para filtrarse por la pequeña fisura y comenzó a soplar fuerte, pareciendo murmurar palabras en su

antiguo lenguaje.

—Es solo una casualidad, Hergel —se dijo a sí mismo—, sabes de sobra que nosotros no les importamos.

El hombre habló en voz alta para confirmar que nadie lo escuchaba pues aún sabiendo más que la mayoría de las personas sobre los Vaaros y su mundo, una diminuta parte de él seguía sintiendo miedo.

Después, borró la pizarra, recogió sus apuntes y echó un último vistazo al aula. El siguiente curso tendría que decorar un poco la habitación. Le faltaba algo de color que contrastara con el eterno gris del exterior.

Tejedores

Lejos del helado pueblo de Quelin y ajena por completo a la vida de Edian, una chica con el cabello rojo como un atardecer de verano caminaba por una amplia calle llena de gente.

El vaivén de sus pasos hacía que su pelo se balancease de un lado hacia otro otorgándole un aire carismático que hacía fácil reconocerla desde la distancia.

Paseaba por la ciudad de Osblem, la cual tenía los edificios más altos del mundo. Observando sus complicadas formas, no había duda de que los mejores Tejedores habían usado sus Dones para construirlos.

Algunos de ellos, los más importantes, flotaban en el aire otorgando a la ciudad de una belleza distinguida.

Todas las calles, incluso las más pequeñas, estaban iluminadas con luces artificiales de tonos azulados que les daban un aspecto mágico.

El reino poseía numerosos Tejedores de la realidad y no habían reparado en gastos a la hora de construir su ciudad. Por ello, era admirada por el resto del mundo...excepto por el reino de Lum. Su ciudad no tenía competencia.

La chica se encontraba muy feliz esa mañana y lo demostraba sonriendo a todo aquél con el que se cruzaba. Su madre había conseguido, después de mucho esfuerzo, el trabajo de sus sueños y ahora tenía la estabilidad que tanto ansiaba. Trabajar para la corte era algo que garantizaba un empleo duradero.

Ese día era festivo, pues se celebraba el trigésimo centenario del ascenso de la familia real al poder. No había clases y casi todos los comerciantes habían cerrado unas horas para adornar las calles que visitarían los reyes posteriormente.

La ilusión por el día era tal, que incluso se decoraban algunas por las cuales no pasarían jamás.

A ella no le importaba nada de ese evento. Aunque la familia real era parte indirecta de su vida, no era algo que le quitase el sueño. Respetaba los rangos y aceptaba la monarquía pues al final, ellos levantaron la ciudad donde hoy en día se podía vivir sin miedo y eso era algo a tener en cuenta.

Además, no eran crueles como había oído hablar de los reyes de otros reinos. Si en Osblem aportabas la cantidad acordada a las arcas reales, no había ningún problema. Todo el sistema estaba organizado para que funcionase. Limitaban el número de comercios similares, controlaban los precios, etc.

La cuota, que así llamaban a la aportación, no era un problema para ella y su madre. Su padre murió en la batalla que liberó al reino de la opresión de los centauros y esto las liberaba de la aportación semanal a la casa real.

Ella era muy pequeña cuando ocurrió, así que aprendió a vivir con las historias heroicas de su

padre y el coraje de su madre para sacarla adelante.

La chica oyó unos gritos de auxilio. Prestando un poco de atención, trató de encontrar el lugar de procedencia. Algunas zonas de la ciudad, sobre todo las de la parte más antigua, eran un completo laberinto que solo conocían los que habían crecido en ellas.

Corrió hacia un pequeño callejón donde algunos negocios guardaban sus artículos en unos almacenes improvisados. A pesar de ser una calle poco transitada, estaba limpia y reluciente.

Junto a un grupo de cajas de la herboristería, unos chicos gritaban y golpeaban a otro que nada podía hacer para defenderse.

—¡Parad! Si seguís así lo vais a matar. —les gritó con fuerzas acercándose un poco más a ellos.

El corazón se le aceleró. Odiaba cualquier escena de violencia.

Al no recibir respuesta, continuó aproximándose hasta conseguir oír la conversación que mantenían.

El que parecía el cabecilla, un chico gordo de pelo grasiento cuyas ropas estaban bastante sucias, recriminaba a la víctima por haber robado en el puesto de su padre. Los otros dos, unos niños tan delgados que parecían insectos no decían nada pero también golpeaban sin parar.

El que estaba en el suelo, algo más pequeño que los otros, trataba de parar inútilmente los golpes con sus brazos.

—¡He dicho que paréis! —repitió la chica.

Una suave luz azulada iluminó el rostro de los chicos que, momentáneamente cegados, trataron de buscar su origen. La respuesta llegó de inmediato.

La chica estaba flotando y su pelo ondeaba en el aire de forma fantasmagórica. Bailaban como lo hace el fuego de una hoguera en una oscura noche cerrada. De sus manos emanaba una poderosa luz azul que se reflejaba en todos los rincones del pequeño callejón.

—Mirad lo que tenemos aquí, es una Tejedora. —dijo el cabecilla pronunciando las palabras con toda la repulsión que pudo expresar.

Los tres dejaron de golpear al chico que entornó los ojos tratando de ver lo que estaba ocurriendo.

Entonando unas suaves palabras, la chica emitió un pulso de luz que lanzó al suelo a dos de los atacantes. El más grueso consiguió aguantar en pie y se dirigió hacia ella para detenerla pero ésta, sin esfuerzo alguno, volvió a emitir otro pulso de luz más fuerte.

El cabecilla cayó de bruces al suelo y sus dos lacayos se acercaron a él para levantarlo. Inmediatamente, los tres se marcharon del lugar mientras maldecían a todos los Tejedores del mundo.

—¿Estás bien? —le preguntó mientras se acercaba.

—Sí, gracias —contestó el chico—, me duele...

Se puso en pie y comprobó que no tenía ningún rasguño. No le dolía nada.

La puerta trasera de la herboristería se abrió provocando un fuerte chirrido. La propietaria salió para ver qué estaba ocurriendo pues el pulso de luz había hecho temblar las estanterías del

local.

—Todo está bien, señora Flarel. —gritó la chica con una amplia sonrisa.

La mujer hizo una mueca y volvió adentro provocando de nuevo el espantoso ruido de la puerta.

—¿Dónde están mis heridas? —preguntaba el niño sin dejar de tocarse el cuerpo.

—Las he sanado. —contestó la chica sin darle importancia—, los pulsos de luz que he lanzado, iban dirigidos realmente hacia tí, pero puedo decidir su función según el objetivo.

—¿Pulsos? —preguntó sin la menor idea de lo que hablaba.

—Soy una Tejedora —informó la chica sonriendo—, mi Don es sanar las heridas de las personas pero por desgracia, solo las físicas, las que menos duelen..

El chico asintió pero seguía sin entender de qué estaba hablando.

—¿Realmente habías robado en el puesto de su padre?

—Más o menos —confesó vacilante—, pensaba que iba a ser difícil explicártelo, pero ahora que te he visto levitar... como te habrás podido dar cuenta, no soy de aquí. —El chico señaló el oscuro tono de su piel—. Estaba pasando el día en el campo con mi familia cuando decidí salir a explorar con mi hermano. Él siempre me dice que soy un cobarde, pero yo no lo creo, y me dijo que fuésemos hasta Las Puntas, unas piedras bastante llamativas que hay no muy lejos de mi poblado. Para demostrarle que no soy ningún cobarde le dije que sí.

La chica no esperaba una respuesta tan larga pero aún así estuvo escuchándolo hasta que terminó.

—De pronto, comencé a sentirme atraído por esas piedras —continuó narrando—, no sé cómo explicarlo. Puse un pie en ella, todo se volvió negro y aparecí aquí... Bueno aquí no —decía sin parar de gesticular con las manos—, caí en unas piedras similares no muy lejos de la ciudad y... está bien, sí, cogí un par de manzanas del puesto o quizá más pero...tenía hambre ¿vale?

La chica no paraba de reírse por su forma de hablar. El niño debía de tener algunos años menos que ella y su mirada de ojos grandes y grises causaron en ella una ternura inexplicable.

—Me llamo Nadia —le dijo tendiéndole la mano—, puedo ayudarte a regresar a tu tierra. ¿De dónde eres? ¿Aspen?

—¡Casi! —contestó el chico como si estuviese jugando—. Soy de Marantina y me llamo Reese que se pronuncia “*Irris*”. Nuestro color de piel es más achocolatado que el de los Aspenses. La suya es más rojiza, como les gusta tanto el fuego... —concluyó riéndose de su propio chiste.

Nadia no lo entendió pero le sonrió. Ambos salieron del callejón y andaron hasta un parque cercano.

—¿Algún pastel preferido? —preguntó la chica.

—Me encantaría comerme un *Brocato*. —contestó el chico emocionado.

—Eh...me parece que no tenemos de esos aquí.

—¿Y cómo podéis vivir sin ellos? —Reese no podía dar crédito a las palabras de Nadia—. Entonces trae el que quieras.

La chica fue hacia una tienda de pasteles cercana y compró un par de ellos.

El tiempo marcaba el mediodía y el sol, que pronto se vería cubierto por las nubes, bañaba la ciudad con una calidez que invitaba a tirarse al césped y pasar las horas sin hacer nada más que disfrutar del momento.

Algunos padres jugaban con sus hijos a hacer pequeños castillos de arena. Otras personas paseaban tranquilamente o hacían ejercicio en unas instalaciones creadas para ello.

Nadia reparó en una madre que llevaba a dos hijas gemelas de la mano. Iban al puesto de helados y sonreían sin parar.

—Un simple helado les hace más feliz que cualquier cosa en estos momentos. —dijo sonriendo—. Cuando veo a la gente así me siento más poderosa. Es como si pudiese tocar su felicidad con mis dedos.

El chico observó a las niñas y asintió de forma infantil. Luego señaló un columpio y ambos se sentaron en él.

—Estoy más tranquilo. —dijo mientras devoraba el pastel—. Llevo un par de días aquí y estaba comenzando a tener un poco de miedo. Mis padres tienen que estar muy preocupados y ellos son lo que más quiero.

—Te entiendo. Pronto los volverás a ver. —contestó Nadia tratando de consolarlo. —Oye Reese, ¿Cómo has hecho para comer estos dos días?

—Bueno, si te digo la verdad, al muchacho que me pegaba no le faltaban razones para hacerlo. Estos dos días he estado cogiendo comida sin parar de su puesto. Su padre hace unas empanadas... —El chico se relamía los labios.

—La violencia nunca es la solución. —Nadia se incorporó para tirar el envoltorio del pastel a la papelera y se dirigió a Reese.

—Sabes que eres un Tejedor ¿verdad?

—Ni idea de qué es eso. —contestó con sinceridad.

—Seguro que en Marantina lo llamáis de otra forma. Los Tejedores somos personas que hemos adquirido algún Don especial. —La chica se sentó en el columpio y comenzó a balancearse progresivamente—. Podemos manipular la realidad para diversas funciones como construir, sanar, destruir o... proyectarnos, como es en tu caso. —continuó explicando mientras tomaba impulso.

Cuando más alto estaba, se dejó caer y justo antes de tocar el suelo, permaneció levitando mientras una luz azul comenzaba a rodearla de pies a cabeza.

—¿Y el tuyo es volar? ¿O sanar?

—Sanar. Lo otro es algo innato... o quizá tenga dos Dones, no lo sé.

—En Marantina hasta donde yo sé, los tejedores tejen ropa y lo que estás describiendo pues...solo somos los raros. Aunque no te fies mucho, yo vivo en un poblado muy al sur de la capital y a ver, solo tengo ocho años...no esperes que sepa de todo.

Nadia volvió a sentir esa ternura. Cuanta inocencia desprendía. Instintivamente se había

propuesto cuidar de él hasta que volviese con su familia.

—Ven a casa —dijo—, mi madre estará encantada de conocerte y de paso podrás asearte y coger algo de abrigo si lo deseas. Aunque al ser Tejedor no habrás pasado frío, ¿Me equivoco?

—¿Es que huelo mal?

—Bueno... digamos que a rosas no hueles. —bromeó la chica.

Los dos rieron. Después, abandonaron el parque y descendieron por las cuestas que conducían a la parte antigua de la ciudad.

Sobre ellos, el cielo se cubrió de nubes que comenzaron a descargar unas finas gotas de agua. El olor a petricor inundó suavemente las calles con su fragancia particular. Nadia y Reese inspiraron al unísono. Era un olor especial para ambos.

El astillero abandonado

Vein corría a toda prisa entre las miles de tumbas que formaban el majestuoso cementerio de Berelum.

Se había criado allí así que conocía todos sus callejones, los mausoleos olvidados donde se refugiaba cuando era perseguido por sus compañeros de clase, las tumbas abiertas y un sinfín de lugares secretos. Le encantaba correr sintiendo la brisa del viento.

Llegó hasta un claro situado en la cima de una de las nuevas colinas. La vista desde allí era impresionante y podía divisar a lo lejos el gran acantilado que limitaba naturalmente el cementerio hacia la parte norte.

Se sentó en la hierba y se dejó caer hacia atrás. El viento soplaba suavemente meciendo su cabello blanco que ondeaba como espuma en el mar. Venía cargado con la mezcla del olor de las flores y Vein podía diferenciarlos e identificar a cual pertenecía.

Sobre él, las nubes formaban figuras diferentes que el chico contemplaba plácidamente. «¿Cuándo comenzará mi vida?» —se preguntó.

Después, cerró los ojos y se dejó arrastrar hasta el mundo de los sueños. Su mente voló a un lugar donde hacía tiempo que no se adentraba, el astillero abandonado. Una zona de la playa donde una antigua familia poseía su negocio y que hoy en día no eran más que ruinas oxidadas.

Se vio corriendo entre los barcos, huyendo de Scrot, el villano de la escuela y sus inseparables secuaces.

Vein podía observar la escena como si fuese la actuación de una obra de teatro que había visto cientos de veces.

Trepó por la escalera de un gran buque castigado por el tiempo cuyos hierros estaban oxidados y los tablones de madera apenas se mantenían en pie. Tras él, varios niños encabezados por Scrot le lanzaban gritos y tiraban piedras.

—¡Siempre serás el rarito *pelo nieve!* —le decían—. Has nacido en un cementerio, ¡es normal que estés loco!

Vein sonrió. Aunque ocurrió varios años atrás, recordaba la historia perfectamente y era consciente de estar soñando. Sabía lo que iba a ocurrir a continuación y se quedó quieto, contemplando la escena pacientemente.

Los niños llegaron a la cubierta del barco y rodearon a Vein. Scrot le agarró por los brazos y lo dejó caer a un pequeño hueco que se había formado al hundirse algunos tablones putrefactos.

—Te quedarás ahí un tiempo, rarito. —decía mientras Vein repetía las palabras.

—No me dejes aquí por favor, no soporto estar solo. —suplicaba él.

—¡Así aprenderás, *pelo nieve!* —gritaba Scrot mientras comenzaba a bajar por las escaleras.

Lo que ocurrió después fue contado por los otros chicos que acompañaban a su líder. Según éstos, unos hilos oscuros como una antigua noche sin luna, surgieron del lugar donde Vein estaba atrapado y agarraron a Scrot que salió despedido hacia arriba. Los dos pudieron ver el rostro desencajado de su jefe antes de desaparecer tras la cubierta.

La escalera del barco se partió y ellos cayeron al suelo fracturándose algún que otro hueso con el impacto.

Horas más tarde, cuando los padres con ayuda de la guardia de Berelum pudieron subir hasta el buque, encontraron a sus hijos abrazados e inconscientes dentro del agujero.

Scrot tenía múltiples cortes en diferentes partes del cuerpo pero su vida no corrió peligro.

Desde entonces, nadie volvió a llamar rarito a Vein y aunque la historia fue creciendo cuanto más se contaba, llena en ocasiones de adornos innecesarios, nadie supo exactamente qué ocurrió aquel día sobre la cubierta del barco.

Un sonido metálico despertó a Vein de su sueño. Debía haber pasado algunas horas puesto que las nubes habían teñido el cielo de gris, cubriendo por completo la luz del sol.

Se incorporó y observó la figura de un hombre tras él. Parecía cansado, como si hubiese perdido el porte elegante de tiempo atrás. Vestía una túnica negra sucia y mugrienta, la prenda estaba desprovista de mangas y se ajustaba a su cuerpo de forma impecable. Encima, llevaba una aterciopelada capa que ondeaba en el viento cuyos bordes inferiores estaban hechos jirones. Su brazo izquierdo estaba tan lleno de tatuajes que a simple vista formaban un complejo entramado.

—¿Quién eres?

—No tengo mucho tiempo. —contestó el hombre con una voz apenas audible.

Vein pudo oír una segunda voz pero no consiguió entender lo que dijo. Era fría y distante, le recordaba a uno de los autómatas de Sinista que trajeron un día a clase.

El hombre avanzó hasta un árbol y un sonido metálico lo acompañó. Como si arrastrase decenas de cadenas pesadas.

—Encuentra a Laiya. —dijo con una voz apenas audible.

—Ven a la escuela. —repitió tras él la voz siniestra y melancólica.

La figura desapareció dejando a Vein totalmente confuso. «Esto no tiene ningún sentido» —pensó.

Destellos dorados

Los arqueólogos eran veteranos en su profesión. Ambos habían sido elegidos por sus numerosos descubrimientos y el jefe de la excavación, el mismísimo rey Mathius Von Quelboret, no reparó en gastos a la hora de contratarlos para localizar su objetivo.

Se encontraban en el frío reino de Sinista. Unas islas olvidadas y situadas al noroeste del mundo cuyas aguas estaban rodeadas por colosales tormentas, que impedían la comunicación con el lugar.

Habían salido temprano del campamento base acompañados de dos Kerpas, los nativos de la zona.

Los cuatro llevaban el mismo uniforme, un traje polar ajustado de color azul compuesto por varias capas. Desde fuera parecía una armadura, pero tenía la particularidad de no ser un traje pesado. En el pecho tenía grabado el emblema de los Von Quelboret, un cuervo con las alas abiertas y posado sobre la torre de un castillo, que desprendía una sustancia vaporosa para controlar la temperatura corporal e impedir que muriesen congelados.

Sinista era el único reino del mundo que poseía Tejedores tecnológicos capaces de crear artilugios útiles para un sin fin de situaciones.

Uno de los Kerpas era un robusto hombre que podía cargar un peso considerado. La otra era una chica joven de mirada enigmática cuyo conocimiento del lugar era sobresaliente.

Los cuatro llevaban varias horas caminando por el solitario paisaje helado. El sol aún no había salido en el horizonte, por lo que cada uno de ellos, portaba luces en sus trajes que les permitían estudiar el terreno con detalle.

La joven Kerpa, iba a paso adelantado y cada varios metros, se detenía a mirar algo que sólo ella podía ver en la oscuridad del cielo desprovisto de estrellas, asentía con la cabeza y variaba la ruta.

El grupo siguió caminando por estrechos caminos traicioneros. Desfiladeros donde un paso en falso haría que se perdieran para siempre en la oscuridad de los hielos antiguos.

Como los Kerpas hablaban un lenguaje diferente, el arqueólogo trataba de sacar conversación a su compañera, pero ésta parecía estar abstraída en su propio mundo. Algo que no terminaba de gustarle. Él quería que sintiera la aventura como hacían siempre y que estuviese emocionada por explorar un nuevo lugar lleno de secretos que descubrir.

—¿Qué diantres es esto, Carel? —El hombre echó a correr hacia delante y se detuvo frente a la pared de hielo del sendero montañoso.

—No te detengas con eso —contestó la mujer—, no hemos venido aquí para eso. Quiero acabar cuanto antes.

—Pero Carel, ¡son personas! Gente que quedó atrapada en el hielo hace décadas. Milenios quizá.

La mujer no pudo resistirse a echar un vistazo y lo que vió le hizo sentir un escalofrío. Varias personas, entre ellas niños, estaban congelados en el hielo perpetuo. Sus miradas parecían reflejar lo último que vieron. Debió ser algo tenebroso.

—Son nómadas Jame, mira sus prendas y tatuajes.

—No puede ser Carel, solo tienen dos ojos.

—¿En serio crees que tienen cuatro, Jame? —preguntaba la mujer asombrada—, ¿crees también que lo de sus tratos es real?

—¿Tratos?

—Sí, si no los cumples o te niegas a aceptarlos, te matan y se llevan tu alma para que les acompañe en su eterno camino.

La Kerpa les hizo señas con las manos para que avanzasen y ambos echaron a andar, pero Jame volvió la vista una última vez. «No me gustaría tener un trato con vosotros.» —dijo susurrando.

Cuando llegaron a la zona que tenían marcada en el mapa, el sol ya estaba sobre ellos y aunque estaba totalmente cubierto, su luz se filtraba sutilmente entre las nubes, formando cortinas doradas que morían al llegar al suelo.

La Kerpa se detuvo y señaló hacia delante. Los dos arqueólogos se asomaron al saliente y observaron asombrados lo que la chica les mostraba.

Majestuosa y silenciosa, las Ruinas Vaaricas se hallaban a cientos de metros bajo ellos.

—Carel, ¿te das cuenta que nadie ha estado nunca antes aquí? —decía el hombre emocionado.

El Kerpa comenzó a desenvolver una manta y extrajo cuatro sistemas para rapelar por el hielo.

—No había visto hasta ahora uno tan moderno. —informó el arqueólogo refiriéndose al artilugio.

—No te esfuerces Jame, no entienden nuestro idioma. —comentó la arqueóloga mientras adoptaba la posición en cruz que permitía al mecanismo aferrarse a su cuerpo.

El hombre miró al Kerpa y trató de hacer un gesto con la mano para decir que estaba asombrado, pero fue en vano. Los Kerpas de la tribu Hastari raramente usaban el lenguaje verbal y mucho menos con extranjeros.

Éste se limitó a levantarle los brazos para colocarlos en cruz y después, activó el mecanismo que se adhirió al cuerpo del arqueólogo como una araña a su presa.

Cuando todos estuvieron listos, se colocaron cerca del borde y el nuevo exotraje incorporado lanzó una cadena cuya punta se ancló en el hielo. Ésta se abrió automáticamente sacando otras más pequeñas que se fijaron perfectamente a la pared.

Los cuatro se dejaron caer y el traje comenzó a hacer su trabajo de forma autónoma.

—Volveremos. —dijo el arqueólogo a la mujer mientras descendían—. Lo volverás a ver.

Carel respiró hondo y se centró en la bajada. Cuando alcanzaron su meta, el silencio les golpeó. Era tan profundo que parecía sonar como una eterna canción.

La zona de la entrada no era muy grande y tenía forma circular. El suelo podía verse en algunos claros desprovisto de nieve. Era de piedra negra y estaba salpicado de pequeñas rocas.

La puerta del templo, de un tamaño similar a dos humanos de estatura media, estaba sellada y tenía grabada por todos lados unos símbolos vaaricos que se repetían como un eco infinito.

La Kerpa, que siempre iba delante, se acercó hasta ella y rozó con sus dedos uno de los símbolos, el cual emitió un leve resplandor dorado que se extendió hasta los demás, como si quisiera remarcar la frase que habían grabado en ella.

Gesticulando con las manos, indicó al resto que se alejara y comenzó a entonar un cántico melancólico que resonó en la gigantesca pared de hielo y se elevó cientos de metros sobre ellos.

La puerta se abrió suavemente y una música comenzó a sonar en el aire. Era triste, como si de una solemne caja musical se tratase.

Al principio parecía proceder del subsuelo, de las entrañas de las ruinas, pero se expandió lentamente hasta inundar todo el lugar.

Los arqueólogos se miraron y asintieron con complicidad. Conocían muchas historias sobre los Vaaros y sabían perfectamente qué estaba originando la triste melodía.

—Problemas. —dijo Jame aún sabiendo que los otros no lo entendían.

Los Kerpas parecían sorprendidos con el evento. La chica tenía las instrucciones dadas por un intérprete que llegó hasta su poblado semanas atrás, pero éstas sólo indicaban la localización de las ruinas y las palabras para abrir la puerta.

La música se elevó haciendo vibrar las paredes. Un golpe seco rugió sobre ellos y un bloque gigante de hielo se desprendió. La roca caía a gran velocidad dispuesta a aplastar a la chica que permanecía inmóvil.

—¡Es la música! —gritó el arqueólogo aún sabiendo que no la entendería—. ¡Maldita sea! —exclamó mientras corría hacia ella.

El Kerpa pasó corriendo delante de él y lo apartó sin esfuerzo alguno. Sus movimientos eran ágiles. Dando un salto demasiado grande para su constitución, se colocó junto a la chica y extendió sus brazos hacia arriba.

Un aura azul comenzó a rodear sus pies y se elevó hasta la punta de sus dedos. Con un grito, lanzó un pulso de energía hacia el bloque de hielo que se detuvo en el aire.

Los arqueólogos se miraron fascinados.

—Están por todos lados, cariño. —dijo el hombre emocionado.

Su mujer no dijo nada. Quería adentrarse en las ruinas, hacer su trabajo y volver a casa pero sabía que no iba a ser tan fácil como decirlo.

La tensión se palpaba en el rostro del Kerpa. El esfuerzo que estaba realizando era colosal y sus fuerzas comenzaron a flaquear. El trozo de hielo empezó a descender lentamente. Durante unos segundos el hombre luchó contra la roca y consiguió desplazarla antes de que los aplastara.

—Gracias por salvarle la vida. —indicó el arqueólogo.

El Kerpa pareció entender e hizo un gesto de asentimiento.

—Solo tengo tres. —informó la arqueóloga mientras sacaba unos juegos de tapones para los oídos.

—Esta bien. —El arqueólogo cogió un par de ellos y se acercó a la Kerpa, que aún estaba temblando.

—Tú—espera—aquí.

El hombre hizo un gesto exagerado para sentarse en una roca, tratando de que la chica lo imitara.

La Kerpa no le contestó pero se acomodó en el suelo. Luego, Jame se acercó hasta el Kerpa y le dio unos tapones. Él se colocó los otros.

Cuando los tres se adentraron en la puerta, la Kerpa se incorporó pero Jame le hizo un gesto con la mano que la chica comprendió. Después, desaparecieron en la oscuridad absoluta.

El sol ya se había puesto algunas horas atrás. El cielo seguía cubierto de nubes y una fina capa de nieve comenzó a caer.

La chica seguía allí esperando con la mirada perdida mientras se mecía por la melodía que invadía el solitario lugar. El roce de la nieve en su cabello la hizo salir del trance. Se puso en pie y decidió acercarse para examinar detenidamente el trozo de hielo que horas antes estuvo a punto de acabar con su vida.

Clavando sus ojos en él, comenzó a entonar un cántico que fue elevando hasta convertirlo en un grito desesperado. No hizo efecto. La roca no se movió ni un milímetro.

Frustrada, la chica tomó una piedra del suelo y la lanzó contra ella usando todas sus fuerzas. El diminuto corte que le provocó la hizo sonreír.

Un sonido procedente de la puerta la alertó. Dirigiendo la mirada, reconoció rápidamente la silueta. Su compañero apareció caminando tambaleante y se dejó caer al suelo sin aliento. Tenía el traje hecho jirones y su protección térmica estaba destrozada. Numerosos cortes asomaban en su piel y la sangre manaba de ellos cubriendo la nieve de rojo.

—¡Kaer emoet! —exclamó la chica tratando de levantar a su compañero.

El hombre la miró sonriendo. Parecía feliz. Sacando un pequeño objeto de su bolsillo, se lo ofreció y le dijo unas palabras que apenas pudo pronunciar. Después, el abrazo de la muerte lo rodeó para introducirlo en el sueño eterno.

La joven Kerpa observó el objeto entre lágrimas. Se trataba de un cubo diminuto cubierto de símbolos vaaricos que emitían leves destellos dorados.

Huellas en el barro

La lluvia del día anterior había dejado grandes charcos en el suelo y un fuerte aroma a tierra mojada. Ese olor especial solo podía sentirse en la zona baja de la ciudad, ya que estaba ubicada cerca de las rías. Se adentraba por la puerta principal sur y se paseaba por las calles con su fragancia particular.

Nadia y Reese se levantaron temprano. Su madre les había preparado el desayuno y tal como predijo la chica y tras oír la historia, no puso reparo alguno en ofrecer su casa al pequeño.

—Mamá, ¿qué tal fue ayer el pase real? —preguntó mientras cogía una rebanada de pan y le ponía unos trozos de aguacate.

Su madre, sabiendo que su hija preguntaba más por educación que por verdadero interés, le hizo un rápido resumen.

—No estuvo mal, la verdad. La lluvia comenzó a caer con fuerza cuando los reyes llegaron a la plaza central pero los Tejedores crearon una cúpula gigante para envolvernos a todos. —respondió su madre mientras le pasaba un tarro con aceite—. Ellos fueron sin duda los protagonistas del día.

—Parece que son valiosos aquí esos Tejedores— dijo Reese antes de servirse un poco de mermelada de pomelo—, el jefe de mi poblado no nos deja usar nuestros Dones. Dice que todo eso solo trae problemas.

—¿Es Tejedor? —preguntó la mujer.

—¡Puagh! ¿Qué esto? —El niño escupió el pan que tenía en la boca— ¡Está amargo!

Nadia y su madre rieron mientras lo observaron enjuagarse la boca con zumo desesperadamente.

—Lo siento. —dijo avergonzado—. Este sabor no existe en mis tierras.

—No te preocupes. —La mujer trajo mermelada de fresa y se la ofreció.

—Respondiendo a tu pregunta. —dijo el chico cogiendo una nueva rebanada de pan—. Mapangu no es un Tejedor, es común.

—Ahí está el motivo. Las personas sin Dones son muy recelosas y suelen tener miedo a lo desconocido —La mujer dió un sorbo a su café—. Cuando vuelvas, puedes cambiar a tu gente, mostrarles que se equivocan.

—Y no solo miedo mamá, también sienten mucha envidia. ¿No recuerdas lo que ocurrió el otro día cerca del molino?

Reese ignoró sin querer las palabras de Nadia. Su madre le había hecho recordar su tierra y volver a ella era lo que más deseaba en estos momentos.

La mujer asentía a su hija mientras se levantaba para recoger la mesa. Su hija se apresuró a ayudarla y Reese, que volvió de su trance, se unió también.

—Hoy estaré todo el día fuera, Nadia. —informó su madre—, os deseo suerte y espero que vuelvas a ver pronto a tu familia Reese.

—Gracias. —le contestó—. Vamos Nadia, quiero llegar cuanto antes a las ruinas. A estas alturas mis padres deben de estar desesperados.

Los tres dejaron la casa al mismo tiempo. La chica besó a su madre en la frente y la vio partir hacia la zona alta de la ciudad donde trabajaba. Estaba tan feliz que contagiaba su energía positiva.

Ellos dos descendieron hacia la puerta sur de la ciudad, a la zona de las rías.

—Qué diferente es este lugar. —comenzó a decir Reese cuando se adentraron en el camino de tierra.

—Me gusta más —respondió la chica—, aquí se puede ver el cielo ya que apenas hay edificios altos.

—Si, las casitas bajas me recuerdan un poco a mi poblado. ¿Sabes que cada familia tenemos una con jardín propio? Es así por ley, para que podamos cultivar nuestras propias hortalizas. En el mío tenemos varios árboles frutales también. Mi padre perdió unas semillas que había comprado y cuando quisimos darnos cuenta, habían florecido en la parte trasera de la casa.

—Tu aldea tiene que ser preciosa.

—Lo es, tengo ganas de volver.

—¿Sabes que originalmente la ciudad comenzó a construirse en esta zona? —dijo Nadia desviando un poco el rumbo del camino—. Voy a llevarte a la primera baldosa que se puso, colocaron una placa junto a ella.

—¿Por qué ahora es la zona baja? —preguntó Reese confuso.

—Cuando surgieron Tejedores que podían manipular el agua, desviaron el curso de las rías a través de canales artificiales para repartirla por toda la ciudad. Eso les permitió alejarse de la humedad de esta zona y construir en las colinas.

Los dos llegaron hasta una pequeña baldosa de color diferente a las demás cuyos cantos estaban desgastados por el paso del tiempo. Tenía el sello de los antiguos reyes, un escudo alado con dos espadas cruzadas, era muy similar al actual pero con menos detalles.

—Cuando remodelaron esta parte dejaron esta baldosa a modo de recuerdo, pero nadie le presta ya atención —dijo la chica encogiéndose de hombros—. Las personas olvidan muy fácilmente las cosas...

—Es una pena.

La puerta sur de la ciudad se encontraba a pocos metros. Era la única que no estaba vigilada por ningún guardia, pues la zona de las rías era raramente transitada y jamás habían tenido ningún altercado, por lo que finalmente, los reyes acabaron por ignorarla. No eran tiempos de guerra.

—¡Qué bien huele! —exclamó el niño cuando se adentraron en ellas—. El olor de esta tierra mojada es muy diferente al de Marantina.

—Debe de ser por las plantas y raíces. —contestó la chica tratando de encontrar una

respuesta.

—Sí. Seguro que es eso. En mi poblado, casi todas las plantas tienen un tono rojizo o marrón. Incluso la hierba que aquí es verde, allí parece gris. —decía observando a su alrededor.

Los dos mantuvieron una animada charla hasta llegar al lugar donde Reese había aparecido.

Era una zona rocosa que se alzaba sobre el terreno pantanoso. Tenía un sendero no muy largo y cubierto de barro que ascendía en espiral. A diferencia de donde se encontraban, cubierto en su mayoría de berza y soldanela, la pequeña montaña poseía una variedad de árboles diferentes donde una colonia de pajarillos de fuego habían hecho su hogar.

Al llegar a la cima, Nadia se detuvo a contemplar las piedras. Eran seis y estaban colocadas de forma irregular, sin ninguna lógica aparente. La chica había pasado por allí decenas de veces pero jamás reparó en ellas. Es más, le pareció que nunca estuvieron allí.

—Creo que solo tienes que concentrarte. —dijo tras examinar las rocas— Yo lo hago de forma natural pero tu eres más pequeño y creo que aún no lo controlas bien.

—¡Eh, que ya tengo ocho años! —exclamó Reese haciéndose el mayor— ¿Cuántos tienes tú? ¿Doce?

—Trece. —contestó la chica mientras se acercaba más a él para demostrarle su altura.

—Vale, has ganado. —dijo rindiéndose—. Gracias por todo, Nadia. —El chico adoptó un tono más maduro—. Quizá volvamos a vernos en el futuro, no me olvidaré de tí.

Después, la abrazó fuerte durante unos segundos y echó a andar hacia las piedras dejando tras él huellas en el barro que se había formado por la lluvia.

Unos pajarillos de fuego revolotearon a su alrededor. Reese intentó coger uno con la mano pero éstos se movían muy deprisa y emprendieron una persecución para perderse entre las copas de los árboles.

El chico miró a Nadia desde la distancia y le dijo adiós con la mano. Después, cerró los ojos y se dejó llevar esperando recibir algún tipo de señal, pero no ocurrió nada.

Reese intentó concentrarse de nuevo sin éxito y miró a la chica buscando una respuesta.

—¡Reese! —gritó tras pensar unos instantes—. Voy a lanzarte un pulso de energía para incrementar la tuya. No lo he hecho nunca así que no se si funcionará...

Nadia se elevó en el aire y su energía azul comenzó a rodearla.

—¿Estás preparado?

Reese alzó las manos para indicarle que sí lo estaba.

La chica lanzó un pulso que hizo mover las copas de los árboles. Un gran número de pajarillos de fuego salieron hacia el cielo en una mezcla de tonos rojizos que contrastaban con el gris del cielo.

El niño notó la energía emanando de su cuerpo y sin saber cómo, supo manipularla. La agarró como si fuese una tela y se envolvió con ella. El contacto era cálido y reconfortante.

Se elevó en el aire y su cuerpo comenzó a retorcerse y a expandirse. Después, se hizo pequeño hasta desaparecer.

Reese viajaba a toda velocidad a través de una serie de tubos interconectados. Al igual que la primera vez que ocurrió, no tenía el control así que se dejó llevar.

El viaje finalizó en un abrir y cerrar de ojos y el chico aterrizó de pie en un lugar diferente.

—¡Ya la he vuelto a liar! —exclamó observando su alrededor.

Hilos invisibles

La tormenta que azotaba al pueblo había menguado su fuerza pero aún seguía siendo una amenaza.

Edian estaba sentado en el porche de su casa observando la nevada que estaba cayendo. Le encantaba pasar horas allí disfrutando del paisaje, un sendero pedregoso y cubierto de nieve descendía hasta la entrada del pueblo. Al fondo, las Montañas Silenciosas dibujaban una silueta que parecía un gigante dormido. Por más que las miraba, no se cansaba de ellas.

Su casa fue construida en una colina que poseía una vista general del pueblo y de su gente. Le gustaba observarlos pero su intención no era la de husmear en la vida de los demás. Inconscientemente, Edian lo hacía para calmar su soledad.

Sus padres le abandonaron unos años atrás. De noche y sin avisar, dejaron la casa y todo cuanto tenían. Al despertar, el chico encontró sobre la mesa una bolsa llena de valantos que apenas le alcanzó para sobrevivir unos meses.

Ahora se encargaba de hacer recados a la gente del pueblo a cambio de monedas o comida. Hergel quiso adoptarlo un año después de lo sucedido pero Edian siempre se negó. Sabía que sus padres volverían.

Un zumbido quebró la calma del lugar y seguido de este, una racha de viento arrastró decenas de piedras sendero abajo. Edian se tapó la cara con las manos y trató de ver el origen. Lo que fuese, había caído en las piedras.

Emocionado, salió corriendo en su dirección. Las rocas estaban a unos metros de su casa y aunque el chico no lo sabía, ese fue el motivo principal de sus padres para construir allí su hogar.

Se detuvo un momento sorprendido. Un niño con la piel morena estaba de pie mirando a su alrededor con la boca abierta de par en par.

—¡Ya la he vuelto a liar! —exclamó—. ¿En qué parte del mundo he caído?

Edian no dijo nada. Se quedó allí plantado. La desilusión se podía reflejar claramente en su rostro.

—¿Esperabas otra cosa? —preguntó el niño acercándose a él.

—Vamos, entra en casa, si no te abrigas morirás de frío. —dijo Edian finalmente y sin mostrar emoción—. Te prestaré algo de ropa aunque no sea de tu talla.

—Te lo agradezco —contestó—, aunque no tengo apenas frío.

Un estruendo resonó en el aire seguido de otra fuerte racha de viento. Edian dirigió de nuevo la mirada al grupo de piedras para descubrir a una chica de pelo rojo que miraba asombrada.

—¡Nadia! —gritó el niño corriendo hacia ella.

—¿Reese? ¿Cómo me has traído hasta aquí?

—No lo sé—. El chico era sincero—. Quizá ha sido gracias al pulso de energía que has lanzado, puede que me haya afectado de alguna forma.

—Yo no hice nada, Reese. Solo estaba fingiendo.

—Si seguís aquí hablando caeréis enfermos. No estoy bromeando. —advirtió Edian.

—Vamos Nadia—. Reese la cogió del brazo y tiró de ella—. Nos ha invitado a casa y me va a dejar ropa nueva.

—En breve no la vas a necesitar, lo verás.

Nadia lanzó una mirada a Edian y le sonrió mostrándole sus dientes perfectos. El chico notó arder sus mejillas y desvió la suya fingiendo buscar la llave de la puerta.

—Estaba abierta... —dijo mientras la empujaba tratando de disimular tras lo que había ocurrido.

El salón era pequeño y la cocina estaba integrada en él. Tenía tres puertas alineadas en la pared del frente y cada una era de un color. Por los letreros, dibujados en la misma pintura con un trazo infantil, se podía conocer qué había tras ellas. La verde era un aseo, la azul el dormitorio de Edian y la amarilla el de sus padres.

—Me llamo Edian y según he oído, vosotros sois Nadia y Reese.

—No lo estás pronunciando bien. —indicó el niño.

—¿Os gusta el té? —preguntó ignorándolo.

—Si tienes leche...—dijo Reese que ya había olvidado el tema de su nombre.

—Para mi el té está bien. Puedo ayudarte a prepararlo.

—No hace falta, lo tendré en un momento.

Tras poner el agua a hervir, dio a Reese un vaso de leche y entró a su habitación para después regresar con algunas prendas arrugadas que había sacado de su armario.

—Creo que esto puede irte bien, chico. Es de cuando era más pequeño. —dijo dejando la ropa sobre la mesa—. A ti puedo dejarte esto.

El chico miró a Nadia y le mostró una camiseta negra.

—No te preocupes por mí, los Tejedores podemos soportar el frío sin problemas. A Reese tampoco le hará falta, solo tiene que aclimatarse, pero creo que le cuesta un poco más.

—La verdad es que ya no tengo frío.

—Así que también sois especiales —dijo Edian—, eso lo explica todo.

—¿A qué te refieres? —preguntó la chica, que se había sentido un poco ofendida por el tono que había empleado.

—Bueno, ¿vais a contarme por qué habéis venido a mi casa? —Edian adoptó un tono serio.

Nadia lo miró confusa. Su cambio de actitud en tan sólo unos instantes era evidente.

—¿Cómo habéis activado el portal?

—Reese. —dijo pronunciando la erre con fuerza— ¿Lo has activado tu verdad?

—¡Que se dice *Irrís!* —corrigió el niño.

—O ¿has sido tú? —preguntó mirando a la chica.

—Ha sido él.—Nadia dio un sorbo al té—. ¡Vaya! ¡Está delicioso! —exclamó—. ¿Dónde lo has comprado?

—Por favor, esto es serio. Necesito saber cómo habéis abierto el portal Vaarico.

—Las piedras son portales de...¿Ellos? —preguntó la chica sorprendida.

Edian estaba nervioso y no hacía nada para impedir que se notase.

—Cuidado Nadia. —El niño se puso en pie y comenzó a bailar—. ¡Es el alma de la fiesta!

Edian se levantó bruscamente y fue hasta la puerta de entrada que abrió de par en par con un fuerte portazo. Un par de tacitas de porcelana que había en un estante cayeron al suelo rompiéndose en varios pedazos.

—Iros, por favor. —Les ordenó ignorando el estropicio que había formado.

Los dos se quedaron inmóviles sin saber bien cómo actuar mientras Edian respiraba con fuerzas.

Ambos se incorporaron lentamente para salir de la casa, pero el sonido de unas pisadas en el exterior llamaron su atención. Edian les hizo un gesto para que se detuvieran, cerró la puerta y les indicó que se escondiesen bajo la ventana.

Alzando la vista por ella, pudieron ver a un par de hombres extraños acercarse hasta el círculo de piedras.

Caminaban encorvados y sus largos brazos llegaban hasta el suelo. A decir verdad, todas las partes de su cuerpo parecían desproporcionadas dándoles un aspecto siniestro.

Uno de ellos se acercó hasta las rocas y respiró profundamente. Cual perro, siguió olfateando el lugar tratando de encontrar un rastro y éste los dirigió hacia la casa.

—¿Los conoces? —preguntó Nadia susurrando.

—No los he visto en mi vida. —Edian se incorporó rápidamente—. Vienen hacia aquí, tenemos que salir por detrás.

Acto seguido, la puerta salió despedida por los aires. Reese pudo agacharse antes de que le golpeará. Nadia lo agarró del brazo y tiró de él con fuerza. Los dos siguieron a Edian que echó a correr hacia la habitación de sus padres.

—Salid por la puerta de detrás mientras yo bloqueo esta. —Dijo al tiempo que arrastraba una figura pesada de un águila que había junto a la pared.

Los dos obedecieron. Nadia echó una rápida mirada al dormitorio antes de abandonarlo y pudo verlo repleto de objetos extraños. Había sobre la cama, en el suelo, colgados de las paredes y casi en cualquier lado donde mirara.

Una vez fuera, esperaron que el chico saliese y los tres corrieron sendero abajo hasta adentrarse en el pueblo.

—¿Qué está ocurriendo? —se preguntó Edian en voz alta.

Se habían sentado en el borde de un pequeño puente. Bajo ellos, las aguas discurrían con velocidad hasta fundirse en el Mar Cristalino.

—No sabemos cómo hemos activado el portal, te lo prometo. Ni tampoco por qué estamos aquí. Nunca antes había oído que un Tejedor pudiese teleportar a otra persona. —dijo Nadia refiriéndose a Reese que sonreía con la boca abierta.

—¿Tejedores? ¿Así llamáis vosotros a los Creadores, los Elegidos por los Vaaros? —preguntó Edian.

El rostro de Nadia cambió en un instante, se levantó rápidamente y colocó sus manos sobre los labios del chico que se sorprendió y no pudo evitar sentir de nuevo el escozor en sus mejillas.

—No vuelvas a decir ese nombre jamás. —dijo asustada.

Edian era uno de los alumno más inteligentes del colegio. Se caracterizaba por tener una mente ágil y una excepcional capacidad para desenvolverse. Por el comportamiento de la chica, entendió a qué se refería.

—Veo que en vuestra tierra también os prohíben usar su nombre ¿No es cierto? —preguntó tras liberarse de sus manos—. Sigo sin entender quién decidió que no se puedan nombrar.

—No lo propuso nadie —respondió Nadia—, se sabe desde siempre por los hechos ocurridos en la historia. Cuando se nombran vienen a por ti para llevarte.

Edian rió en voz alta.

—Yo estoy cansado de nombrarlos y no han venido a por mí.

—Quizá es que no les interesas. —dijo Reese sin saber realmente por qué usó esas palabras.

—Es posible, parece ser que no le intereso a nadie.

—Perdona Edian. —se disculpó rápidamente—. No pretendía...

—Da igual. El caso es que quiero que vengan y no lo hacen.

Edian cambió a una actitud desafiante. Quería llamar la atención así que comenzó a hablar al aire. Como hacía siempre que se refería a Ellos.

—¡Vaaros venid aquí! ¡Estoy en el puente de piedra que da acceso al pueblo de Quelin!

Reese hizo un gesto a Nadia para indicarle que Edian estaba loco pero la chica le indicó con la mirada que no era el momento. El niño se relajó y sacó los pies por el puente para contemplar los pequeños remolinos que se formaban en el agua.

—Por favor, Edian. —dijo Nadia en un tono más serio—. No sigas hablando, para mi es importante.

El chico se relajó.

—Irrís. —Trató de pronunciar con exactitud—. Ten cuidado, si te caes al agua estás muerto.

—¡Voy a morir por todo! —exclamó el niño—. De frío, perseguido, ahogado...

Nadia rió en voz alta y Edian volvió a ignorarlo.

—Sé que estáis aquí por algo. —continuó diciendo Edian—. ¿Y si os han enviado ellos para

ayudarme a encontrarlos? Necesito respuestas y sé quien puede dármelas. ¿Queréis venir conmigo?

—Yo estaba pensando en volver a Marantina. —confesó Reese.

Edian lo miró. Por un momento sintió una leve punzada de tristeza. Aunque no quería aceptarlo, la llegada de aquellos dos le había dado nuevas esperanzas...y alguien con quien hablar.

—Reese —intervino Nadia poniéndole su mano en el hombro—, yo también pienso que estamos aquí por alguna razón. Después te ayudaré a volver a casa, lo prometo.

—Está bien, me quedaré. ¿Cual es el plan?

El comienzo

Vein estaba tan emocionado que apenas pudo dormir en las últimas noches. Sentía que por primera vez en mucho tiempo su vida comenzaba a rodar, algo que llevaba anhelando desde hacía años.

Tenía que preparar el viaje y hablar con sus conocidos para explicar su ausencia. No podía desaparecer sin más. El chico caminaba entre las tumbas absorto en sus pensamientos y la emoción invadía su mente haciéndole olvidar la perpetua tristeza que le caracterizaba.

El nuevo sepulturero estaba realizando sus tareas y Vein se acercó hasta él.

—¿Macius sabes dónde está la escuela?

El hombre detuvo su faena y se volvió hacia él confuso.

—¿Cómo? Está donde siempre chico, la escuela no tiene pies. —contestó esperando su reacción.

—No. No hablaba de esta escuela. Me refiero a “LA ESCUELA”. Alguna que sea más importante o que tenga más fama.

—Lo siento Vein, no puedo ayudarte. —El hombre levantó la pala para continuar haciendo su trabajo—. Sigo con esto, cada vez hay más muertos por aquí y menos espacio para enterrarlos.

El chico dejó el cementerio y descendió por el camino que se adentraba en la ciudad. Berelum poseía cientos de edificios voluminosos de diferentes tonos grises. Era la ciudad más triste de todas o al menos eso decían quienes la visitaban. Él, en cambio, pensaba lo contrario.

Descendía y ascendía por calles empinadas, eso era lo único que le molestaba de su ciudad. Acababa agotado cada vez que tenía que hacer algo en ella. Atravesó una zona de comercios y llegó hasta la plaza central donde vio su objetivo sobre unas escaleras que parecían eternas.

La gran biblioteca de Berelum era famosa por la inmensa cantidad de libros que poseía. Por más extraña que fuese la materia, siempre era posible encontrar algún documento que hablase sobre el tema.

Era un edificio con forma cilíndrica, provisto de trece plantas separadas con columnas que representaban animales, personas y extraños objetos desconocidos. En el tejado tenía una representación gigante del planeta con todas sus ciudades y pueblos importantes escritos. Realmente, los ciudadanos sabían que la esfera no era exacta pues fuera de la tierras conocidas, existía una gran tormenta que impedía explorar nuevos lugares.

Vein saludó a la bibliotecaria con la mano y ésta le devolvió el saludo haciéndole un gesto de agotamiento, pues tenía mucho trabajo ese día. Se conocían de años atrás. Ser el raro de la escuela lo apartó de la gente durante mucho tiempo, por ello buscó cobijo en los libros que satisfacían todas sus curiosidades.

Esperando en la cola, escuchó la conversación entre dos chicos que llevaban en la mano un libro titulado «*Leyendas del mundo*» algo que le interesaba bastante. Quiso entablar conversación con ellos pero les llegó su turno y ambos se pusieron a hablar con la bibliotecaria.

—Hola Gresil. —dijo cuando le llegó el suyo.

—Buenos días, Vein. ¿Te has acabado ya el libro de Los Ocho Cuentos que te llevaste? —preguntó la mujer sonriendo.

—Lo estoy leyendo detenidamente, es un libro que me está fascinando. —mintió Vein, que lo había olvidado por completo cuando lo dejó en el cajón de su mesita.

—Sí —contestó la mujer, dicen que si llegas a comprender los ocho al completo, descubrirás muchos secretos de nuestro mundo.

Vein la observó confuso. Gresil era muy propensa a fantasear sobre cuentos y leyendas. Además, se dio cuenta de que si se marchaba, tardaría un tiempo en devolver el libro pero decidió no comentar nada.

—Hoy vengo a hacerte una consulta, sinceramente no sabía a quién acudir.

La mujer le sonrió con cariño. En general, todo el mundo lo trataba bien tras lo ocurrido con sus padres.

—¿Conoces alguna ESCUELA? Me refiero a alguna famosa...

—Hay muchas en el mundo, pero seguramente sea la de los Tejedores, es la más conocida de todas. De hecho, me extraña que no sepas de ella.

Vein abrió sus tristes ojos de par en par.

—Debe de ser esa ¿Dónde se encuentra?

—Mejor sube a la planta doce, pasillo trece, sección dos. Los libros se explican mejor que yo. —dijo guiñándole el ojo.

—Gracias una vez más, Gresil.

—Cuídate, Vein. —contestó mientras indicaba que pasara el siguiente de la fila.

Para los cientos de personas que había en esos momentos caminando o leyendo en las diferentes plantas de la biblioteca, el silencio era asombroso.

El chico llegó hasta el lugar indicado. Era un pasillo en penumbras pues las cortinas aún no habían sido retiradas esa mañana.

«...sección dos. —repetía mentalmente mientras buscaba un título que encajase con la escuela —. Cinco torres, cinco ramas, La bondad del director Vadim, Todo sobre La Escuela de los Tejedores...» —El chico iba leyendo en voz alta los diferentes títulos y al final se decantó por el libro más pequeño que vio: *Guía para visitar la escuela*.

Eligió una mesa junto a la ventana y permaneció allí durante horas curioseando sobre diversos temas relacionados con el colegio y sus enseñanzas.

Se detuvo unos instantes para contemplar las vistas. Desde allí no eran muy bonitas pues mostraba las azoteas de los edificios. Todas cúbicas e iguales. Pero a Vein no le importaba, sabía que iba a dejar de verlas durante un tiempo y ahora le parecía la más hermosa de todas.

Sacando un lápiz y una hoja de papel en blanco, comenzó a dibujar un mapa desde su ubicación hasta la escuela. Tenía buena mano en el dibujo pues, no obstante, era hijo de artistas y había heredado sus habilidades. Anotó las zonas más importantes que encontraría como puntos de referencia o el nombre de las aldeas cercanas y luego lo dobló para meterlo en su pequeño fardo.

En el camino de regreso fue observando todo con detalle, sabiendo que no volvería a ver la ciudad en un tiempo. Algo le decía que este viaje cambiaría su vida para siempre.

Anocheció muy pronto. Vein permaneció un rato sentado en el porche trasero de su casa. Era su lugar favorito ya que desde ahí podía ver la inmensidad del cementerio en todo su esplendor.

Macius había colocado velas en muchas de las tumbas. Parecían diminutas luciérnagas velando el camposanto. «Voy a echar de menos todo esto» —pensaba una y otra vez.

Durante un rato se preguntó si estaba haciendo lo correcto y el miedo a salir de su zona de confort comenzó a invadirlo. Al fin y al cabo, estaba motivado por una visión que ni siquiera había sido real. ¿O sí? Eso era lo que le tenía intrigado.

—¿Vendrás conmigo, verdad? —preguntó a la solitaria luna que vigilaba al mundo desde las alturas.

En este instante un chorro de energía salió disparado de ésta hacia el firmamento. Fue tan fugaz que pensó que lo había imaginado, pero le bastó como respuesta. Permaneció allí sentado hasta que el cansancio comenzó a irrumpir en su cuerpo.

A la mañana siguiente, despertó temprano como de costumbre y tomó un desayuno más fuerte de lo habitual. Como la noche anterior ya había preparado su casa para su ausencia, solo le quedaba hablar con el regente del cementerio. Un hombre amable y comprensivo que aceptó su decisión sin preguntar por más detalles.

Fue a la zona oscura, la cual hacía meses que no pisaba. Ahora que se iba se avergonzó de ello. Eran sus padres los que estaban allí por su culpa y él ni siquiera iba a visitarlos.

Permaneció un rato en silencio mientras observaba el lugar. Tenía flores recientes, Macius se encargó de la tumba desde que comenzó a trabajar allí. El mismo Vein se lo pidió.

—Voy a marcharme —dijo mirando fijamente la lápida común—, estaré ausente unos días. Quizá más.

Las lágrimas asomaron en sus ojos grises.

—Macius seguirá encargándose de vosotros. Como siempre. Siento lo que os hice, soy yo el que debería estar ahí.

Vein apenas podía hablar. Se tumbó junto a la lápida y permaneció allí durante un largo rato y después volvió a casa a recoger su pequeño equipaje.

Mientras caminaba pudo sentir una presencia. Sus sospechas se hicieron realidad al comprobar que algo se movía entre las tumbas. Abrió los ojos de par en par, pues un Fauto caminaba a plena luz del día. La criatura humanoide iba de una tumba a otra sin apartar la vista de él.

Estos seres eran presagio de grandes desgracias y solían estar en los bosques bajo la protección de las copas de los árboles, pues eran vulnerables a la luz solar.

Ignorando la señal del destino, Vein aceleró el paso y llegó a casa. Echó un vistazo por la

ventana para tratar de encontrar al Fauto, pero éste había desaparecido.

Aliviado, se acercó hasta su habitación y abrió el cajón de la mesita que había junto a la cama. El libro de Los Ocho Cuentos estaba allí desde que lo trajo a casa, lo había olvidado por completo.

Lo sostuvo entre las manos dudando por unos instantes si debía llevarlo con él.

—Será un buen compañero de viaje. —pensó finalmente mientras lo introducía en su bolso de tela.

Echó un último vistazo a toda la casa para asegurarse que lo había dejado todo listo y partió hacia el sur, hacia la Escuela de los Tejedores.

Los que no descansan

—¿Estás seguro que es en esta dirección? —preguntó el que parecía el jefe de los dos.
—No hay duda, el olor es inconfundible. —decía el otro mientras aceleraba el paso.

Ambos caminaban por un sendero de piedras totalmente cubierto de nieve que ascendía desde el pueblo hacia una colina donde encontraron una pequeña casa de madera junto a unas Ruinas Vaaricas.

El rastreador se acercó hasta el círculo de piedras y olfateó el lugar para encontrar un rastro de la energía que había detectado.

—Es más fácil mirar las huellas —dijo el jefe burlándose de su inferior—, se ven claramente en la nieve. —El extraño ser desproporcionado señaló las pisadas que conducían hasta la casa.

Ignorando el trato de su superior, el rastreador caminó junto a él en la dirección señalada. Al llegar, lanzó un pulso y la puerta salió despedida hacia dentro dejando ver el interior.

El sonido de algo pesado siendo arrastrado llegó desde una de las puertas que había en el salón.

Uno de los dos seres alzó la mano para derribarla pero lo que fuese que la bloqueaba era realmente pesado. Extrañado, trató de concentrar su fuerza en una mano y se ayudó con la otra para potenciar el ataque.

La puerta voló por los aires dejando ver una habitación llena de objetos arqueológicos y una puerta trasera entreabierta.

—Han huido por ahí. —informó el rastreador.

Ignorando el comentario obvio, el jefe salió al exterior.

Las huellas indicaron la dirección de los chicos que aún podían verse corriendo colina abajo.

—El rastro de energía que dejan es sorprendente. —dijo el rastreador preparándose para dar un gran salto hacia ellos.

—Déjalos, con el olor mágico que desprenden no será difícil encontrarlos. Echemos un vistazo a la casa y después irás a informarle.

—¿Y por qué no le informas tú? —Se notaba que el hombre no quería hacerlo.

—Yo voy a por los chicos y tú informas. No olvides que tengo un rango más alto y debes obedecerme. —dijo finalizando la disputa.

Aceptando a regañadientes el rastreador cedió el paso a su superior y ambos entraron en la casa para buscar algo que les llamara la atención.



La fortaleza tenía unas dimensiones sorprendentes. Era evidente que no había sido construida por ninguna de las razas del mundo. La entrada principal del templo estaba situada sobre una pirámide escalonada con más de mil peldaños.

Con esto, los Centinelas imponían su superioridad antes sus fieles súbditos llamados vulgarmente Siervos.

La puerta principal de la sala se abrió lo suficiente para dejar pasar al Siervo que llegó jadeando tras la subida.

El Centinela estaba sentado en su frío trono con la cabeza apoyada en la barbilla. Podría llevar así varios años pues el número de Siervos iba creciendo por días, dejándole cada vez menos tareas que realizar.

La criatura se lanzó al suelo nada más entrar y se arrastró cual serpiente hasta llegar cerca del Centinela, pues tenía prohibido mirarle directamente.

—Tengo algo que podría ser de valor.

El centinela no cambió su posición. Seguramente ni lo oyó.

—Tres niños huían del lugar dónde se activó el portal, mi señor. El olor es el mismo que detectamos en Marantina y Osblem así que el Proyector va con ellos.

El Siervo se levantó para acomodar sus largas extremidades pero continuó con la cabeza en ángulo cenital.

—Hace años que no detectamos a un nuevo Proyector y el último, por suerte para nosotros, está desaparecido...

El centinela giró su antiguo rostro cubierto tras una máscara que recordaba a una bella mujer para clavar sus ojos en él. El Siervo pudo sentir la presión ejercida y comenzó a ponerse nervioso.

—¿Acaso crees que le tenemos miedo? —preguntó el Centinela con su imponente voz—. Lo encontraremos y lo destruiremos para recuperar lo que nos ha robado.

—No, por supuesto que no. No me refería a eso. —contestó el Siervo volviéndose a arrodillar.

—Una osadía más y no verás un nuevo amanecer.

—Gracias, mi señor. Le agradezco su enorme compasión.

—¡Continúa!

—Sí, mi amo. Junto al último portal activado había una pequeña casa y, en ella, descubrimos algo interesante. —El Siervo se incorporó de nuevo sin dejar de mirar al suelo—. El olor mágico que desprendía era el mismo que encontramos en las Ruinas Vaaricas del norte, mi señor. Donde desaparecieron los dos arqueólogos que buscaban el cubo.

El Centinela mostró interés en esta parte de la historia.

Se levantó del trono y el sonido de su oxidada armadura resonó en la sala. Después, ascendió por una escaleras para perderse de la visión del Siervo, que respiró aliviado.

El súbdito abandonó la sala y se detuvo en la cima de la pirámide donde se encontraba. Desde la cumbre pudo ver a todos sus congéneres ir de un lado a otro cual hormiguero. Maldijo a sus creadores y a lo que habían hecho con ellos y se preguntó si, en algún momento, algunos de los miles de Siervos que había allí abajo, había pensado lo mismo que él.

—1 Corazón de cobre—

«Habla este cuento sobre un pueblo al norte del mundo cuya gente vivía en constante lucha por la supervivencia. Estaba situado en la falda de las Montañas Brumosas, a merced de toda criatura salvaje que habitaba en ellas.

Muchos eran los que querían construir su hogar en un lugar diferente y alejado de aquel infierno rocoso, pero su alcalde se oponía una y otra vez pues era su residencia, las tierras por las que luchó cuando era joven y nadie se las iba a arrebatar.

Por supuesto, centenares de sus habitantes le abandonaron y caminaron durante días por los gélidos desiertos del norte buscando nuevas tierras donde asentarse.

Cada noche y desde hacía días, una persona desaparecía misteriosamente sin que nadie pudiese remediarlo. Muchas eran las lágrimas derramadas y pocas las esperanzas que les quedaban.

Una oscura noche sin luna, las pisadas lentas y pesadas de una criatura llegaron hasta la modesta casa del alcalde.

Su hija, que dormía plácidamente, despertó sobresaltada pues la bestia había entrado por su ventana haciendo añicos los cristales. Tenía un solo ojo y su boca era de un tamaño desproporcionado.

Cuando el hombre oyó el estruendo, supo que su hija corría peligro y trató desesperado de llegar hasta ella.

En la habitación no quedaba más que un rastro de sangre que se perdía en la blanca nieve del paisaje.

Desesperado y arrepentido por no haber dejado el pueblo cuando se lo pidieron, el alcalde trató de encontrar a su hija adentrándose él mismo en las montañas. Sin la ayuda de nadie más, pues suya había sido la falta.

Nunca más se supo de él.

La decisión estaba tomada, todos marcharían hacia nuevas tierras menos castigadas. El herrero se comprometió a forjar armas para la travesía. En unos días, habrían dejado el lugar.

A la siguiente noche, una fuerte tormenta arreciaba el lugar mientras que el herrero trabajaba de forma incansable para cumplir su promesa a tiempo.

Solo en su herrería, divisaba la calle cubierta de nieve que cruzaba el pueblo hasta la entrada.

Una figura apareció en la lejanía. Era muy alta y caminaba encorvada.

El herrero cerró la puerta y se escondió tras ella pero ya no tenía escapatoria. La criatura lo había oído mucho antes que él pudiese verla.

—Hueles mejor que el viejo que vino a verme. —dijo con una voz imponente.

La puerta de la herrería fue arrancada de su marco con un suave golpe. El estruendo se llevó lejos el silencio que reinaba y alertó a los vecinos que salieron a mirar por las ventanas.

La criatura se adentró para dar caza a su presa pero algo la hizo aullar de dolor y caer al suelo rodando.

El herrero, venciendo al temor por la curiosidad, se asomó para ver qué estaba ocurriendo y comprobó que un trozo de cobre, que usaba para forjar sus escudos se había hincado en el pie de la bestia.

Armándose de valentía sacó una espada recién forjada y asestó varios cortes a la criatura que huyó sangrando hacia las montañas.

—¡Volverá! —gritó el herrero a los habitantes que acobardados observaban desde sus hogares — Pero ya sé cómo detenerle.

Los días pasaron y volvía a ser noche sin luna. La oscuridad del firmamento fue interrumpida por la aurora boreal que bañó el pueblo con su particular luz fantasmal.

Una madre corría por la calle con su bebé en brazos huyendo de una criatura que la perseguía lenta pero incansablemente.

La mala suerte hizo que la mujer tropezara y su bebé cayese sobre la nieve. Estaba rodeado en mantas y apenas se le veía la cabeza.

La bestia se abalanzó sobre ellos y de un bocado introdujo al pequeño en su vientre. La madre gritaba desesperada y trataba de incorporarse para huir, pero los nervios la hacían resbalar una y otra vez.

—Ya eres mía. —dijo relamiéndose los labios de su enorme boca.

El ser comenzó a hacer movimientos erróneos y se tambaleaba tratando de mantenerse en pie.

—¿Qué me habéis hecho, criaturas inferiores? —preguntaba mientras caía de rodillas al suelo.

Los habitantes salieron de sus casas provistos de las armas de cobre que habían sido forjadas. Todos caminaban lentamente hacia ella. El herrero se colocó entre la mujer y la criatura y la estuvo observando por unos instantes.

—Tenías tantas ganas de asesinar que no reparaste en el bebé que cayó al suelo. —dijo sonriente tras su triunfo—. No era más que un muñeco de madera con el corazón de cobre.

Y con el filo de su espada, llevó la oscuridad a la criatura.»

Cinco cúpulas azules

Todo aquel que la había visitado coincidía en un mismo pensamiento, la Escuela de los Tejedores era espectacular. Según los escritos encontrados, fue alzada por antiguos constructores que dejaron cátedra en su estructura. La mayoría de los edificios creados posteriormente adoptaron algunas de las técnicas usadas para construirla.

Constaba de un gran edificio central circular cuyo techo era una cúpula de cristal. En el centro de ella, había un ascensor que transportaba a los estudiantes hasta cinco puentes colgantes que conducían a su vez, hasta cinco torres, cada una enfocada en una especialidad de la Magia.

Éstas giraban sobre el edificio principal a su voluntad y, a través de unos surcos creados en el suelo, pues algunas ramas de la Magia eran más fáciles de estudiar con una determinada orientación al sol, corrientes de viento, etc.

A pesar del imponente tamaño del colegio, el número de alumnos que residía en él era bastante pequeño pues no todos podían acceder a sus enseñanzas.

Casi siempre era el colegio el que elegía a sus estudiantes. En los fríos y oscuros sótanos, existía una habitación que guardaba un orbe llamado por los profesores “El Ojo”. Éste podía sentir la Magia que emitían las personas y cuando era especial, la mostraba al director y a su ayudante para que invitasen al elegido a formar parte del alumnado. De este modo, todos los gastos eran pagados por la escuela, pero había una particularidad.

Si un alumno quería formarse en ella y no había sido elegido por el orbe, su familia debía pagar una buena suma de valantos a las arcas del colegio y de esta forma, se compensaban los gastos y la escuela podía seguir adelante.

Los cursos duraban dos años. Durante el primero, los alumnos trataban de experimentar con sus Dones y estudiaban todo el mundo mágico y los seres que lo habitaban teniendo siempre como objetivo la defensa ante las diferentes criaturas.

En el segundo, una vez que ya habían adquirido todo el conocimiento necesario, el alumno explotaba su Don para sacarle todo el partido y convertirse en todo un maestro de su campo.

Cuando un Tejedor estaba listo y finalizaba su enseñanza, la diferencia con otro que no había estudiado en la escuela era simplemente abismal.

Por supuesto, siempre hay excepciones...

Sin razón alguna para estarlo, Laiya se encontraba nerviosa esa mañana. Sentada en su cama, observaba la pequeña área de lluvia que descendía irregularmente en el patio interior de las habitaciones y sonrió con un poco de malicia en sus labios.

—No se está concentrando. —explicó a su compañero de habitación que entraba por la puerta.

—¿Cómo? —preguntó este desconcertado.

—Mira la lluvia, no cae de forma natural. —dijo mientras se acercaba a la ventana—. —El alumno no está pendiente de lo que hace. Si crease esta lluvia para confundir a sus enemigos en un bosque, descubrirían su presencia sin el más mínimo esfuerzo. Lo cual, se traduce en una muerte segura.

Su compañero, un chico alto y rubio procedente de las tierras de Arcanta ni siquiera reparó en que estaba lloviendo. Se encontraba nervioso, pues tenía un exámen en las próximas horas que determinaría su estancia en el colegio.

Sin hacerle apenas caso, le dió la razón y abrió uno de sus libros, se tumbó en la cama y comenzó a leer.

—¿Teoría de círculos? —preguntó Laiya tras ver el título en la portada—. Yo aprobé esa asignatura en mi primer mes. —El orgullo podía verse en su mirada.

Su compañero y todos en general, estaban un poco cansados de sus aires de superioridad. Ninguna chica quiso compartir habitación con ella pero las normas del colegio obligaban que dos alumnos conviviesen juntos para aprender el uno del otro.

Por ese motivo y también un poco por lástima, ya que la chica casi siempre estaba sola, su actual compañero se ofreció a serlo.

—Ajam. —respondió indiferente—. Necesito concentrarme, ¿podrías dejarme un rato a solas? —suplicó.

Laiya se teleportó hasta la puerta dejando un rastro anaranjado tras ella.

—Por supuesto —a chica la abrió lentamente—, pero recuerda una cosa cuando estés realizando el examen. —dijo levantando su dedo índice.

Su compañero bajó el libro y la observó. Una de las pocas ventajas que tenía estar con ella era sus sabios consejos. La joven era prácticamente la mejor alumna del colegio pues llevaba más de cuatro años estudiando en él.

El chico lo sabía y en alguna ocasión le había salvado de una pregunta trampa en algún exámen.

—No importa la situación, el primer círculo para canalizar energía siempre eres tú.

Con el dedo que tenía levantado, trazó un fino círculo naranja a su alrededor que rebosaba vapor como el que emiten las pócimas. Después se introdujo en él y desapareció. La puerta se cerró sola tras la actuación.

Su compañero sonrió, aunque no le gustase admitirlo, tenía suerte de compartir habitación con ella.



—Profesor Hebier localice a Vadim, por favor. Dile que me urge verlo —dijo una profesora menuda con el pelo rizado y un gran flequillo que le llegaba casi a los ojos—. Estaré en la habitación del Ojo.

La mujer dio media vuelta y abandonó la sala de profesores. Su capa, algo más larga de lo normal, arrastraba por el suelo llevando consigo cualquier rastro de suciedad.

El Ojo se encontraba en una pequeña habitación de apenas unos metros cuadrados y paredes de piedra que había en el sótano de la escuela, ya que fue allí donde lo encontraron los antiguos

Tejedores.

El edificio principal se construyó a partir de esa habitación que era el centro perfecto de toda la estructura.

La profesora miraba la esfera cristalina con detenimiento y paciencia.

—Muéstramelo. —decía aún sabiendo que no ocurriría nada.

Un profesor mayor vestido con una túnica azul se materializó en la sala. Al aparecer casi se cae al suelo tras pisar su propia capa y tuvo que apoyarse en la mujer para no hacerlo. La profesora realizó un sobreesfuerzo para no caer también.

—A veces me pregunto cómo llegaste a ser el director de la escuela. —le dijo bromeando—. Y te he pedido cientos de veces que uses las puertas. Me asustas cuando apareces de la nada.

—¿No me requerías con urgencia? —contestó el hombre acercándose a su rostro y sonriéndole.

La mujer le devolvió la sonrisa y después se acercó hasta el orbe indicando al profesor que observara.

—Interesante. —Dijo el director rozando con sus dedos la grieta que se había formado en el cristal de la esfera—. Muy interesante.

—No es solo eso. —informó la profesora—. Si lo activo, mira lo que ocurre.

La mujer puso su mano izquierda sobre él y éste se tornó oscuro. Parecía contener una tormenta en su interior.

—No intenta buscar a un nuevo Tejedor. —dijo la profesora—. Parece que ha perdido su poder.

—Esta esfera no solo busca nuevos alumnos Casandra. —indicó el director mientras se acercaba—. Con ese color violáceo, lo que intenta decir es que proteja a los que ya están realizando sus estudios. Podrías comprobar...

—Es lo primero que hice director. —La mujer quitó la mano de la esfera que volvió a su color blanquecino de siempre—. Todo está en orden.

—No me refiero a él.

La mujer dudó por unos instantes.

—Me refiero al viejo faro. —indicó Vadim.

—¿Quiere usted que vaya ahora?

—Por favor... y trate de pasar desapercibida.

La profesora echó a andar para abandonar la sala. Cuando llegó al inicio de las estrechas escaleras que conducían al exterior se volvió para preguntar al director si la acompañaba, pero el hombre ya había desaparecido de nuevo.

Casandra sonrió. Era un director muy peculiar y agradecía haber sido elegida como su persona de mayor confianza.

Salió del sótano por una pequeña puerta camuflada entre unas rocas situadas en la parte norte de la escuela. No era una salida secreta ni estaba escondida a los alumnos, simplemente ya estaba así cuando los profesores llegaron. No obstante, la escuela tenía prohibido a los estudiantes que entrasen a la sala donde se encontraba el orbe.

Cassandra echó un rápido vistazo hacía atrás para comprobar que nadie había reparado en ella, pues varios alumnos y profesores practicaban por los alrededores.

Si hubiera mirado hacia los árboles que tenía en frente habría visto a Laiya que pasaba por allí casualmente. Lo hacía siempre que quería pensar.

La chica reparó en la profesora y al verla realizar movimientos extraños se escondió rápidamente entre la maleza para observarla.

La mujer se acercó hasta apenas unos metros de ella y alzó su mano izquierda que emitió un leve resplandor azulado. Un grupo de árboles cobraron vida para crear una puerta natural y dejar paso a la profesora, que se adentró arrastrando su capa sobre la tierra fresca.

«Nadie le ha dicho nunca que le queda grande.» —Pensó Laiya, que se acercó para observar el nuevo sendero que había aparecido.

El camino descendía por el pequeño bosque artificial creado a modo de barrera para proteger a los alumnos del acantilado, el cual se convertía en unas escaleras al llegar al límite. La chica se adentró lentamente tratando de hacer el menor ruido posible y los árboles se cerraron tras ella.

Se acercó hasta el borde del abismo. El viento soplaba con fuerzas y sintió la punzada de un vértigo atroz.

La profesora bajaba las escaleras unos metros por delante de ella y su capa ondeaba con fuerza. Era una mancha azul en una pintura gris.

La chica esperó a perderla de vista y comenzó a descender también por las escaleras. Dando pasos lentos pero seguros.

Una fuerte ráfaga de viento la golpeó fuerte y tuvo que aferrarse a unas rocas para no caer al fondo. De nuevo volvió a sentir el vértigo y estuvo a punto de vomitar.

Lentamente, continuó descendiendo hasta llegar a un pequeño mirador cuya balaustrada de piedra estaba erosionada. Debía ser muy antigua pues algunos trozos se habían caído y nadie se encargó de repararlos.

La chica se asomó para familiarizarse con el entorno hasta que pudo ver algo que la sorprendió.

No muy lejos de donde se encontraba, había un faro viejo y oxidado. La estructura era enorme y estaba depositada sobre una isla flotante atada al acantilado mediante unas cadenas de cobre gigantes.

—¿Qué es esto, Vadim? —preguntó en voz alta aún sabiendo que nadie la oiría.

Desde su ubicación pudo ver a la profesora caminando por la pequeña isla. Laiya intentó trepar a la cadena pero sintió cómo el vértigo se apoderaba de ella. No iba a poder hacerlo de esa forma así que ideó un plan.

Esperó a que Cassandra entrase al interior del faro y trazó un círculo anaranjado al inicio de la cadena. Se adentró en él y pasó a su propio plano, un lugar dónde ningún tipo de alteración podía afectarle. Caminando rápidamente sobre la cadena, llegó hasta el otro extremo y trazó de nuevo el círculo para aterrizar en el suelo rocoso de la isla.

El viento parecía soplar allí con más fuerza creando siniestros sonidos que procedían del interior de la estructura.

—¿Ahora te asusta el viento, Laiya? Solo está silbando. —se dijo para tranquilizarse.

Se asomó por el hueco de la puerta que la profesora había dejado entreabierta y su sorpresa fue mayor. El interior de la estructura era al menos tres veces superior en tamaño al del exterior. Casandra estaba en el centro de la sala circular observando con detenimiento.

Laiya abrió sus dorados ojos de par en par. La sangre llegó hasta su cerebro bombeando en su cabeza con fuerza y tuvo que agacharse para aliviar la presión. Volvió a incorporarse para comprobar si lo que había visto era real.

Las paredes estaban llenas de cadáveres. Cientos de cuerpos sumergidos en cabinas de cristal rellenas de un líquido dorado. Algunas de ellas estaban vacías pero ya tenían un nombre escrito en ellas.

Luchó contra el estado de mareo en que se encontraba y trató hallar su nombre en alguna, pero la distancia se lo impedía.

—Piensa Laiya, piensa. —se decía a sí misma.

La profesora terminó su función y ya caminaba en dirección a la salida. La chica trazó otro círculo instintivamente y se introdujo en él para desaparecer.

Casandra pasó a través de ella como si de un fantasma se tratase. Laiya cerró los ojos y aguantó la respiración para no ser detectada.

Parece que dio resultado, la profesora cerró la puerta y abandonó la isla dando un salto enorme hasta el tramo inicial de escaleras que ascendían por el acantilado de piedras grises.

Frustrada por no haber podido descubrir qué era lo que acababa de ver, volvió hacia la escuela de la misma forma en que bajó.

Cuando llegó a la zona de árboles, la profesora ya había desaparecido. Por suerte para ella, el portal creado con los árboles aún seguía abierto.

Confusa y mareada por el vértigo de la subida, se dirigió al mirador central de la escuela. Necesitaba un soplo de aire fresco y pensar en lo que había descubierto.

El aroma de la leña

Vein llevaba todo el día caminado. Con la ayuda del mapa que había preparado, se dirigió hacia el sur siguiendo el curso del río Rojo, llamado así por el llamativo color de sus aguas, fruto de la meteorización de minerales acumulados en las zonas montañosas.

Se detuvo lo justo para comer algo y descansar un poco cuando sufría calambres en las piernas.

Era un sendero de tierra salpicado de rocas que estaba limitado a un lado por las aguas del río y al otro por los árboles que daban acceso al gran Bosque de los Ecos.

Estaba bastante concurrido ese día y, de vez en cuando, el chico se topaba con algún que otro vendedor ambulante que le ofrecía artículos de lo más variopinto y que siempre rechazaba, pues jamás había sido bueno para los intercambios.

El sol descendía lentamente en el horizonte dando paso al ocaso y su peculiar iluminación del mundo. El cielo se llenó de un rojo espectral que alargó las sombras de los árboles y las proyectó en el sendero. Vein miraba a su alrededor intranquilo, era la primera vez que estaría solo en la noche y lejos de su hogar.

De nuevo, su mente comenzó a debatir si estaba haciendo lo correcto y los síntomas del miedo se hicieron presentes. Sabía que era el *efecto noche*, como él lo llamaba, pero no podía evitarlo.

Siempre que trazaba algún plan, se emocionaba durante el día pero al llegar la noche, cuando todo estaba silencioso y las sombras eran dueñas del mundo, lo veía desde otro punto de vista y al final lo acababa cancelando. Por eso jamás había salido de su ciudad.

Un olor a carne asada captó su atención. Siguiendo el rastro con facilidad, llegó hasta un pequeño embarcadero donde los árboles eran más escasos y se había adaptado la zona para el descanso y el estacionamiento de vehículos.

Una carroza de madera oscura y revestida en su mayoría con cobre, estaba estacionada junto a un inmenso árbol de hojas rojizas. Los propietarios debían llevar algunos días en el lugar pues tenían multitud de utensilios repartidos por la zona. Había un tendedero rebosante de ropa infantil, diferentes mantas en el suelo, un par de sillas y una mesita de color azul con dos juegos de cubiertos. Además, todo el perímetro estaba meticulosamente cercado con hilo de cobre.

Vein permaneció unos minutos observando el lugar, no sabía qué hacer. Quedarse cerca a pasar la noche era una idea que le agradaba. Se sentía seguro teniendo a personas a un paso, aunque fuesen desconocidas.

—¿Te apetece cenar con nosotros? —se oyó una voz tras él.

Un hombre alto y moreno pasó por su lado cargando unos cuantos troncos de madera. Llevaba un hacha colgando del cinturón que, debido al vaivén de sus pisadas, se cayó al suelo.

—No tiene que preocuparse. —Vein se adelantó para recogerlo—. Tengo mi propia comida,

pero sí que agradecería algo de compañía. Desconozco la zona.

El hombre hizo un gesto con la cabeza para que le siguiera.

—Cuidado con el cable —Advirtió—, nuestro hijo se ha caído ya un par de veces con él.

Vein levantó el pie más de lo normal para asegurarse que no destrozaba lo que el hombre había preparado con tanto esmero. Al pasar sobre él, notó un leve escozor en su cuerpo. Como una débil señal que le advertía para que se retirara.

Confundido, avanzó hasta la pequeña mesa donde depositó el hacha. La puerta de la carroza se abrió y una mujer no muy alta de pelo castaño y ojos verdes esmeralda salió con un bebé en los brazos.

—No lo dejes al alcance de Merlo, por favor. —rogó tras ver el hacha sobre la mesa—. Ya no se queda quieto un segundo y ahora va cogiendo todo lo que ve.

—Déjame a mí, lo colocaré en su sitio. —dijo el hombre, que había regresado de guardar la leña en un depósito anclado a la estructura principal de la carroza.

La mujer observó unos segundos al chico y notó la tristeza que despedían sus ojos grises.

—¿Cómo te llamas? —preguntó mientras dejaba al niño en el suelo.

El bebé fue dando pequeños pasos hasta llegar a Vein y le hizo un gesto para que lo cogiese en brazos.

—No suele irse con la gente que no conoce. —confesó la mujer—. Le has debido de caer bien.

—Me llamo Vein. —contestó mientras cargaba al pequeño.

—Yo soy Merin, bienvenido a la familia Vein.

El chico sonrió.

—Si hay algo en lo que pueda ayudar... —preguntó echando un vistazo a su alrededor.

—Por ahora me viene muy bien que estés con Merlo. Así aprovecho para hacer otras cosas. —Se sinceró la mujer que acudió donde se encontraba su marido.

Vein observó al pequeño que se había abrazado a él y descansaba plácidamente. Tenía el pelo de su madre pero con pequeños reflejos rojizos y su piel era blanquecina, igual que la de sus padres. Podía asegurar que eran nativos de Arcanta.

Llevaba en su brazo una pulsera de cobre de la cual colgaba una cinta de tela azul llena de pequeñas roturas hechas con sus dienteitos.

El sol ya se había puesto por completo y la luna aún no había salido por el horizonte. Por unos segundos, quedaron totalmente a oscuras en el pequeño embarcadero. De pronto, la zona se iluminó gracias a una serie de luces colocadas estratégicamente alrededor de la carroza que extinguieron cualquier atisbo de oscuridad.

—Tejedores. —pensó Vein, que se acercó un poco hasta el matrimonio que mantenían una

conversación en voz baja.

Al verlo aparecer, la mujer se dirigió a él rápidamente para hablarle sobre las luces que se habían activado.

—¿Te gusta el sistema de alumbrado? Nos lo vendió un mercader ambulante que encontramos años atrás y se activa cuando no hay luz suficiente. Creo que fue una buena compra.

—Pensaba que...

—Somos comunes. —informó finalmente el hombre.

Ahora que tenía a ambos cerca y ya estaba un poco más aclimatado, pudo ver que el matrimonio también poseía una pulsera con un trozo de tela azul colgando de sus muñecas. Le llamó la atención pero no dijo nada, no quería parecer entrometido.

La mujer se acercó hasta la hoguera.

—La cena ya está lista. —anunció— Ézeus busca algo para sentarte junto al fuego y cede tu silla al chico. —continuó diciendo mientras le guiñaba un ojo a Vein.

—Pensaba hacerlo. —contestó el hombre riendo.

—Por mi no os preocupéis. —dijo Vein avergonzado.

—Eres nuestro invitado y tenemos que cuidar de tí. Déjame a Merlo y cena tranquilo.

Vein le entregó al bebé que comenzó a protestar.

—Vaya, pues sí que te ha cogido cariño. —Dijo Ézeus que había arrimado una roca en la que se sentó.

Los tres se sentaron a cenar junto al calor de la hoguera. A su alrededor reinaba el silencio, interrumpido en ocasiones por el sonido de los grillos.

—¿Hacia dónde te diriges? —preguntó la mujer que comenzó a amamantar al bebé—. Bueno, quizá no sea asunto mío...

—Voy a la Escuela de los Tejedores. —contestó sin dar rodeos.

—¿Eres uno de ellos?

—No no. Solo voy de visita, tengo a alguien conocido allí.—Vein dio un mordisco a su trozo de carne—. ¡Está buenísimo! —Exclamó.

La mujer sonrió satisfecha.

—¡Eh!, que la he preparado yo. —dijo el hombre en tono de burla—. Aún estás lejos, hijo. Por lo menos a cuatro días. —informó Ézeus tras la broma.

—Si viene con nosotros hasta el cruce de Los Páramos podría llegar en dos. —añadió la mujer.

—Para eso tendríamos que partir mañana temprano.

—Pues ya está decidido. Llevamos tres días aquí estacionados...

—Ya sabes el motivo de esta parada, Merin. —dijo el hombre en un tono más serio.

—Si, lo sé.

Merlo se había quedado dormido y la mujer fue hasta el interior de la carroza para acostarlo.

Antes de volver junto al fuego a se aseguró de que la puerta trasera estuviese bien cerrada.

—Si vamos a salir temprano, me acostaré ya. —informó Vein que comenzó a sacar unas mantas de su bolso de viaje.

—Espera, no vas a dormir aquí fuera. Hay sitio dentro. —Merin comenzó a recoger las sobras de la carne.

—Insisto en quedarme fuera.

—Verás, Vein —empezó a decir el hombre—, no queríamos comentarte nada para no alarmarte pero hay algo persiguiéndonos desde hace unos días. Por eso he puesto el cobre rodeando la carroza. De eso hablábamos antes en voz baja. No queríamos que corrieras peligro al quedarte con nosotros.

El chico estuvo pensando durante unos instantes. Sea lo que fuese no iba a ser peor que lo que llevaba dentro. Tenía miedo de ser él quien les hiciera daño, como hacía siempre con todo.

—Hagamos una cosa —propuso—, me quedaré un rato recogiendo esto y me iré a la cama más tarde, ¿de acuerdo? Dejadme la puerta entreabierta.

—Nos parece bien, buenas noches Vein.

—Buenas noches.

Los rayos de sol iluminaron el rostro del chico que llevaba despierto y dando vueltas desde hacía horas. Fue su primera noche lejos de casa y su mente se cubrió de pensamientos extraños que no lo dejaron conciliar el sueño. Sintió miedo, soñaba con su hogar, con sus comodidades y pensaba todo el tiempo en volver a ella.

La luz del día lo devolvió a la realidad, a las ganas de aventura y de llegar a su objetivo.

Merin salió de la carroza, tenía buen aspecto a pesar de estar recién levantada.

—Veo que lo has recogido todo, no tenías por qué hacerlo.

—Estoy acostumbrado. —contestó el chico—. He dejado lo necesario para preparar el desayuno. Está todo sobre la mesa.

—Pues voy a prepararlo. — decidió Ézeus que salía de la carroza con su hijo en brazos.

Al ver a Vein, el bebé le tendió sus brazos.

—¿Sabes? —dijo el hombre—. Para que el café salga perfecto no debes aplastarlo en la cafetera, ¿puedes traer agua del río en ese cubo que ves ahí?

—Por supuesto.

Tras el desayuno, terminaron de recoger y guardaron todo en un compartimento adherido a la carroza que hasta ahora había pasado desapercibido para Vein.

—Ahora verás lo mejor. —indicó Ézeus tirando de una palanca ubicada en la parte frontal del vehículo.

De las paredes, comenzaron a abrirse compuertas que antes eran invisibles y formaron un pequeño rellano en la parte frontal. Tenía una escalera con dos peldaños para acceder a él y un par de bancos donde podían sentarse al menos seis personas.

Cuando los cuatro estuvieron acomodados, la carroza comenzó a moverse en línea recta

avanzando a una velocidad sorprendente.

—Otra buena compra. —informó la mujer sonriendo.

Para el medio día, ya habían avanzado más de lo que el chico habría hecho en dos días.

Vein contemplaba el camino sentado en la parte posterior de la carroza. Se movía constantemente de un lado a otro para observar el paisaje y pensaba en la suerte que había tenido al encontrarse con esta familia.

Algo lo sacó de sus pensamientos, entre la maleza del bosque que quedaba en el lado opuesto al río, pudo ver una sombra que se desplazaba a gran velocidad. El ser no trató de esconderse y rápidamente se mostró ante él. Era un Fauto y lo miraba fijamente. La criatura tenía el gran cuerno que lo caracterizaba destrozado, fruto de alguna pelea contra otro de los seres del bosque.

Aparecía y desaparecía tras los árboles siguiendo el ritmo de la carroza y ganando terreno poco a poco.

Vein se puso en pie por precaución. Era inusual que un Fauto se acercara tanto a plena luz del día pero ya había ocurrido antes en el cementerio.

El animal se colocó a escasos metros de la carroza y olisqueó el aire, después emitió un aullido ensordecedor que se extendió por las copas de los árboles.

Unos hilos negros comenzaron a surgir del cuerpo de Vein que empezaba a ponerse nervioso.

La puerta trasera de la carroza se abrió de un portazo y Merin se asomó con un cuchillo en la mano.

—¿Va todo bien?—preguntó mostrando el arma.

Tanto el Fauto como los hilos habían desaparecido por completo.

—Sí —indicó Vein—, vayamos dentro, esas nubes que asoman anuncian lluvia.

Tal y como predijo, los últimos rayos de sol en el ocaso dieron paso a una noche de lluvia y tormenta que hacían susurrar al viento entre los árboles.

—Esta noche seguiremos avanzando. —informó Ézeus—. No tiene sentido parar con este temporal.

El hombre había creado una modesta hoguera en el pequeño porche de la zona delantera. A pesar de ser de madera, la carroza estaba preparada con una zona de metal ignífuga.

—Menuda noche. —dijo Merin mientras colocaba la carne sobrante sobre el fuego.

—A mi me gusta la lluvia. —se sinceró el chico—. Cuando el viento sopla con fuerza en el lugar donde vivo, se cala entre las tumbas produciendo un sonido extraño que puede llegar a asustar, pero para mi es hermoso.

—¿Vives en un cementerio?—preguntó Ézeus asombrado.

—Así es. —contestó Vein sin darle importancia.

—Yo no podría.

—Al final te acostumbras, y te das cuenta que los muertos hacen menos daño que los vivos.

—¿Sabéis? —La mujer se sentó junto a ellos—. En las noches como esta, me gusta salir al exterior y escuchar el murmullo del viento. Si le prestáis atención podréis oírle hablar en su

lenguaje.

Vein asentía ilusionado, era el tipo de cosas que le gustaba hacer cuando estaba solo. La mayoría de las personas no prestan atención a estos fenómenos y encontrar alguien que si lo hacía fue algo gratificante.

Tras la cena y haber acostado al pequeño, Ézeus pidió a su mujer que contase una historia. Era algo que se le daba bastante bien y que jamás se cansaba de escuchar.

La mujer fue a por unas mantas y ofreció una a cada uno de ellos y se sentó en el banco que estaba libre.

La lluvia caía con fuerzas a escasos metros, pero estaban bien protegidos. No cabía duda de que la carroza había sido una compra más que excelente.

—Dicen las historias, aquellas que viajan de una generación a otra al calor de un buen fuego como este, que eones atrás existía un cielo cubierto de diminutas luces que brillaban en la inmensa oscuridad.

Los primeros hombres las adoraban. Los creían Dioses a los cuales suplicaban para recibir ayuda en momentos difíciles o entregaban regalos de agradecimiento...

Vein se acomodó contra la pared del vehículo y se arropó con la manta. Hacía tiempo que no se sentía tan a gusto. Inspirando el aroma a leña que surgía de la hoguera, se dejó mecer por las palabras de la mujer.

—Pero un día, un grito de rabia rugió en el cielo y todas las luces desaparecieron. Asustados, los hombres del mundo buscaron refugio en las cuevas, pues el exterior ya no era seguro.

Con las tinieblas llegaron criaturas sedientas de sangre que se alimentaban de todo aquel despistado que caminaba sin la protección de la luz de la luna llena...

El chico se incorporó. El cuento había adquirido un tono que comenzaba a traerle recuerdos innecesarios.

—¿Ocurre algo, hijo? —preguntó la mujer extrañada.

Vein no dijo nada pero su mirada se tornó triste.

—La noche no acompaña a este cuento, cariño. —dijo el hombre con suavidad—. Cuenta algo más alegre.

—O mejor, vayamos a la cama. Merlo se acaba de quedar dormido y hay que aprovechar estos momentos para descansar. Mañana nos espera otro largo día de camino.

—Tienes razón. —contestó el marido.

—¿No te he molestado, verdad? —preguntó Vein.

—No hijo, tranquilo. Realmente estoy agotada.

—Está bien —contestó aliviado de no crear un conflicto—, yo me quedaré un rato más aquí.

El matrimonio fue a dormir y durante unos instantes, pudo sentir la triste melancolía que existe cuando las personas dejan un lugar y tu alma abraza la irremediable soledad.

Apretando la manta contra su cuerpo, permaneció quieto viendo morir al fuego que danzaba suavemente sobre la leña.

En su cabeza, miles de pensamientos se acumulaban, historias que necesitaba olvidar pero que volvían una y otra vez sin que él pudiera evitarlo.

Recordó la noche en la que comenzó todo...

Tenía aproximadamente cuatro años. Su padre estaba sentado en el porche trasero de su casa. Al igual que él en este momento, se cubría del frío con una suave manta. Disfrutaba observando la lluvia caer sobre el cementerio. Los truenos iluminaban las diferentes estatuas del lugar otorgando una belleza sin igual que duraba apenas un instante.

—Papá. —le dijo aún medio dormido.

El padre extendió los brazos para que se cubriera con la manta.

—He oído voces en mis sueños. —decía mientras se acomodaba en él.

Un trueno rugió justo sobre sus cabezas y Vein se apretó contra su cuerpo.

—Tranquilo, hijo —dijo sonriendo con ternura—, solo es un trueno y las voces, son solo sueños. No tienes porqué preocuparte.

—Pero cuando desperté seguía oyéndola. —insistió incapaz de aceptar que era una simple invención—. Incluso me advirtió que no viniese a contártelo.

—Quizá tengas un Don, hijo. Mañana, si quieres, iremos a la capilla para que el padre te observe. Él sabrá aconsejarnos.

Vein asintió complacido y fue a su habitación. Se cubrió con las sábanas hasta las orejas y trató de no pensar en nada. La voz volvió a su cabeza más fuerte que nunca.

—Me has desobedecido. —le reprochó.

Sollozando, el chico se cubrió por completo la cabeza y permaneció inmóvil hasta quedarse dormido.

El día amaneció igual al anterior, con la lluvia como protagonista. Bajo un paraguas, observaba los charcos en brazos de su padre que avanzaba rápidamente.

La capilla estaba cerca y Vein pudo ver al aprendiz en el marco de la puerta. Aunque era muy pequeño, aseguraba recordar la falsa sonrisa que mostraba.

No recordaba la conversación que mantuvieron los dos hombres pero sí que fueron al interior de la capilla y el aprendiz lo colocó sobre un pequeño altar de cobre.

Cogiendo un cáliz dorado que tenía en la mesa, le derramó agua por encima. Estaba helada y le hizo ponerse nervioso.

Su padre, que vio cómo el joven aprendiz parecía perder la cordura, intentó frenarlo pero éste lo apartó bruscamente para continuar con su ritual.

Vein recordaba que estuvo a punto de cortarle con una hoja metálica cuando unos hilos oscuros brotaron de él y se aferraron al brazo del aprendiz que comenzó a gritar de dolor.

Su padre trató de sujetarle pero otros hilos lo lanzaron contra un banco cercano donde quedó inconsciente.

—No vuelvas a mirar a mi hijo. —dijo una voz que surgía de Vein.

Después, los hilos cortaron el brazo del aprendiz que se retorció de dolor en el suelo.

Varios días después, el hombre abandonó la ciudad de Berelum para no regresar jamás. Vein y su padre no volvieron a hablar del tema nunca más, hasta el día del accidente...

Una voz puso a Vein en alerta. El fuego se había extinguido hacía rato y la carroza, aunque había amainado su velocidad, continuaba avanzando bajo la tormenta.

El chico se incorporó y se colocó la manta.

—Hueles bien. —susurró.

—¿Quién eres? —preguntó temiendo oír la respuesta.

Una sombra surgió del bosque y saltó hasta la baranda de la carroza. Tenía forma humana y sus cuatro ojos grises se distinguían perfectamente en la oscuridad de la noche. Vestía una camisa blanca y un pantalón negro y ajustado. Ambas prendas estaban medio destrozadas, pero tiempo atrás pudieron pasar por ropa de gala. Tenía la piel pálida y su pelo grisáceo estaba repeinado hacia atrás con esmero.

La criatura sonrió mostrando sus enormes colmillos.

—Te propongo un trato. —le dijo nada más aterrizar.

Vein lo miró confuso.

—Tu dejas que me lleve lo que busco y yo te perdono la vida.

—¿Y qué es lo que buscas?

—Al Tejedor que hay en el interior. —dijo señalando la carroza con la mirada.

—Ninguno de los dos es Tejedor, te lo puedo asegurar. —informó de forma honesta.

—No hablo de los adultos...

El rostro de Vein palideció tanto o más que el de la criatura.

—No tocarás al pequeño. —le amenazó.

—Si no hay trato, ya sabes como acaba esto ¿verdad?

En apenas unos segundos, la carroza se detuvo en seco y ambos tuvieron que agarrarse para no caer al suelo. La puerta de atrás se abrió para cerrarse con un gran golpe.

La criatura saltó hacia el suelo para ver quien trataba de escaparse y Vein salió tras él pero no encontraron a nadie en la parte trasera.

El ser se dio la vuelta para saltar sobre Vein y morderle, pero el chico consiguió evadir el ataque rodando por el suelo y la criatura acabó golpeándose contra la carroza.

La puerta se abrió y Ézeus apareció con una ballesta en la mano.

—Esto se pone interesante. —murmuró el ser de cuatro ojos.

—Cuidado, es muy rápido. —advirtió el chico.

—Tranquilo Vein, no es la primera vez que nos visita y trataré de que ésta sea la última. —contestó el hombre que disparó sin pensárselo.

La flecha silbó en el aire perforando las gotas de lluvia y por un momento pareció que daría en el blanco, pero la criatura levantó la mano y detuvo el proyectil con facilidad. El olor inconfundible de la piel quemada invadió el aire.

—¿Cobre? Buen intento. —dijo arrojando la flecha al suelo—. te hará falta mucho más para llegar a matarme.

El ser saltó en el aire y golpeó a Ézeus que salió rodando por el suelo. Después rompió la puerta con sus manos y se adentró en la carroza.

Vein permanecía bloqueado, el miedo a que le ocurriese algo a Merlo no le dejaba pensar con claridad. Se incorporó empapado y cubierto de barro.

Varios golpes provinieron del interior del vehículo que se tambaleaba de un lado a otro y la criatura salió furiosa.

—Han huido, ya te llevan ventaja. —dijo Ézeus incorporándose.

—Los Nómadas somos más rápidos que el viento, no me costará alcanzarles.

Se dio la vuelta y se preparó para saltar a la oscuridad de la noche pero antes de hacerlo, se detuvo para dirigirse a Vein.

—Volveré a por tí. Lo juro por los Dioses que habitaban en los cielos.

—¿No vamos a hacer nada? —preguntó el chico una vez que el Nómada se había alejado.

—Entremos. —contestó el hombre dándole paso.

—¿Se ha ido ya? —se oyó decir a Merin que no se veía por ningún lado.

—Si cariño, podéis salir.

La mujer comenzó a entonar una nana para tranquilizar a su bebé. Era una melodía preciosa y su letra hablaba del mar y las criaturas que lo habitaban.

Merlo rió y él y su madre aparecieron frente a ellos, sentados en un pequeño sofá de color verde y desgastado.

Vein observaba la escena sorprendido.

—Si Merlo se asusta, él y todas las personas con las que tenga contacto se hacen diminutos.

Merin mostró su pulsera que había atado por la tela a la del bebé.

—Llevamos varias noches recibiendo su visita. Ese fue el motivo por el que nos desviamos de nuestro rumbo y estuvimos unos días escondidos donde nos encontraste. —explicaba la mujer—. Estamos tratando de despistarle, pero no es tarea fácil.

—Va a volver —indicó Ézeus—, tenemos que movernos durante la noche. Daremos un rodeo y pasaremos por el puente Viejo.

—Esa zona está plagada de Infectos. Es muy arriesgado ir con Merlo.

—Tienes razón, cariño. Déjame pensar...

—Seguid la ruta como hasta ahora. —propuso finalmente Vein—. Yo me encargaré de él.

—No, de eso nada. —contestó Merin —, tu vienes con nosotros hasta la encrucijada de los Páramos como habíamos acordado.

—No me pasará nada...

—He dicho que...

Algo chocó contra la carroza. Algunos de los objetos que había en las estanterías cayeron al suelo formando un caos en el suelo. La mujer, que sabía de qué se trataba, zarandéó con cuidado a su pequeño, pero el bebé se había quedado profundamente dormido. Si gritaba, el Nómada lo oiría y no tendría escapatoria.

Las manos antiguas y arrugadas de la criatura asomaron por la puerta.

—Soy más astuto por viejo que por demonio. —dijo dejando ver sus colmillos.

Sus cuatro ojos se iluminaron para adaptarse mejor al interior de la carroza pues no había ninguna luz encendida.

Merin corrió hacia la parte trasera para escapar por la puerta.

El Nómada dio un salto para atraparla pero Ézeus se colocó en medio. Ambos cayeron al suelo y la criatura arañó al hombre provocando un corte en su pecho que sangraba de manera alarmante.

El Nómada se incorporó rápidamente y salió al exterior. Dudando unos instantes, Vein salió tras él.

La mujer y su hijo estaban acorralados contra la pared del vehículo totalmente indefensos. Un relámpago iluminó el cielo mostrando el rostro del Nómada que sonreía de satisfacción.

—Llévame a mi. —Suplicó Merin abrazando fuerte a su hijo.

—A ti no te necesito. —contestó la criatura indiferente.

«Por favor» —suplicó Vein mentalmente—. «Estoy contestando a tu llamada. Si me ayudas, prometo servirte el resto de mi vida, pero debes acudir a mi y otorgarme tu poder en estos momentos.»

El chico cayó de rodillas sobre un charco ignorando la fuerte lluvia que caía sobre él.

El Nómada, que había escuchado la conversación sobre el Don del bebé, lo levantó con toda la suavidad que pudo para no alterarlo.

Merin lloraba desconsolada.

En la mente de Vein apareció un rostro que le sonreía con complicidad desde la oscuridad. La negrura empezó a expandirse como si de las ramas de un árbol se tratase hasta envolverlo suavemente.

El chico se incorporó lentamente mientras unos hilos negros danzaban a su alrededor al son de una música que solo él podía oír.

—Devuélveselo a su madre. —dijo en un tono amenazante.

El Nómada se volvió para observarlo y sus cuatro ojos se abrieron de par en par.

—Magia antigua. —susurró mientras se relamía los labios.

La criatura alzó la mano para realizar algún tipo de conjuro pero Vein lanzó uno de sus hilos

hacia él y le bloqueó el movimiento. El dolor hizo que soltara al bebé y por suerte, su atenta madre lo recogió antes de que se golpeará contra el suelo.

El Nómada saltó hacia Vein frenético abriendo su boca al máximo para morderle pero el chico cerró los ojos y se dejó llevar por el ser que ahora lo controlaba...«Haz lo que tengas que hacer» —le dijo mentalmente—. «Que no toque ni un solo cabello del pequeño.»

Ézeus necesitó varios puntos en la herida y reposo absoluto durante unos días pero por suerte, no fue de gravedad. La carroza siguió su viaje antes que amaneciera y para el mediodía ya habían llegado al cruce de caminos. Aún seguía lloviendo pero lo hacía con menos intensidad.

—Nos separamos, hijo. —Merin le dió un beso en la mejilla.

—Gracias por acogerme. —contestó Vein mientras le devolvía al pequeño que tenía en los brazos—. Cuida de tus padres cuando seas mayor —le dijo—, son el tesoro más grande que recibirás jamás.

—Gracias a ti, no sé qué habría sido de Merlo de no ser por tí.

—Lo importante es que ya pasó todo. —Vein realizó algo parecido a una sonrisa.

La mujer lo observó durante unos segundos. Para la edad que debía tener, su tristeza era inmensa.

—Trata de ampliar esa sonrisa. —le dijo—. Si lo haces, los problemas se los lleva el viento como a las hojas de otoño.

El chico no dijo nada. Despidiéndose de ambos, continuó su camino hacia la escuela y se detuvo unos instantes a observarla, pues ya se podía ver en el horizonte.

Sus seis colosales torres se elevaban sobre una colina verde y soleada. El azul intenso de sus cúpulas contrastaba frente al blanco inmaculado de los edificios. La Escuela de los Tejedores era realmente preciosa.

Cubriéndose de la lluvia con la capucha de su camisa, aceleró el paso para llegar cuanto antes a su destino.

Ya estaba cerca de la muralla exterior que rodeaba la escuela, situada a cientos de metros del edificio principal. Se trataba de unos arcos descomunales unidos entre sí formando un círculo que parecía rodear todo el complejo. Eran de piedra blanca y estaban cubiertos de símbolos azules desconocidos para él que parecían formar un entramado.

Pudo ver a algunos alumnos rastreando la zona, hablando con animales vaporosos que flotaban en el aire e incluso caminando por las copas de los árboles. Ninguno de ellos reparó en él.

Llegó hasta la zona cercana al edificio principal que disponía de diferentes lugares para sentarse a charlar o a estudiar. Tenía varias fuentes circulares con motivos de animales. Vein se acercó a una de ellas, la que tenía tallado un grupo de caballos alados que tiraban de un carro sobre las nubes.

Pensó en su madre, si hubiese visto esa escultura se habría emocionado muchísimo.

Sin que él se percatara, una figura lo observaba desde las alturas, lo llevaba haciendo desde que entró en los límites de la escuela.

Una suave melodía interrumpió sus pensamientos.

En uno de los bancos había un alumno tocando la flauta y se acercó hasta él para felicitarle.

—Me encanta esta música. —dijo mientras pedía permiso para sentarse.

El chico hizo un gesto de aprobación y Vein se sentó junto a él.

—¿La has compuesto tú?

Volviendo a asentir, apretó un poco los labios como si de esta forma pudiese concentrarse mejor.

Vein se relajó y se quedó un rato a escuchar la canción. Las flautas de Arcanta se afinan en una nota musical diferente a la común y esto les hacía poseer una escala única y hermosa.

Unos minutos después preguntó:

—¿Conoces a Laiya? necesito hablar con ella. —dijo unos minutos más tarde.

El chico paró de tocar y lo miró asombrado.

—¿De dónde eres? —preguntó mientras guardaba el instrumento musical—. Si no conoces a Laiya Mavense es que vienes de muy lejos.

«¡Existe!» —exclamó Vein mentalmente.

—Soy de Berelum.

—Ah bueno, ni lejos ni cerca. —El alumno se puso en pie—. Por cierto, ¿has sentido sueño mientras oías mi canción? —preguntó esperando una respuesta afirmativa.

—Pues la verdad es que sí. —Vein se refería al cansancio a causa del viaje realizado—. Si llego a estar un rato más oyéndola, sin duda me hubiese dormido.

—Aprobaré el examen. —dijo el chico sonriendo—. A Laiya la he visto hace un rato cerca del mirador, es aquél de allí. —indicó señalando un balcón rodeado de flores que podía verse desde su ubicación.

—Gracias, te deseo suerte para tu examen. —Vein hablaba desde la distancia pues ya se dirigía hacia el lugar indicado.

Cuando llegó quedó impactado por las increíbles vistas. Eran de tal belleza que pensó que se trataba de algún hechizo elaborado por un Tejedor.

A diferencia de la parte sur de la escuela, la que ascendía por una colina soleada, la norte era un acantilado abismal. Todo el borde estaba cubierto de árboles y poseía una barrera mágica de protección, por si algún alumno descuidado se precipitaba al vacío.

El mirador estaba colocado en el punto más alto del acantilado y desde él se distinguía la silueta de Osblem en el Mar Cristalino.

Laiya estaba apoyada en la balaustrada y parecía pensativa. Con sus dedos creaba pequeñas esferas que convertía en pájaros al moverlos y tras soplar, estos alzaban el vuelo para perderse en el azul del cielo.

La escena sorprendió a Vein que estuvo unos segundos inmóvil antes de decir nada. Imaginó a Laiya más pequeña que él pero debía de tener por lo menos diecisiete años. No era muy alta, tenía el pelo rapado por un lado, y largo y multicolor por el otro. Su ropa era el uniforme escolar,

compuesto de unos pantalones ajustados y una toga que le llegaba hasta las rodillas pero la chica había adaptado el traje a su estilo y le había realizado pequeños ajustes en diferentes partes.

A alguno de los profesores no le hizo gracia. Lo alumnos debían respetar el uniforme escolar como símbolo de una identidad pero Vadim defendió la libertad de estilo. Todos sabían que cedió porque era Laiya la iniciadora del movimiento, y a ella se lo consentía todo.

—Sé que llevas un rato ahí —anunció la chica—, puedo sentir la energía de las personas cercanas.

Vein se sorprendió.

—No soy un Tejedor.

—Ah ¿no? —dijo mientras se giraba hacia él—. ¿Entonces cómo has atravesado la barrera del colegio?

Al verlo por primera vez, Laiya sintió un escalofrío que le recorrió el cuerpo de pies a cabeza. Había encontrado la respuesta a esa sensación extraña que la perseguía desde esa mañana.

—¿Cómo te llamas? —preguntó acercándose lentamente.

—Vein.

El chico caminó hacia ella y Laiya sintió la poderosa energía que nacía de él. Era como un huracán pidiendo a gritos ser liberado. La chica contuvo la emoción, ansiaba averiguar más sobre él.

—Un espíritu se me apareció y me dijo que te buscara. —comenzó a decir Vein, que no sabía cómo debía empezar la conversación.

—No he oído nunca de nadie que pueda ver a los muertos. —informó la joven—. Y de Magia entiendo bastante. Así que, de ser cierto, tuvo que ser una proyección.

—He viajado durante varios días desde Berelum. No tendría por qué mentir.

—¿Era una persona mayor? —preguntó con interés mientras levantaba su dedo índice.

—No entiendo.

—Verás —La chica adoptó la típica pose que usaba cuando explicaba cosas que según ella, eran de saber común y le costaba creer que no se supieran—. Los Tejedores que tienen el Don para proyectarse a otro lugar del mundo son muy raros de ver. Este poder es el más poderoso de todos y Ellos están al acecho para darles caza.

Vein tenía conocimiento de los Tejedores y el mundo mágico gracias a los libros adquiridos en la biblioteca, pero jamás profundizó en esos temas. Los sucesos extraños que acontecieron en su vida plantaron en él la semilla del rechazo.

—El único Proyector que todos conocemos y tanto daño causó, por suerte desapareció hace años así que es improbable que sea él. —informaba Laiya—. Por eso preguntaba si era joven o adulto. Es prácticamente imposible que Valan pueda seguir proyectándose sin que Ellos lo detecten.

—¿Quiénes son Ellos? —Vein comenzaba a perderse en la conversación—. ¿Quién es él?

Laiya alzó la vista pues un par de profesores pasaban cerca. La conversación tomó un rumbo

interesante y no quería que la oyesen así que cambió de tema a otro que no levantaría sospechas.

—Vale, si quieres puedes estudiar conmigo pero no te saldrá gratis. —dijo mirando a Vein con aire superior.

Desconcertado, el chico miró a su alrededor y al ver a los profesores entendió. Después, ambos caminaron en dirección a la escuela.

Ansia de poder

Era un día de esos que la gran mayoría llaman perfecto, sol, buena temperatura y ninguna obligación.

La posada La Ventana Rota estaba a rebosar, pues era época de feria en el pueblo y los hombres se habían liberado de sus tareas cotidianas, así que no tenían mejores cosas que hacer que ir a emborracharse y llenar el bolsillo del posadero que los esperaba con los brazos abiertos.

Había música en las calles, danzas e innumerables actividades para los más pequeños. De todos los rincones, habían llegado feriantes cargados de las mejores atracciones y productos exóticos del extranjero.

Ajeno a la festividad, un hombre cabalgaba a toda prisa por un sendero que atravesaba los bosques cercanos. Llevaba una túnica negra y elegante, ceñida perfectamente a su cuerpo y que le dejaba sus brazos al aire. Su capa ondeaba en el viento otorgándole un aspecto señorial e imponente. Su caballo, fiel compañero de viaje, también era negro y tenía un porte perfecto.

—¡Alto! —se oyó gritar en el camino.

El jinete tiró de las riendas y el caballo se detuvo en seco levantando una pequeña nube de polvo. Cuatro guardias que patrullaban los alrededores de la zona, se habían apostado en mitad del camino y estaban de mal humor pues todo el mundo tenía el día libre menos ellos. Celosos, buscaban alguna víctima inocente que pagara por ello.

—¡Abajo! —ordenó uno de ellos que parecía el de mayor rango.

El hombre desmontó y le dió unas suaves palmadas al animal para calmarlo. El caballo inclinó la cabeza en gesto de complicidad.

Echando un vistazo a los guardias y examinando rápidamente su indumentaria, pudo ver que trabajaban para el ejército del reino de Baam. Llevaban un mono de tela que se sujetaba a sus cuerpo mediante una armadura plateada que apenas le dejaba nada al descubierto. Sus rangos se diferenciaban por los símbolos tallados en sus petos.

—¿Qué buscas en este pueblo? —le preguntó el guardia.

El jinete respiró hondo, como si ya hubiese perdido la paciencia.

—Asuntos personales de urgencia. —acabó diciendo—. Necesito finalizar cuanto...

—¡¿Qué son esos tatuajes de tu brazo?! —Intervino otro de los guardias, uno mayor y medio calvo cuyo rostro recordaba a un cuervo—. Los de fuera siempre os hacéis cosas muy raras en el cuerpo.

El hombre se acercó para tocarlos.

—Yo que tu no lo haría. —le advirtió.

—A mí no me da orden un asqueroso Tejedor. —contestó con aire de superioridad mientras le sostenía el brazo tatuado.

Un fulgor rojizo iluminó el rostro del guardia seguido de una corriente de energía que lo lanzó varios metros y le hizo rodar por el suelo.

—¿Osas atacarnos? —dijo otro de ellos mientras desenvainaba su espada.

—Aún estáis a tiempo para salir con vida. —dijo el jinete que no estaba de buen humor.

Ignorando su advertencia, el guardia lo atacó con su arma. El hombre pudo esquivar ese golpe y los siguientes con suma facilidad. Se movía tan rápido que parecía que el guardia atacara a cámara lenta.

Aprovechando la distracción del jinete, el soldado de mayor rango sacó su espada y la levantó al aire. El brillo del sol pudo verse reflejado en la punta impecable de la hoja.

El caballo relinchó con fuerzas y adoptó una posición rampante para más tarde caer al suelo en un charco de sangre.

—¿Cómo te has atrevido? —preguntó el jinete lleno de ira.

Unas cadenas fantasmagóricas y rojizas surgieron del suelo y comenzaron a rodearlo. Una de ellas ensartó al guardia que tenía delante y que seguía intentando golpearle inútilmente con su espada para, inmediatamente después, estamparlo contra el tronco de un árbol cercano.

El que apuñaló al caballo huyó presa del pánico y el jinete lo observó mientras se alejaba.

El que parecía un cuervo se incorporó lleno de polvo, tenía el rostro cubierto de sangre y le costaba respirar.

—Te voy a matar asqueroso Tejedor. —gritó mientras sacaba su hacha del cinturón.

El jinete movió su cabeza suavemente y otra de las rojizas cadenas voló hasta el hombre para perforarle el brazo que sujetaba el arma. El guardia se lanzó al suelo gritando de dolor.

El cuarto, el que aún no había realizado ninguna acción y observaba la escena petrificado comenzó a suplicar clemencia desesperado.

—Yo no he originado esto —dijo el jinete—, confórmate con no sufrir.

Otra cadena le arrebató la vida en un instante. El guardia cayó de rodillas al suelo y permaneció en esa posición.

El de mayor rango ya había recorrido suficiente espacio para pensar que había evadido al jinete, pero una cadena lo agarró por la pierna lanzándolo al suelo con brusquedad y arrastrándolo lentamente hacia atrás.

Tenía tanto miedo que cuando llegó a los pies del hombre, se había meado en los pantalones.

—¿A un caballo? ¿Atacas a un animal indefenso?

El guardia balbuceaba palabras sin coherencia. El miedo le había atrapado por completo.

—¿Qué hacemos con él? —preguntó el jinete al aire.

—Yo no lo necesito, haz lo que quieras con él. —contestó otra voz diferente que salió de su interior a través de sus labios.

—Está bien...

El hombre tiró de la cadena y el guardia salió despedido hacia el aire. Cerrando los ojos invocó un nuevo grupo de cadenas que lo envolvieron por completo. Aún se podían oír las palabras inconexas del hombre dentro del capullo metálico.

Tras cerrar el puño las cadenas se juntaron y un charco de sangre se derramó en el suelo. El soldado cayó al suelo dolorido y moribundo.

Una nueva cadena lo arrastró hasta el caballo que también perdía la vida lentamente.

—Aún te quedan algunas horas de vida —le informó —te dejo junto a él para que sea lo último que veas.

El jinete continuó su camino hacia el pueblo a pie. Una última cadena emergió de su cuerpo para rematar al guardia con cara de cuervo que aún seguía revolcándose de dolor en el suelo.

La muralla se encontraba a escasos metros y por suerte nadie la vigilaba. No tenía ganas de montar otro espectáculo.

Una mujer lavaba la ropa junto a un pequeño arroyo de agua clara que discurría bordeando la pared mientras su hijo jugaba alegre tratando de cazar mariposas. A juzgar por sus prendas, debían ser de clase baja y seguramente vivirían fuera del pueblo donde se estaba creando un pequeño gueto.

—Estoy buscando a una mujer con el cabello negro.

Dejando las prendas que limpiaba sobre una roca, se giró para observar al hombre mientras hacía un gesto con la mano a su hijo para que se alejara.

—No voy a haceros daño. —confesó el hombre—. En principio...

—Hay muchas mujeres morenas por aquí, señor. —contestó rápidamente.

—No tengo un buen día, ya sabe a cuál me refiero.

El hombre miró de reojo al niño que se había escondido en un árbol y asomaba la cabeza descaradamente pensando que no se le veía.

—Vive en el bosque. —acabó diciendo la mujer—. Tiene una cabaña pequeña tras esos almendros que ves allí. Son aquellos árboles rosados.

El hombre no respondió y caminó en la dirección indicada. Aliviada, la mujer llamó a su hijo que volvió a ella para darle un abrazo.

Cuando se perdió de vista, una mujer morena con el pelo largo y liso surgió de la maleza dónde se había escondido el pequeño. Iba descalza y vestía una túnica azul sujetada por un cinto de cuero adornado con filigranas doradas.

—Has hecho un buen trabajo. —agradeció antes de desaparecer.

El viento soplaba entre las copas de los árboles con su música especial. Los reflejos del sol que se filtraban entre las ramas, creaban un paisaje idílico dentro del bosque. El hombre divisó la cabaña en el lugar exacto que le habían indicado.

Era de madera y bastante pequeña. Tenía un pequeño porche donde había una silla y una mesita de madera pintadas de amarillo. A un lateral de la estructura, había un huerto donde varias raíces estaban comenzando a brotar.

—Vengo de muy lejos a buscarte. —gritó el hombre en voz alta.

—Venimos. —corrigió la otra voz que emanaba de él.

La puerta de la choza se abrió y de ella salió una mujer de pelo negro con una túnica azul sujetada por un cinto. Su porte era tal que parecía flotar cuando caminaba. El olor a flores que emanaba llegó hasta el hombre que volvió la cara queriendo evitar su fragancia.

—¿Por qué atacaste a esos guardias? —preguntó deseando conocer el motivo.

—Yo no empecé aquello.

—Lo merecían. —dijo la otra voz.

La mujer sonrió al escuchar a la otra voz. Fue una leve mueca, como si afirmara mentalmente algo que quería comprobar.

—Nadie merece morir a manos de otro.

—Cuando salgas de este bosque, verás que no todo es tan bonito. —contestó el hombre.

—No te entretengas Valan, no podemos perder el tiempo. —indicó la voz de su interior.

—¿Por qué tanta prisa? —La mujer dio una vuelta sobre sí misma para observar a su alrededor—. Cierra los ojos y escucha la llamada del bosque. Fue creado para eso, para sentirlo.

Valan se estaba poniendo nervioso. La pasividad de la mujer y su aire místico lo estaban sacando de quicio pero no podía actuar, algo estaba bloqueando su Don.

—¿Sabes cuál es el mío? —preguntó la mujer que parecía estar leyendo su mente.

El hombre la miró sorprendido.

—Puedo ver el Don de otra persona y preparar una defensa ante ella. Como hago en estos instantes.

Valan abrió sus grises ojos de par en par. Había oído que era poderosa pero no hasta ese límite. Si él pudiese arrebatarse ese poder, sería invencible.

—Sé por qué andas de un lugar a otro, Valan. —La mujer comenzó a dar pasos lentos hacia él—. Te veo cansado, agotado de huir sin cesar. Déjame ayudarte.

—¿No te atrevas a leer mi mente, bruja o te arrebataré la vida!

—Conozco un lugar donde hay mucho poder, tantos Dones diferentes que te harían el ser más poderoso de todos.

—¿Y qué ganarías tú de todo eso?

—Con mi Don —dijo cuando estaba muy cerca de él—, sería siempre superior a ti. —concluyó en un susurro.

—¿Y si encuentro la forma de acabar contigo? —Valan se echó hacia atrás para evitar su contacto.

—Entonces... serías el primero, el único.

La emoción recorría su cuerpo de pies a cabeza.

«Te está mintiendo.» —trataba de avisar la voz de su interior.

—Si ese lugar es tan poderoso, ¿Por qué no puedo rastrearlo? —Valan trataba de descubrir algún punto flaco en toda esta historia.

—Porque está protegido por una fuerza superior. Una barrera que protege a los que viven bajo ella.

—¿Entonces cómo entraré?

—Con mi ayuda. bajaré su defensa por unos instantes, el tiempo justo para que entres. El resto es cosa tuya, tendrás que demostrar tu valía.

—¿Hacia dónde tengo que ir? no puedo Proyectarme, vendrían a por mí.

—Lo sé, y por eso tengo algo para tí.

Su fiel compañero de viaje apareció entre la maleza y agachó su cabeza esperando recibir el contacto de su amo al que estaba acostumbrado. Tenía el porte perfecto de siempre y no había rastro de la herida que casi acaba con su vida.

—¿Eres una bruja? —le preguntó—. Hace mucho que no tropiezo con una.

—¿Bruja? Si eso es lo que ves... —contestó sonriendo cálidamente—. Sigue esta luciérnaga hasta que detenga su vuelo en una lobelia y habrás llegado a tu destino.

El hombre subió a lomos de su caballo y dirigió la mirada hacia la mujer.

—Nos volveremos a ver. —dijo amenazándola.

—Estoy segura de ello. —respondió la mujer liberando al insecto de la pequeña jaula en la que se encontraba.

El lago helado

—¿Dónde vamos, Edian? —preguntaba Reese impaciente.

—Ahora lo comprobarás...

—Pero es que quiero saberlo ya.

Edian no contestó. Los tres caminaban por las pequeñas calles del pueblo mientras eran observados por algunos vecinos que, extrañados de ver a un chico de color en aquella parte del mundo, se habían asomado a sus ventanas.

Mínutos más tarde, se adentraron en un parque donde algunas personas paseaban o leían sentadas en bancos. Todas iban forradas de pies a cabeza tratando de ignorar las extremas temperaturas del lugar.

—Qué bello es este jardín. —dijo Nadia observando la capa de nieve que lo cubría todo de blanco.

—Yo no sé por qué no están en casa. —opinó Reese—. No deber ser cómodo para ellos pasear con este tiempo y esta luz tan escasa.

—Si cada vez que hiciera frío o lloviese en Quelin no saliéramos, entonces nadie se conocería en el pueblo. —contestó Edian.

—¡Qué bonito! —exclamó Nadia cortando la conversación de los chicos—. ¿Qué es?

La chica observaba un precioso lago transparente que había sido preparado para el uso público. Todo el borde se había decorado con pequeñas luces azuladas que le daban un aspecto de cuento. Los árboles de los alrededores, cubiertos por la nieve, ponían el broche ideal para crear un paisaje idílico.

—Es el Lago de Cristal. —informó Edian sin darle mayor importancia.

—No he visto nunca algo parecido. ¿Qué hacen las personas en él?

—Patinar. ¿No lo ves?

—No sabía que se podía hacer eso sobre el hielo.

—¿Podemos hacerlo nosotros? —suplicó Reese al ver la emoción de la chica—. En ese cuartucho de ahí se pueden coger patines.

—No se cogen. Se alquilan. ¿Tenéis valantos?

—Edian, por favor —rogó Nadia con el rostro iluminado—, me encantaría patinar sobre hielo.

El chico suspiró.

—Está bien, venid.

Reese iba dando saltos de alegría.

A cambio de un acuerdo posterior con el empleado del negocio, Edian consiguió un par de patines para cada uno.

—Se colocan sobre los zapatos. —informó—. Y se adaptan con esta palanca de aquí.

—Podías haber avisado antes. —decía Reese que ya tenía sus zapatos quitados y se los volvía a poner.

—¡Pero si te los acabo de dar!

—Yo sí tenía algunos. —dijo la chica mostrándole varias monedas de diferentes metales.

Edian las contó mentalmente. Con ellas le alcanzaría para vivir al menos un par de meses. No sabía que los valantos tuviesen un valor diferente en cada parte del mundo.

—No te preocupes ya está solucionado, guardarlos para más adelante.

Reese comenzó a deslizarse por el hielo y para no haberlo hecho nunca, aguantó bastante tiempo en pie. Cuando cayó no podía parar de reír y sus carcajadas contagiaron a los presentes que había allí patinando.

—Déjate llevar por mi. —dijo Edian ofreciendo sus manos a la chica.

Nadia lo miró sonriendo y se agarró a él. Por unos instantes el mundo comenzó a girar solo para los dos.

Reese los observaba deslizarse por el hielo. Se notaba que Edian llevaba haciéndolo mucho tiempo pues parecía todo un profesional.

Los dos permanecieron unos minutos en silencio, ignorando todo cuanto había a su alrededor. Una música romántica de saxofón sonó en el aire y la gente se detuvo para observar a la pareja de patinadores.

—¡Venga ya Lois! ¿Para esto usas tu Don? —decía Edian un poco avergonzado.

El empleado del lago los observaba con el pulgar levantado mientras que animaba a la gente para aplaudir a la pareja.

—A mi me parece muy bonita. —indicó la chica.

Reese, que los observaba junto a los demás tras una baranda colocada para servir de apoyo a los principiantes, escuchó algo sobre los árboles cercanos. Con todas las copas cubiertas por el blanco de la nieve no le costó distinguir la silueta oscura que avanzaba rápidamente hacia el lago.

—¡Cuidado, Nadia! —gritó desesperado.

La figura realizó un salto espectacular sobre el lago y golpeó la capa superior con fuerzas. El hielo comenzó a resquebrajarse y Nadia cayó sobre él incapaz de levantarse.

El pánico se apoderó de la gente que corría alarmada tratando de salir del lugar como podían.

Edian se incorporó para ver quién había producido semejante estruendo capaz de romper la gruesa capa de hielo.

Un hombre físicamente desproporcionado estaba levitando sobre ellos y sonreía con malicia. El chico pudo reconocerlo rápidamente.

—Es el hombre que nos persiguió antes. —gritó Reese.

—¡Gracias por la aclaración! ¡No me había dado cuenta! —contestó Edian haciendo un gesto de obviedad.

Esta vez tenía que reconocer que el niño sí le había hecho gracia.

Ignorando a Edian, el ser voló en dirección a la chica que trataba desesperada de ponerse en pie pero sus cuchillas resbalaban en el hielo y la hacían volver a caer.

—Muévete, por favor —murmuraba Edian en voz baja—, que no te haga daño...

Reese se quitó los patines tan rápido como pudo y se concentró en la ubicación de la chica. De pronto estaba junto a ella y la tomó del brazo justo antes de ser golpeada. Los dos volvieron a la orilla usando de nuevo su Don y Nadia se liberó de sus patines.

El golpe de la criatura fue tan fuerte que volvió a romper la capa helada y se sumergió en el agua.

Totalmente empapado y maldiciendo a los jóvenes, salió volando a por Reese que estaba preparándose para proyectarse de nuevo.

Un pulso de energía lanzó al ser por los aires y lo deslizó unos metros por el hielo. Nadia estaba rodeada de su característico aura azul y su cabello rojo contrastaba con los tonos grises del lugar.

La criatura volvió a la carga siendo Reese de nuevo su objetivo pero el niño se desplazaba por el lago a su antojo haciendo que fuese incapaz de atrapar.

—Coge a Edian —ordenó Nadia—, tenemos que escapar de aquí.

Reese se proyectó hacia él y lo agarró del brazo pero éste se apartó bruscamente desconcertando al chico.

El ser aprovechó el instante para desplazarse hacia ellos y asestar un golpe con su enorme brazo desproporcionado. Reese lo esquivó a gran velocidad y acabó impactando en el rostro de Edian.

La sangre caliente se derramó por el hielo congelándose al instante.

Nadia emitió un pulso con todas sus fuerzas y arrastró a la criatura varios metros por el hielo.

Reese asió del brazo a Edian que se encontraba mareado y lo llevó hasta la chica.

—Edian escúchame, por favor —dijo Nadia nerviosa—, piensa un lugar donde te sientas protegido. ¡Rápido!

La criatura se incorporó para golpearles de nuevo pero los tres habían desaparecido.



Desde niño le fascinaban las historias de Fautos, Hadas y otros seres que su abuela le contaba antes de dormir.

Pasó muchas tardes de su infancia en los helados bosques de Quelin tratando de localizar alguna de las criaturas de las que hablaba pero jamás encontró alguna.

El profesor no se desilusionó jamás. Sabía que eran reales pero por alguna razón, él no podía verlas.

Esa fascinación por el mundo etéreo le hizo estar siempre alejado de la gente y sus problemas mundanos y con el tiempo aprendió a disfrutar de su soledad.

Algunos en el pueblo cuentan que se enamoró cuando era joven de alguien que le rompió el corazón y no volvió a intentarlo nunca más.

Tenía aprecio por Edian desde que nació y cuando sus padres desaparecieron, este sentimiento se intensificó pues ver que el chico estaba tan solo como lo había estado él le entristecía el alma.

Hergel cuidaba de él sin que se diese cuenta y estaba atento a cada paso que daba. En muchas ocasiones pidió a los vecinos que encargaran tareas para el chico a cambio de valantos que él mismo les daba.

El profesor se encontraba ordenando los estantes de su cocina cuando un fuerte golpe provino del salón.

Edian apareció de la nada e iba acompañado de dos personas. Una de ellas, un niño bajito de pelo negro y rizado, observaba la habitación con los ojos abiertos de par en par.

La casa de Hergel era modesta y amplia. Su posición de docente le otorgaba una forma cómoda de vivir pero jamás presumía de ello. La sala tenía una zona para comer separada del resto compuesta por una gran mesa circular y seis sillas. Junto a la ventana, tenía dos grandes sofás desde el que se contemplaba una imagen perfecta del porche de la casa y el jardín delantero.

Las paredes estaban cubiertas por decenas de cuadros pintados por él mismo. Una afición que llevaba practicando desde niño y que no se le daba nada mal.

Próximo a la puerta principal de entrada había un piano blanco sobre el cual el profesor solía depositar muchas carpetas con material del colegio.

El profesor se llevó un susto de muerte y tardó un poco en reaccionar sobre lo que estaba ocurriendo.

—¿Qué ocurre, Edian? —preguntó el profesor asustado tras ver la sangre en su rostro.

—No pasa nada —decía medio mareado—, estoy bien.

—No se preocupe señor, yo me encargo. —Nadia ayudó al chico a sentarse en el suelo.

Hergel se acercó para colaborar. La chica colocó sus manos en el rostro de Edian y emitió un pulso de energía que cerró sus heridas.

El hombre la miró asombrado, no había visto jamás una Tejedora en acción. Apenas se habían conocido casos en el pueblo de Quelin y los que habían adquirido algún Don, fueron enviados a trabajar para la corte de Osblem

—Por favor, Hergel —rogó Edian cansado—, danos algo de cenar. Estamos hambrientos y no podemos volver a mi casa. Algo nos está persiguiendo.

El chico se levantó y se dejó caer en uno de los sofás.

—Por supuesto —contestó el profesor—. acomodaos. Vuelvo enseguida.

Nadia reparó en el piano junto a la puerta.

—¿Puedo tocar? —preguntó desde el salón al profesor.

—¿Cómo? —respondió desde la cocina.

Nadia se acercó hasta el hombre.

—El piano. Preguntaba si puedo...

—Si si, por supuesto. Creo que ese pobre instrumento necesita que alguien le dé un poco de uso. —contestó un poco avergonzado del estado en el que lo tenía.

La chica se acomodó en la silla y puso la espalda completamente recta. Cerrando los ojos, dejó caer sus dedos con suavidad sobre las teclas del instrumento y comenzó a moverlos con presteza.

Una preciosa melodía comenzó a sonar y los dos chicos se giraron para oírla mejor.

El profesor dejó lo que estaba haciendo y regresó al salón para observar a la chica y por un momento, se dejó llevar e imaginó lo que tanto tiempo tenía escondido en su cabeza. Un pensamiento imposible de compartir con nadie por culpa de una promesa.

Los recuerdos provocan emociones que hicieron brillar sus ojos. Hergel sonrió y volvió a la cocina para terminar de preparar la cena.

Edian observaba a Nadia perplejo. Sus dedos se deslizaban por el piano con soltura. De vez en cuando se echaba el pelo hacia atrás para quitarlo de la cara y el chico podía ver sus enormes ojos dorados concentrados en la melodía.

«¿Qué me está pasando?» —se preguntaba—. «No la conozco de nada.»

Reese se estaba quedando dormido pero no por falta de interés si no todo lo contrario, estaba tan cómodo que solo pensaba en cerrar los ojos y dejarse llevar por el sueño.

Hergel apareció con un gran cuenco lleno de sopa y algo de carne. Tenía un olor delicioso.

Reese despertó del trance y se frotó las manos. De un brinco recorrió casi todo el salón y se sentó en la mesa circular.

—Perdona Hergel, me he sentado antes de preguntar si hacía falta ayuda. —dijo avergonzado.

—No te preocupes, disfruta de la comida que yo me encargo del resto. Voy a por los cubiertos.

Nadia dejó de tocar y se sentó junto a Reese. Edian, que había ido a la cocina a por el pan también se estaba sentando.

—Tomemos la cena en calma —propuso Hergel—, después hablaremos tranquilamente.

Los tres asintieron.

Tras acabar la deliciosa comida, el profesor propuso pasar la velada al sofá donde estarían más cómodos.

Comenzó a nevar y unos truenos resonaron en la lejanía.

—La tormenta no quiere irse. —indicó Hergel—. Pero bueno, no estamos aquí para hablar del tiempo, ¿verdad?

—Estos son Nadia y Reese. —comenzó a presentar Edian.

—Se pronuncia Irrís ¡eh! —advirtió el chico.

—Lo tendré en cuenta. —dijo el profesor.

Edian, que ignoró la corrección, continuó hablando.

—Han llegado a través de un portal Vaa... —El chico se detuvo—. Ya sabes a cuál me refiero. —dijo mirando a Nadia—. Creo que Reese es un Proyector.

Hergel se incorporó.

—¿Estás seguro? —preguntó aún sabiendo que podría confiar en la intuición del chico.

—Yo puedo confirmarlo —añadió Nadia—, me ha proyectado a mi desde Osblem.

—¿Un Proyector que transporta a otras personas? ¿Y desde Osblem...? —decía el profesor sorprendido—, debes tener mucho potencial pequeño.

Reese se encogió de hombros.

—Hergel, me han salvado la vida. Unos hombres extraños aparecieron en casa y nos han perseguido hasta el lago. Querían matarnos y yo casi les ayudo a conseguirlo. Todo por este carácter que llevo arrastrando desde hace años. —Edian se puso en pie—. Necesito respuestas para dejar de estar siempre enfadado. Sé que sabes algo sobre ellos, dime dónde están mis padres por favor.

—Para empezar podrías no levantarte cada vez que te enfadas —indicó Reese—, a mi me asustas.

Edian lo miró de reojo.

—El chico tiene razón. —dijo el profesor acomodándose en el sofá—. Bueno a ver por donde puedo empezar.

Hizo una breve pausa que a Edian le pareció una eternidad.

—Os tengo que advertir que mi conocimiento de Ellos, los Vaaros, no es muy extenso así que no podré responder a todo cuanto deseáis conocer.

Al oír el nombre, Nadia miró a su alrededor como si estuviese esperando algo y después asintió.

—Como es de saber popular, los Vaaros crearon el mundo que vemos y disfrutamos. Para ayudarse con semejante tarea, crearon a los Metalias.

—No sé qué son los Metalias —interrumpió Nadia—, creo que no se mucho sobre este tema. En Osblem hablar de Ellos está penalizado con la prisión así que tratamos de evitarlo a toda costa.

—Nadia, por favor —imploró Edian desesperado—, llevo esperando este día mucho tiempo.

—¿Ves, Edian? Es que no paras. —dijo Reese.

Nadia rió disimuladamente.

—Como iba diciendo —continuó Hergel que se estaba emocionando con el relato—, cuando los Metalias, máquinas creadas por los Vaaros para moldear el mundo, finalizaron su trabajo, se marcharon a las profundidades del subsuelo para descansar junto a sus creadores.

Según los diferentes textos encontrados en lo que hoy se conocen como las Ruinas Vaaricas, Vaaros y Metalias cuidarían de los humanos desde allí.

—Pero...—volvió a interrumpir la chica que miró a Edian esperando un reproche que no llegó —, ...si las ruinas están en un lugar en concreto, ¿cómo se desplazaban para ayudar a los humanos?

—Ahí es donde quería llegar ahora, Nadia. —dijo Hergel incorporándose—. Las ruinas no son una sino varias, quizá cientos y están repartidas por todo el mundo. Algunas, según lo que guardan en su interior son más valiosas que otras. Las hay incluso inexploradas y la gente con mucho poder pagan grandes sumas de dinero para profanarlas.

La chica asentía asombrada.

—Y para llegar de unas ruinas, para ellos llamados Hogar, a otras o a cualquier otro lugar del mundo, los Vaaros crearon Los Portales. Los mismos por los que Reese puede adentrarse. —concluyó mirando al chico que estaba quedándose dormido—.

Por algún motivo que desconocemos, los Vaaros abandonaron nuestro mundo y no dejaron información al respecto. O quizá aún no la hayamos descubierto...A mi personalmente hay algo que no me cuadra —añadió el profesor muy serio—, ¿cómo es posible que abandonen de repente algo que tanto tiempo les ha costado crear?

Ninguno de los tres supo qué contestar.

—Hoy en día son numerosos los exploradores que se adentran bajo tierra para encontrar respuestas a todos estos enigmas que nos han dejado los Vaaros con su marcha. Entre estos héroes —dijo mirando a Edian—, se encuentran tus padres.

El chico apretó los dientes con fuerza. Nadia se dio cuenta y le sujetó la mano. El contacto de la chica le transmitió una calma al instante y Edian se relajó.

—Ellos no te abandonaron. ¿Quién podría abandonar a un hijo? Varias noches antes de su marcha, ví a un par de soldados con armadura púrpura hablando con ellos. Estaban en el porche junto al Portal que hay junto a tu casa. Tu madre lloraba y tu padre —a Hergel se le quebró la voz —, la sujetaba con fuerzas. Les obligaron a irse, Edian. Eran unos arqueólogos increíbles.

—¡Son! —corrigió Edian—. ¡Aún siguen vivos!

—Por supuesto que sí. —dijo Hergel sabiendo que mentía.

—¿Por qué no me dijiste esto antes? —reprochó el chico.

—Porque ahora tienes la decisión en tus manos. —indicó firmemente—. ¿Quieres buscarles? Ahora puedes hacerlo. —dijo mirando a Nadia—. Los hilos invisibles han comenzado a enlazar vuestras vidas.

La chica lo oía fascinada. Reese se había dormido profundamente.

Por un momento, Edian dejó esa rabia que siempre le acompañaba y se dejó caer en el sofá.

—Todos estos años culpándoles. —dijo en voz alta—. Los voy a encontrar y los traeré de vuelta hasta nuestro hogar. Lo prometo.

—Y yo te ayudaré a lograrlo. —añadió Nadia sonriendo—. Y supongo que Reese también.

Edian miró al niño que respiraba profundamente y sonrió. Por primera vez sintió una paz que le envolvía cálidamente y le devolvió una sonrisa sincera a la chica, que aún le sostenía la mano.

Tras La Puerta

Bajo una densa niebla existe un reino castigado por la ira de la naturaleza. Un lugar donde sus habitantes han adoptado un blanco natural en su piel fruto de la mezcla entre la falta de exposición a la luz solar y algún que otro hechizo de un Tejedor.

El maldito lugar está situado en cierto rincón del mundo donde unas gigantescas tormentas marinas hacen que sea imposible conocer su ubicación exacta.

A pesar de todo, la vida floreció allí al igual que en el resto del mundo.

Sus primeros habitantes, llegados tras los naufragios de sus barcos, hicieron de estas tierras su hogar y, con la ayuda de sus Dones, construyeron el gigantesco castillo que hoy en día cubre todas las islas a través de un entramado de puentes y túneles ahora abandonados y custodiados por una multitud de siniestras criaturas.

Poco a poco fueron acogiendo a los navegantes que, presos de las grandes tormentas, iban a parar a las costas del reino. Por ese motivo, encontrar a gente de todas las razas era algo común en Sinista.

Las islas siempre han sido motivo de conversación entre los historiadores del mundo, pues los secretos que albergan, su naturaleza errante y una infinidad de peculiaridades, llaman la atención de todo aquel que sea un entusiasta de lo desconocido.

Un par de soldados del ejército real, mantenían una conversación encerrados en la sala central del cuartel.

—General, ya tenemos noticias de los arqueólogos que bajaron a las ruinas de las montañas. Ambos murieron en su interior pero al parecer, una Kerpa de la zona pudo volver a su poblado. —informó un soldado ataviado con una armadura de color púrpura cuya forma recordaba a la de un murciélago.

El hombre hizo una pausa.

—Continúa, Vesper. —dijo el general acercándose a la enorme ventana que había en la sala.

Debido a la niebla, el hombre no podía ver más allá de unos cuantos árboles secos que había junto al cuartel. Si se había colocado junto a ella, era por la costumbre de hacerlo tiempo atrás. Cuando vivía en otro reino bañado por la luz del sol.

—La chica llegó hace un mes a su poblado sin daño alguno, lo cual es bastante raro pues estamos seguros que en esas ruinas había por lo menos un Metalia. —continuó informando mientras extraía un trozo de papel con algunos apuntes—. Enviamos a nuestros mejores intérpretes del lenguaje Vaarico para examinar el Cubo que entregó la Kerpa y no hay duda, Mesenir...—El soldado llamó al general por su nombre para captar su atención—. Su regreso es inminente. Los

Váaros esperan tras La Puerta de Arena.

El general se giró y su capa blanca ondeó tras él. Tenía el rostro tenso. Traspasar la noticia a los reyes de Sinista no iba a ser tarea fácil.

Los Von Kelboret eran muy supersticiosos. Vivían con un miedo atroz a cualquier tema relacionado con el mundo místico.

Sus preocupaciones estaban fundadas pues, según la historia de la casa real, los primeros reyes de Sinista fueron atrapados por los Centinelas que torturaron sus almas por el resto de la eternidad.

La historia iba creciendo con diferentes adornos en cada generación, dotando a la familia de un tétrico pasado que los arrastraba hasta la actualidad. Algunas personas que consiguieron regresar de las islas los tacharon de vampiros y les atribuyeron historias de exorcismos, caza de brujas, etc. Y aunque ellos nunca negaron nada, para la mayoría de los habitantes del reino no eran más que cuentos inventados de la gente que trataba de atribuirse méritos por haber escapado de sus tierras.

El último suceso ocurrido acabó con la paciencia de los reyes. Su hija menor, una poderosa Tejedora, falleció años atrás a manos de un Centinela que regresó a las islas. Tras el incidente, la casa real trató de encontrar toda la información posible sobre Váaros, Centinelas o cualquier otro ser divino con el fin de desarrollar una protección ante ellos...

—Gracias por el informe —aprobó el general—, ¿Han avisado al reino de Lum?

—Desconozco la respuesta, mi señor, pero si lo desea, puedo hacer llegar un mensaje a su familia...

—No se preocupe. —dijo mientras abandonaba la sala.

Entre cadenas

—Entonces... —recapitulaba Laiya—, un hombre se te aparece y te dice que me busques. —La chica intentaba encontrar una lógica a lo que acababa de escuchar.

—Eso es. —contestó Vein mientras caminaban.

—No tiene sentido. —se rindió finalmente—. Pero sé quién puede ayudarnos. Tengo buena relación con los profesores ¿sabes? —dijo orgullosa—. El director sabrá qué hacer contigo, sígueme.

Ambos llegaron al edificio principal de la escuela y se adentraron por un pasillo donde varios alumnos revisaban las calificaciones de los exámenes en una lista que parecía interminable.

La chica llamó a una de las numerosas puertas que había y unos segundos después, un hombre alto, con avanzada alopecia y una sonrisa afable salió para recibirlos.

—¿Sí, señorita Laiya? —preguntó sin dejar de sonreír.

—Venimos a buscar a Vadim, profesor Hebier.

—Creo que se encuentra en este momento en la Torre del Tiempo. Situada ahora en la zona...

—...sur. —finalizó Laiya adelantando al profesor—. Conozco perfectamente la rotación de las torres.

Asintiendo, el hombre cerró la puerta y los dos chicos salieron de nuevo al patio exterior.

—¿Cuál de las seis es la del tiempo? —preguntaba Vein mientras aceleraba el paso para alcanzar a la chica—. Las veo todas iguales menos la que está en ruinas.

Laiya lo miró sorprendida.

—¿Seis? —preguntó seriamente.

Vein, que no entendió por qué hacía esa pregunta, se limitó a seguirla caminando tan deprisa como podía.

—¿Por qué no usamos los puentes colgantes? —volvió a preguntar Vein.

—No sé para qué están la verdad, es mucho más rápido ir por aquí. —se sinceró Laiya.

Cuando llegaron a la Torre del Tiempo, pudieron ver a algunos alumnos en la entrada haciendo uso de sus Dones.

El chico se fijó en uno de ellos, uno que lanzaba hacia arriba una pelota y salía corriendo para acto seguido retroceder en el tiempo justo para recogerla antes que tocara el suelo.

—No manipulan el tiempo realmente —dijo Laiya—, solo pueden hacerlo con lo que esté a

unos metros de ellos.

—Lo he imaginado. —contestó Vein—. Porque tu y yo no nos hemos visto alterados.

—Exacto, veo que tienes buena percepción.

Los chicos subieron la larga escalera de piedra blanca que daba acceso a la torre. Vein se sorprendió por la belleza de su puerta. Aunque la parte superior de las cinco se veían igual en la lejanía, ahora que se acercó a una de ellas pudo comprobar que el diseño de su entrada hacía referencia al tipo de Magia que se estudiaba en ella.

Tenía por decoración un montón de relojes entrelazados. Algunos giraban en sentido horario y otros al contrario y a ritmos diferentes.

La hoja izquierda de la puerta se abrió cuando detectó su presencia y ambos se adentraron en el salón principal.

Un gran número de alumnos iban de aquí para allá absortos en sus estudios y exámenes.

Laiya llamó al ascensor central y marcó la planta número cinco, donde Vadim tenía ubicado su despacho.

A través de los cristales del elevador, Vein pudo observar los diferentes pisos de la torre donde alumnos y profesores iban de un lado para otro con demasiada prisa.

Al chico le pareció ver varias veces a las mismas personas en diferentes lugares. Incluso pudo asegurar que uno de los profesores estaba dando clases en varias aulas a la vez.

El ascensor se detuvo suavemente en el piso indicado y la chica fue directa al despacho para llamar a su puerta. Vein, que siempre trataba de observar todo cuanto podía, se fijó en ella pues su diseño llamó su atención. Era de madera gruesa y tosca y no encajaba con el resto de la decoración. Parecía que hubiese sido colocada en la pared posteriormente por unas manos inexpertas. No se apreciaba información en ella y, para finalizar, carecía de cerradura.

Nadie contestó.

—Quizá esté dando clases —informó la chica—, sígueme.

«¿Qué otra cosa puedo hacer?» —pensó Vein incapaz de decirlo en voz alta.

Anduvieron por diferentes pasillos. El chico tenía la sensación de estar caminando a través de un laberinto pues todas las secciones le parecían iguales.

Finalmente, llegaron a una zona circular con dos vidrieras alargadas que bañaban el lugar con una luz cálida y multicolor. Había una puerta marcada como la número 117 y con un letrero que indicaba la materia que se estudiaba: Prestidigitación e ilusionismo.

El chico, cansado aún del viaje, fue directo y se sentó en un banco de madera desgastado por el tiempo.

—Esperaremos aquí. —indicó Laiya sentándose a su lado.

Aprovechando el momento de descanso, Vein observó el reflejo de la luz golpeando el suelo y entrecerrando sus ojos, pensó en lo que había vivido desde que salió de casa. Todo estaba ocurriendo muy deprisa y se sentía totalmente desubicado.

Minutos después, un sonido seco parecido al que hacen los tambores de arena del reino de Lum resonó en el colegio y los alumnos dejaron sus aulas en silencio para ir al pequeño descanso que había entre clases. Se lee bien así?

—Ya está, sígueme. —Laiya se levantó rápidamente.

El director estaba sentado en el sillón de su mesa terminando de ordenar los documentos que había usado para dar la clase y se puso en pie nada más verlos entrar. Su intención fue la de saludarlos pero tropezó con un cajón que había dejado abierto y cayó al suelo.

Vein hizo el ademán de ayudarlo pero el hombre ya se había levantado y trataba de arreglarse el atuendo.

—Disculpadme. —rogó un poco avergonzado.

Vein no dijo nada.

—Vadim —comenzó a decir la chica cerrando la puerta del aula—, ha ocurrido algo y necesito saber su opinión ya que es usted el mejor Tejedor que conozco.

El director no esperaba ese halago por su parte. Sabía perfectamente que ella se sentía superior incluso a los profesores y razón no le faltaba. El claustro de profesores dudó en muchas ocasiones si aceptar la llamada del Ojo y traer a la chica a la escuela ya que el poder que emanaba era desmesurado y quizá no tendrían nada que enseñarle. Vadim acabó por acogerla aún en contra de alguno de ellos.

—Este chico se llama Vein. Es, aunque creo que él no lo sabe, un Tejedor, pues ha pasado la barrera del colegio sin esfuerzo. —informaba Laiya, mientras empujaba suavemente al chico para que se adelantara.

El profesor arqueó una ceja mientras lo observaba y pudo notar la tristeza que desprendía su mirada.

—Dice que un espíritu se le apareció mientras caminaba por el cementerio y le dijo que viniese a buscarme. —explicó Laiya poniendo su típica pose de brazos en jarra—. Yo creo que se trata de una proyección, pero...

—Sí Laiya, todos sabemos que Valan desapareció hace años.

ar—Director... —interrumpió Vein—, si le sirve de ayuda, el hombre poseía dos voces. Parecían que hablasen dos personas diferentes.

Una leve sonrisa se dibujó en el rostro de Vadim.

—Disculpadme un segundo. —El hombre se cubrió con su capa realizando un gesto exagerado, como si de una obra de teatro se tratase y desapareció de la vista de ambos.

Minutos después la puerta del aula se abrió y el director y la profesora Pavonne entraron por ella.

—Casandra me obliga a usar las puertas en su presencia. —dijo sonriendo.

Laiya vio a la mujer sonriente y quiso avisar al director de lo que había presenciado horas antes en el acantilado pero pensó que no era el momento. Hablaría con él más adelante.

—Profesora, este chico afirma que ha recibido una llamada procedente de la Escuela.

—Está bien. —La mujer lo observaba tras su enorme gafas moradas—. Veo que el Ojo quiere que estudies aquí...

—Yo no soy un Tejedor, debe haber un error.

—El Ojo no se equivoca jovencito. Si te ha elegido es que ha visto algo en tí.

—Profesora Pavonne —Vadim se acercó más a ella—, la llamada no provenía del Ojo si no de un Proyector...

La profesora se quedó inmóvil por unos segundos. Después, acercó una silla y se dejó caer en ella con todo su peso.

—Entiendo. —dijo mientras jugaba con sus dedos para disimular el nerviosismo que sentía.

Laiya observó a la mujer, sabía que tramaba algo y ella tenía que averiguarlo.

—Habrá que ir a verle. —indicó el director.

—¿A ver a quien? —preguntó la chica que comenzaba a perderse.

—A Valan, por supuesto. —contestó Vadim sin darle importancia.

Laiya abrió sus ojos dorados de par en par y Vein la observó confuso.

Los cuatro descendieron por el elevador y salieron de La Torre del Tiempo. Con un gesto de sus manos, Vadim realizó un hechizo que hizo girar los relojes que decoraban la puerta principal y el tiempo se detuvo en el resto de la escuela.

Vein pudo ver a los alumnos congelados e incluso el viento había dejado de soplar.

Laiya iba la última, aún no daba crédito a lo que había oído. En las clases de defensa habían hablado de la historia de Valan y el peligro que suponía su existencia para el resto de Tejedores y ahora, tenía que salir a verle como si fuese lo más normal.

La chica comenzó a emocionarse, ¿y si ella tuviese que enfrentarse a él? Se paró unos instantes a respirar y coger un poco de aire para calmarse.

Vadim sonrió observando su comportamiento. Le había cogido un cariño especial durante los años que llevaba estudiando y sabía que lo que acababa de escuchar estaba poblando su cabeza con cientos de sensaciones diferentes. A estas alturas ya estaría imaginando una batalla entre ellos para salvar a la escuela...por ese motivo Laiya era especial para él, la chica siempre buscaba proteger a los demás.

Vein se retrasó para esperarla.

—¿A qué especialidad pertenece la torre a la que vamos? —susurró en voz baja.

A pesar de la distancia, Vadim oyó perfectamente la pregunta del chico y se detuvo unos instantes. Si alguien lo hubiese observado, habría visto cómo cerraba sus ojos con fuerzas y sonreía plenamente. Como si se liberase de un peso que llevaba arrastrando toda su vida. Pero nadie lo hizo. El director continuó su marcha tras la profesora Casandra que avanzaba con rapidez, pues la entrada a la torre estaba a pocos metros de ellos.

—Espera, Vein. Todavía no sé a qué torre vamos.

—Pero si está ahí delante. —decía el chico confuso.

Desde el punto de vista de Laiya, los cuatro llegaron ante un pequeño claro desprovisto de vegetación. La chica recordaba haber pasado por ahí en numerosas ocasiones cuando salía a dar sus incontables paseos para pensar.

El director entonó un cántico melancólico en un idioma desconocido. Su voz era potente y resonó en la mente de Vein con tanta fuerza que el chico cayó de rodillas al suelo.

La torre se materializó ante la chica que no pudo evitar un gesto de asombro. Eran demasiadas sorpresas en el mismo día.

—¿Estás bien? —preguntó mientras ayudaba a Vein a incorporarse.

—Sí, solo ha sido un pequeño mareo. Estoy cansado del viaje.

La estructura era de piedra oscura y parecía antigua, de otro tiempo. Estaba prácticamente en ruinas y carecía de ornamentación. Unas pequeñas escaleras derruidas conducían a la entrada principal desprovista de puerta y en cuyo lugar podía verse un gran agujero.

—No entiendo nada. —dijo Laiya dando por sentado que tenía que haber sido informada.

—Profesora, vaya usted primero. —indicó Vadim cediéndole el paso.

Cassandra se ajustó las enormes gafas y subió arrastrando su capa hasta el pequeño rellano de la entrada.

Una corriente de aire frío que procedía del interior hizo que la profesora se cubriera con su túnica para adentrarse en la oscuridad.

Los demás lo hicieron tras ella. Laiya pudo ver como pasaron a un lugar cuya geometría no encajaba con el exterior. Era una sala cuadrada y no muy alta con tres filas de columnas. Al fondo había algo encadenado y podía verse su contorno por el reflejo de la luna que se filtraba por una pequeña ventana.

—Estamos en un plano diferente. —afirmó Laiya.

El director le sonrió. La chica estaba siempre pendiente de todo.

Vein comenzó a sentirse mal. El ritmo de su latidos se aceleró y una fuerza exterior comenzó a empujarlo hacia delante.

—Acércate. —Llamó una voz que sonó triste y cansada.

Vein se adelantó al resto. La figura resultó ser un hombre de rodillas cuyo brazos permanecían extendidos y encadenados a dos de las columnas. Su rostro miraba hacia el suelo.

Tras ojear su indumentaria, comprobó que era la misma persona que apareció en su hogar días atrás pero estaba diferente. Parecía más viejo y agotado.

—Gasté mis últimas fuerzas en proyectarme hacia ti. —dijo sin levantar la cabeza.

—Eres importante para nosotros —sumó la otra voz—, necesitamos tu ayuda.

—¿Por qué debería ayudarte? No se nada de tí.

—No le escuches. —dijo el hombre refiriéndose a la otra voz—. Liberadme a mí y yo me encargaré de él.

—Él miente —decía la otra siniestra voz que parecía enfadada—, siempre lo hace.

Valan señaló con uno de sus brazos encadenados a la chica y alzó su rostro para observarla.

—Solo tú puedes cortar estas cadenas, Laiya. —dijo clavando sus grises ojos en ella.

Al darle motivos para sentirse especial, el hombre consiguió atraer la atención de la chica que miró de reojo a sus profesores esperando una respuesta que no llegó.

—Ayudándote traicionaría a mis profesores y a ellos se lo debo todo. —contestó la chica.

—¿A ellos? —replicó la voz siniestra elevando el tono.

—Shhh —cortó el hombre—, no vayas por ese camino, ya lo habíamos hablado.

—¿Qué está pasando? —preguntó Laiya emocionada por ser el centro de atención.

—Cuéntale, Eril —dijo la voz—, la chica debe conocer.

La profesora hizo un gesto para intervenir pero Vadim la detuvo.

—¿Qué tienes que decirme? —gritó Laiya.

Vein se giró para observarla, estaba alterada y respiraba con fuerza. El hombre no dijo nada así que la voz interior comenzó a hablar en un tono de burla.

—Pobre chica. Engañada por la gente que más quiere. ¿Te han dicho tus profesores que te tienen prisionera?

Laiya no entendía nada. Casandra y Vadim escuchaban la conversación sin intervenir.

—Te tienen miedo, Laiya y por eso te retienen aquí. Tu poder es grande. —continuó diciendo.

—¿De qué está hablando, Vadim?—preguntó exigiendo la respuesta—. ¿Es cierto?

—Si. —contestó finalmente la profesora Casandra que no aguantaba la presión del momento—. Pero no es miedo Laiya, es incomprensión. No entendemos cómo funciona tu Don y tu energía aumenta por días hasta límites descomunales. Si sales de la Escuela y eliges el mal camino, no sabríamos cómo detenerte.

La chica se arrodilló en el suelo y su cuerpo comenzó a desprender un aura anaranjado que se elevaba por los aires. Estaba furiosa. El colegio, el lugar donde más cómoda se sentía era en realidad una cárcel. Todos estos años pensando que perfeccionaba sus artes y realmente estaba encerrada, como el pobre desgraciado que tenía delante.

Casandra quiso acercarse para sujetarla pero Vadim la detuvo de nuevo sin decir una palabra.

—Va a despertarla para absorber su poder. —advirtió Casandra susurrando.

De nuevo, silencio.

—Así es Laiya, confía en mí. Libera todo tu poder y así podrás controlarlo. —decía la voz que ya no se distinguía de quien se trataba.

—Tranquilízate, Laiya. —rogó Vein—. Puede que solo esté jugando contigo.

—¿Le has contado lo de su madre, profesora Pavonne? —Claramente era la voz del hombre la que hablaba.

Laiya desvió la mirada a la mujer. La energía rebosaba por su cuerpo y salía desprendida

hacia arriba. Una parte del techo comenzó a vibrar y estaba a punto de caer de un momento a otro.

—Mi madre murió en un accidente.

—¿Estás segura, Laiya?

—La asesinaron. —dijo la voz fría y metálica—. Tu director envió a Casandra para poner fin a su vida. Tu madre quiso volver a por tí y llevarte con ella a casa, pero Vadim tuvo miedo a perder el control sobre tí.

Laiya se puso en pie lentamente y miró a los profesores. Tenía la mirada perdida.

—¿Es cierto?

No hubo respuesta.

La mirada de la chica se perdió en un universo que solo ella podía observar y un remolino de energía salió desprendida de su cuerpo.

Vein salió rodando por el suelo y fue a parar a los pies del director liado en una maraña de hilos oscuros que surgieron para protegerlo. Le pareció verlo sonreír aunque fue tan solo una pequeña mueca disimulada.

La profesora se colocó detrás de Vadim y tuvo que agarrarse a él para no salir despedida.

El cuerpo de Laiya absorbió toda la energía desatada y después la expulsó hacia el cielo en un cono de luz que destruyó el techo de la sala.

La luna bañaba su cuerpo con una luz pálida que contrastaba con su brillo anaranjado.

Valan sonrió y sin esfuerzo alguno rompió las cadenas que le apresaban. Vadim exclamó sobresaltado y trató de avanzar hasta él para apresarlo, pero resbaló y cayó al suelo boca abajo.

—¿Este era tu plan, Valan? —preguntó alzando la mirada—. ¿Todo este tiempo has fingido ser mi prisionero para tener los poderes de Laiya?

—¿Laiya? —dijo la voz siniestra—. No necesitamos a la chica para nada. Lo queremos a él.

Valan se deslizó hasta Vein a tal velocidad que éste no pudo hacer nada para detenerlo. Unas cadenas surgieron de su interior para rodear al chico por la cintura y lanzarlo despedido hacia el cono de energía que Laiya desprendía.

El grito de dolor resonó en toda la sala.

Después, silencio.

Laiya cayó al suelo exhausta. A su lado, un moribundo Vein yacía boca abajo.

—¿Cómo has organizado todo esto? —preguntó Vadim con el rostro desencajado—. Estabas atrapado. Yo mismo me aseguré de crear tu prisión. Me aseguré de que Casandra...

Vadim lo entendió en ese momento. Justo antes de sentir el frío del puñal dentro de su cuerpo.

—2 Los Dormidos—

«**H**abla este cuento sobre un grupo de exploradores que emprendió un viaje a las densas selvas de Aspen para buscar un poderoso y antiguo artefacto. Según las leyendas, el objeto era capaz de retener la luz de la luna en su interior.

La partida, compuesta inicialmente por ocho exploradores, salió del pueblo al amanecer y para cuando el sol estaba en el horizonte, solo quedaban dos en pie.

Ambos estaban exhaustos, jamás nadie había llegado donde ellos lo habían hecho y la selva resultó ser un laberinto de trampas donde un paso en falso significaba una muerte segura.

—No volveremos. —decía uno de los hombres mientras se dejaba caer al suelo.

—No hay que perder la esperanza. —contestó el otro tratando de animarle.

Sabiendo que su compañero tenía razón, también se dejó caer y ambos permanecieron un rato bajo la densa vegetación del lugar. A su alrededor, cientos de sonidos de diferentes animales invadían el espacio.

—Lo que buscamos no va a estar a simple vista. Tendremos que adentrarnos en alguno de los templos que hay por aquí. —El hombre señaló una zona del mapa que tenía en las manos.

—Ese mapa está mal. —exclamó el otro—. Lo dibujaron un par de Tejedores con visión aérea. ¿Cómo vamos a fiarnos de ellos?

—Gracias a ellos nuestra aldea prospera —le recordó el que sujetaba el mapa—, me alegro que estén con nosotros.

—¿También te alegras del perturbado que incendió el huerto?

—Bueno, eso fue otra historia.

—¡¿Ves?! —gritó incorporándose.

—Yo pienso que no hay nada malo en ser o no ser Tejedor, si no en la persona que adquiere el poder.

—Supongo que tienes razón, pero sigo teniendo aversión a los Tejedores, no lo puedo negar.

Una música los alertó. Sonaba lejana y procedía de la tierra.

—¿Qué diablos es eso? —El hombre guardó el mapa y se puso en pie. La melodía fue incrementando hasta envolverlo todo. Los insectos y animales dejaron de escucharse y, por unos instantes, la tierra comenzó a temblar.

—¡Por los Cuatro! —exclamó el otro hombre poniéndose en pie tan rápido como pudo—. ¿Qué es eso de ahí?

Dos criaturas de metal con un solo ojo cristalino en el rostro caminaban lentamente entre la

maleza mientras cargaban unas esferas doradas en sus brazos. Eran enormes y sus pasos abarcaban una distancia considerable. Decenas de animales salían corriendo a su paso y se perdían en la jungla.

Las dos pasaron por su lado sin reparar en ellos.

—Sigámoslas. —susurró el que guardaba el mapa.

—No se si es buena idea, Bratto.

Pero el hombre ya había salido a correr tras ellas.

Las criaturas caminaron durante un largo rato observando el terreno cada pocos metros para tomar un rumbo diferente. Ambas se detuvieron al llegar a un pequeño lago cubierto de nenúfares rosados.

Bratto sacó rápidamente el mapa para localizar la zona pero ésta no aparecía en él.

—Te lo dije, esos Tejedores dibujaron lo que quisieron.

El hombre no dijo nada y lo guardó de nuevo.

Las criaturas se adentraron en el lago y fueron sumergiéndose a cada paso que daban. La música se alejaba con ellos.

Bratto se lanzó al agua de cabeza y comenzó a bucear todo lo que sus pulmones resistieron. Su cabeza emergió del agua.

—¡Makale debes venir, hay una ciudad bajo el agua! —exclamó jadeando y lleno de emoción.

Pero su compañero no estaba por ningún lado. El hombre observó a su alrededor asustado. Todo había vuelto a lo habitual, la música había desaparecido y el sonido de los animales volvía a reinar en el ambiente.

De pronto, las aguas se movieron bajo él y un gran remolino lo arrastró hacia el fondo.

El hombre despertó a las puertas de un templo protegido por una inmensa burbuja de aire. Sin pensarlo dos veces y movido por la fascinación que le causaba aquel momento, se adentró en él y se perdió en la oscuridad.

Tras caminar durante horas prácticamente a ciegas y ayudándose de las paredes, llegó a un espacio abierto donde el aire era más fresco.

Una luz emergió del centro y permaneció cual luciérnaga revoloteando alrededor del hombre.

Ahora podía ver dónde se encontraba. Era una pequeña sala circular muy alta, tanto, que era incapaz de ver el techo.

Las paredes estaban decoradas con unos símbolos desconocidos para él, todos parecían estar unidos, como si quisieran contar una historia.

El hombre avanzó hacia delante mientras observaba maravillado la estancia. Esto hizo que tropezara y cayera de bruces sobre unas escaleras.

Gateando, ascendió por ellas hasta un piso superior donde había unos objetos alargados dispuestos en forma circular. Pudo contar ocho con la vista.

Los símbolos de las paredes se fueron iluminando con una luz dorada que irradiaba una calidez acogedora. Cada uno emitía un leve sonido diferente al encenderse, la música que

producía era absolutamente sensacional.

Bratto caminó lentamente hacia el centro de la sala y abrió sus ojos de par en par al contemplar las estructuras. Eran sarcófagos.

Estaban fabricados con algún metal desconocido para él excepto la tapa delantera, que era de cristal y permitía ver el contenido.

—¡Por todos los Dones del mundo! —exclamó el hombre en voz baja al observar el interior.

Una mujer de pelo negro como el azabache yacía dormida plácidamente. Tenía el rostro sereno y las manos entrelazadas. En su frente, tenía grabado un símbolo no muy diferente al que había en las paredes que emitía un leve destello dorado.

El hombre fue caminando entre los sarcófagos observando a las personas que descansaban en ellos.

Su rostro se desencajó al observar la número siete. Makale estaba allí dormido en la misma posición que los anteriores.

Caminando hacia atrás horrorizado tropezó con uno de los sepulcros y cayó al suelo golpeándose la mano.

—Tranquilo. —se oyó una voz que sonaba infantil—. Bienvenido, eres la octava pieza que necesitaba. ¿Listo para el nuevo mundo?

Algo le golpeó en la frente y le dejó una marca que comenzó a brillar suavemente. Después, unas manos vaporosas lo asieron para encerrarlo dentro del sarcófago número ocho.»

La llave

Vein flotaba sobre un lago de aguas oscuras. Sobre él, la luna se desplazaba lentamente a través de un cielo cubierto de diminutas luces que titilaban sin cesar. Su rebosante energía fluía desde el interior hasta perderse en la inmensidad del firmamento. Parecía una cascada de cristal.

«Estoy muerto» —pensó.

Se dejó mecer por la calidez del agua durante unos minutos mientras observaba la belleza del cielo.

«Ahora entiendo porqué se quedaron tan tristes con vuestra partida.» —se dijo refiriéndose a las estrellas.

Sonreía plenamente. Todos sus problemas habían desaparecido y por fin ya no haría daño a nadie más.

—Ya eres libre. —resonó una voz potente que abarcó todo el vasto cielo.

Vein pudo reconocerla fácilmente. Llevaba casi toda su vida oyéndola pero ya no le tenía miedo. La sentía parte de él.

—Ahora deberás estar alerta —continuó diciendo—, tu poder absoluto será detectado por mis Centinelas y sus Siervos. Te perseguirán por cada rincón de este mundo para absorber tu energía, pues para eso fueron creados.

Vein no comprendía nada.

—Prometiste servirme, así que óyeme bien. Tienes que abrir la puerta de la prisión que creé hace eones para encerrarme. Debes liberarme.

—¿Hacia dónde tengo que ir? —preguntaba el chico que seguía sin entender nada.

Una leve bofetada en la cara lo sacó del mundo en el que se encontraba.

—Pues hacia la escuela. ¿Dónde vas a ir si no? —decía Laiya dándole otra cachetada.

Vein se incorporó y unos hilos negros surgieron de su cuerpo para rodear el brazo de la chica con fuerzas. Apenas podía moverlo.

—¿Qué es esto? —preguntó asombrada.

—Es...Soy yo. —dijo finalmente.

—Nunca he visto algo parecido. —decía mientras lo observaba—. No parece energía, es algo

físico.

El chico se relajó y los hilos volvieron a su interior dejando marcas en el brazo de Laiya, que aún seguía fascinada.

—Parece que puedes controlarlo.

—Hasta ahora no he podido hacerlo. —confesó Vein.

—Lo que sea que nos haya hecho Valan, ha despertado nuestro Don. Me siento más fuerte que nunca. —aseguró la chica levantándose.

—¿Dónde están los demás? —preguntó incorporándose también.

—Han desaparecido todos. Tenemos que ir a pedir ayuda a los profesores.

Apoyados el uno al otro, se dirigieron hacia la entrada de la torre. La luz del ocaso, que en comparación con la oscuridad del interior era potente, les cegó por unos instantes.

—Laiya mira, hay un rastro de sangre.

La chica alzó la vista para recorrerlo. El cuerpo de Vadim yacía boca abajo en la entrada de la torre y bañado en un charco de sangre. Laiya dió un grito desgarrador y corrió hasta él para levantarlo.

—¡Director! Por favor, dime algo. —decía mientras lo zarandeaba suavemente.

La chica trataba de espabilarle con unos pequeños golpes en la mejilla, pero el cuerpo del hombre estaba frío como una noche de invierno.

—Lo siento, Laiya. —dijo Vein acercándose.

La chica lloraba aferrada al cuerpo. Pero eran lágrimas de rabia e impotencia de no haber podido hacer nada para ayudarlo y haberse dejado llevar por el engaño.

—Si quieres voy yo a pedir ayuda y tu te quedas con él. —le ofreció Vein.

—Iré contigo, aquí ya nadie puede hacerle más daño. —contestó secándose las lágrimas.

La chica observó a su alrededor tratando de buscar alguna pista que le indicase dónde habían huido Valan y la profesora, pero éstos parecían haberse volatilizado.

Ninguno dijo nada en el camino de vuelta.

El ocaso dio paso a la noche. La luna llena hizo aparición en el cielo bañando el colegio con su pálida luz azul.

En el patio principal los alumnos seguían hablando y estudiando. Continuaban con sus vidas ajenos a lo que estaba ocurriendo, absortos en sus pensamientos.

—Sé que no es el momento, pero necesito comer algo. —confesó Vein—. No he probado bocado desde esta mañana...

—Ve a la sala principal, la cocina está allí—. indicó la chica—. Yo iré a hablar con los profesores.

—Ven conmigo y cena algo tú también. Te sentirás mejor. Unos minutos de más no cambiará

nada.

Laiya tenía que admitir que llevaba razón.

Ambos llegaron hasta la cocina y se sirvieron un poco de puré y verduras que los cocineros habían preparado para los alumnos.

—Te quería a tí. —dijo Laiya mientras devoraba la comida sin darse cuenta—. Me engañó.

—Todos fuimos engañados, Laiya. Casandra estaba aliada con él. Ni Vadim pudo verlo.

—¡Estúpida! —se recriminó a sí misma—. Tan lista que te crees y no te has dado cuenta de nada estos años. Ahora has perdido a tus seres más queridos. Todos muertos por tu culpa.

—Nadie está realmente muerto si se le sigue recordando. —dijo Vein tratando de animarla.

La chica no lo oyó. Unas lágrimas resbalaron por su rostro.

—Juro que Valan me las va a pagar —exclamó mientras observaba la nueva energía que desprendían sus manos—, tenemos que encontrarle y averiguar sus planes.

—Quiere que tome el control del ser que llevo dentro. —indicó Vein—. Esta criatura quiere que lo libere de la prisión en la que se encuentra...que abra su puerta.

Laiya lo miró sorprendida.

—¿Qué tiene que ver Valan con *eso* que llevas dentro? ¿Qué puerta debes abrir?

—Ni siquiera sé si realmente es una puerta —dijo de forma sincera—, no puedo ayudarte
Laiya.

Un olor apetitoso

La fortaleza estaba a rebosar de Siervos que iban de un lado hacia otro como si de un hormiguero se tratase. A pesar del descontrol que se apreciaba, cada uno de ellos sabía perfectamente cuál era su tarea.

Junto a un portal recién creado, se habían apostado tres de ellos que parecían tener un rango superior. Con las manos hacían señales a los demás para que comenzaran a usar el nuevo transporte creado y salieran a cazar Dones.

Sobre ellos, en un templo situado sobre una colosal pirámide, se encontraba la sala central de los Centinelas donde todos estaban reunidos.

—¿Podéis olerlo? —dijo uno de ellos al resto—. Hacía años que no sentía una fragancia tan apetitosa.

El ser que hablaba parecía el jefe de los demás pues su trono estaba en el centro y en una posición superior. Llevaba una máscara con forma de ciervo y sus enormes cuernos se elevaban al menos un par de metros sobre él. Su armadura, al igual que la del resto, era vieja y oxidada y se sujetaba al cuerpo gaseoso con algún tipo de Magia Antigua.

Las demás criaturas fantasmagóricas asintieron mientras reían a carcajadas. El espectáculo era aterrador.

—Por fin tendremos nuestra venganza. —exclamó uno de ellos cuya máscara recordaba al rostro de una mujer.

Varios Siervos entraron en la sala jadeando y arrastrándose.

—Esperamos que esta intrusión sea de valor. —dijo uno de los Centinelas que tenía una máscara cadavérica.

—Mis amos —decía uno de ellos mirando fijamente al suelo—, ha aparecido un foco de energía muy poderoso cerca de los Acantilados de Piedra. Solicitamos permiso para hacer una invasión inmediata.

Uno de los Centinelas se volvió hacia él. Era más bajo que los demás y su máscara recordaba a un niño. El siervo notó la fuerza de su mirada ejerciendo una presión insoportable.

—Permiso concedido.

El grupo de Siervos abandonó la sala arrastrándose y descendieron por la colosal pirámide lanzando un grito de llamada a sus congéneres. Todos se unieron al llamamiento y se colocaron en fila listos para atravesar los portales. La euforia reinaba en el lugar.

—Iremos con ellos —dijo el Centinela cuya máscara era la de un ciervo—, siento a los tres en el mismo lugar.

El Don de la proyección

Desde niño ya tenía obsesión por la historia de los Vaaros. Su padre era miembro de la corte general del imperio de Baam y este hecho le facilitó el acceso a información privilegiada.

Vivía en el cuartel donde todos los soldados tenían sus acomodadas casas. Nunca le faltó de nada.

A los trece años, ya había leído la mayoría de los libros que había en la biblioteca referentes a los Vaaros y otros seres divinos. Engatusaba a otros niños a cambio de algo de comer y les pedía que cogiesen los libros para él.

Después, si la información que obtenía era importante, arrancaba las páginas o incluso quemaba el documento para que nadie más pudiese tener acceso a ella.

Un día, mientras la mayor parte de la guardia real estaba reunida con el rey tratando de mejorar la estrategia bélica, aprovechó para introducirse en el castillo. Su objetivo no era más que satisfacer su insaciable sed de conocimiento.

Quería saber cómo vivían los príncipes, de qué comodidades disponían y observar cómo era su hogar. Le fascinaba el esmero con el que se habían decorado los enormes pasillos. La cantidad de objetos de adorno que no servían para nada.

El chico siempre analizaba los detalles más pequeños y fue eso lo que lo llevó a distinguir una pintura diminuta en la pared que no encajaba con el resto.

Al rozarla con sus dedos, sintió un leve escozor. Era un contacto cálido y placentero. El chico podía sentir la energía que desprendía y de forma innata pudo tirar de ella para llevarla a su cuerpo.

La marca se traspasó a su mano y comenzó a brillar sutilmente. Sorprendido y un poco asustado, trató de salir del castillo pero cuanto más caminaba, más se disolvía la marca de su piel.

Volvió de nuevo al pasillo y siguió avanzando. Su corazón se había acelerado y la marca brillaba de nuevo.

Se detuvo ante una puerta de madera sin cerrojo alguno. La marca estaba más viva que nunca.

Empujó suavemente la puerta y ésta cedió sin resistencia dejando ver una habitación oscura. El chico deslizó las cortinas y comprobó que estaba totalmente vacía pero la marca seguía iluminada.

Alzando la mano, se guió de ella para observar los cambios en el brillo de la marca. Cuando enfocó al suelo, se iluminó tanto que comenzó a escocerle. La respuesta estaba delante suya. Había una trampilla con una nueva marca dibujada.

El sonido de unas pisadas llegó desde el pasillo.

Había dejado la puerta abierta y se maldijo por ello. Se asomó con toda la precaución que pudo y vio al pequeño príncipe que había reparado en la puerta y caminaba en su dirección.

El chico se escondió tras la puerta y esperó a que el príncipe entrase en la habitación.

Después, la empujó con todas sus fuerzas y ambos quedaron dentro.

—¿Qué haces aquí? ¿Quién eres? —preguntó el príncipe asustado.

—No voy a hacerte daño. —respondió el chico un poco nervioso—. Soy Eril Vantasel, el hijo de un soldado. Solo estaba dando un paseo y me topé con esta habitación.

—Está bien. No tiene importancia. Me marcharé y podrás seguir con tu exploración. —dijo con un tono que a Eril le pareció demasiado infantil—. No diré nada a nadie y tú tampoco, ¿de acuerdo?

Eril podía ver el miedo reflejado en su rostro.

El príncipe trató de abrir la puerta y comprobó que estaba cerrada a cal y canto. Su miedo se hacía mayor.

Eril notaba algo en el interior de su cuerpo. Al igual que la marca anterior, ahora podía sentir las vibraciones que emitía el cuerpo del pequeño príncipe.

—¿Cómo la has abierto antes?

—No lo sé. Empujé y la puerta cedió.

—¡Estamos atrapados! —gritó el príncipe tras asomarse a la ventana y comprobar que la altura era considerable.

—¿No estarás pensando en saltar?

—¿Cómo vamos a salir entonces? —gritaba el príncipe histérico.

Cuanto más nervioso se ponía, más podía sentir Eril su vibración. Jamás le había ocurrido antes y le surgía de forma innata.

—Tenemos una opción. —contestó mostrándole la marca que tenía en su mano.

Tras explicar al príncipe lo sucedido desde que entró al castillo, acercó la mano al nuevo trazado que había en la trampilla y éste se elevó por el aire hasta adherirse a su piel. El dolor se intensificó y ahora, ambos símbolos se habían combinado formando una nueva figura.

Un pequeño fragmento del suelo, justo para que cupiese una persona, cedió hacia abajo y dejó paso a unas escaleras de madera algo corrompidas debido a la fuerte humedad. Una corriente de aire se elevó hasta ellos y ambos se taparon la nariz para cubrirse del mal olor que desprendía.

—¡Huele a excrementos! —dijo el príncipe asqueado.

Los niños descendieron por las escaleras hasta llegar a un corredor cubierto de un agua oscura.

—La nana me habló de pasillos llenos de agua bajo el castillo. —dijo el príncipe emocionado—. Jamás pensé que fuese verdad.

—No es agua...

Empapados hasta la cintura y con unas nauseas difíciles de controlar continuaron hasta topar con una pared en la cual había una pequeña abertura por donde salía el oscuro líquido.

—Esta debe ser la pequeña cascada de barro. —dijo el príncipe—. Estamos en la parte

posterior del castillo.

—¿De verdad eres así de inocente o finges serlo? —preguntó sin dar crédito a lo que oía.

El príncipe se encogió de hombros.

Eril se acercó hasta los barrotes. La fuerza de la corriente era superior en ese tramo y el chico se aferró a la pared para no ser arrastrado.

—Son firmes —indicó—, no podremos moverlos.

—Puedo explotarlos. —afirmó el príncipe.

—¿Qué?

—Verás. —dijo colocándose cerca de los barrotes.

—¡Cuidado! La corriente de “barro” tiene más fuerza ahí. —le advirtió mientras daba pasos lentos hacia atrás.

Ignorándolo, el príncipe cerró los ojos y se rodeó de un aura anaranjado que se arremolinó en sus manos.

Eril notaba la energía que desprendía. Podía hacerlo de forma innata, como si fuese un sentido más. Casi por instinto tiró de ella hacia él.

Una parte se estrelló contra la pared dejando un gran agujero donde el oscuro líquido comenzó a salir con violencia.

La otra fue absorbida por el cuerpo de Eril que salió despedido hacia atrás con fuerza.

La corriente formada arrastró al príncipe hacia la apertura. Éste a duras penas se agarraba a la pared.

—¡Ayuda, por favor! —gritaba desesperado.

Eril vio el miedo de una persona que se enfrenta a la muerte en el rostro del príncipe. Aquello le provocó una extraña emoción. Sentía la adrenalina en el interior de su cuerpo.

Pensó en su padre. Si ayudaba al príncipe, todos se enterarían de lo ocurrido y sería expulsado del ejército y del reino o incluso peor, podría ser condenado a muerte.

Permaneció inmóvil unos instantes viendo al príncipe luchar contra la muerte. Hasta que perdió sus fuerzas y se precipitó al vacío.

El líquido de la sala comenzó a descender hasta secarse casi por completo. Bajo él, había un suelo sucio y cubierto de moho casi en su totalidad. Tenía símbolos grabados por todos lados, como si fuese el texto de la página de un libro.

Eril alzó su brazo y todos ondearon como sacudidos por una fuerte onda expansiva.

Uno de ellos se avivó. Se acercó hasta él y éste, al igual que los otros, se desplazó hasta su mano.

El chico no pudo reprimir un gesto de dolor.

Los símbolos se multiplicaron en su mano y poco a poco se fueron aferrando a ella como las ramas de una enredadera formando un extenso tatuaje.

No sabía donde ir. Unas voces y sonidos de pisadas se oyeron en el piso superior. Los soldados estaban de camino. Eril pensó en saltar por el agujero y que la suerte hiciera el resto pero de pronto, todo se volvió oscuro y una puerta blanca apareció ante él.

Se adentró en ella. Su corazón parecía querer salir de su pecho. Desde la oscuridad vislumbró

su habitación. La imagen era clara y nítida frente al negro absoluto de su alrededor. Solo tuvo que desearlo y la imagen avanzó hasta él. Eril estaba en su cuarto y desde allí pudo oír el alboroto que se había formado en el exterior.

El príncipe había muerto.

Cuestión de fe

—¿Qué haremos ahora? —preguntó nervioso.

La mujer respiró profundamente.

—Te quiero y lo sabes. —dijo finalmente—. Pero es otro tipo de amor. Uno que nace de la amistad. Que crece día a día pero que jamás podría desviarse a otro camino.

La mujer le cogió la mano y se la llevó a su vientre.

—Ha sido un momento de debilidad, Hergel. Lo sabes. He discutido con Jame y tú has sido el camino más fácil. Lo siento. Lo siento de verdad. Perdóname por haberte usado sin pensar en el daño que podía hacerte.

El hombre lloraba cual niño desconsolado.

—Debemos guardar esto en secreto, por favor. Sé que es un acto egoísta por mi parte. Si Jame lo descubre, mi carrera y mis sueños estarán acabados.

—Tu sueño debería ser la criatura que viene. —le reprochó Hergel.

—No todos somos así. —contestó la mujer—. Algunos quieren formar familias y vivir tranquilos el resto de sus días, pero otros soñamos con explorar lugares remotos y hacer de cada día una aventura. Al final, todos encontramos la felicidad de algún modo. Y la mía no está aquí en este pequeño pueblo.

—¿Y qué pasará con él? Quiero verlo crecer.

—Lo harás, yo me encargaré de ello pero por favor, guarda para siempre nuestro secreto.

Una bola de nieve sacó a Hergel de sus pensamientos y Nadia llegaba tras ella disculpándose.

—¿Va todo bien? —preguntó al ver su triste rostro.

—¡Ay Nadia!, los recuerdos, que a veces ensombrecen nuestras miradas. Sigue jugando antes de que los problemas empiecen a llenar tu vida.

—Los problemas no existen. Mi madre siempre me ha enseñado que todo depende de cómo enfoques tu vida.

El hombre sonrió y se marchó hacia dentro de la casa. Nadia volvió al jardín para seguir con su guerra de bolas de nieve pero tras la pausa, Edian estaba serio y pensativo.

La tormenta que azotaba al pueblo había amainado casi por completo. Aún caía una fina capa de nieve pero nada de lo que preocuparse. Habían pasado unos días y la amistad de los chicos se estaba haciendo más fuerte e incluso Edian parecía más relajado y feliz.

—¿Ocurre algo? —preguntó Nadia.

—Parece que Reese está empezando a controlar su Don ¿No lo crees? —contestó mientras lo observaba.

El niño se había quedado jugando solo con la nieve. Trataba de construir una casa con ella pero en todas las ocasiones que lo intentaba se le desmoronaba y volvía a empezar una y otra vez sin desanimarse.

—Sí. —afirmó la chica—. Si no llega a ser por él, no sé qué habría pasado en el lago.

—Y yo casi lo fastidio todo.

Nadia lo miró sonriendo. Algo en él estaba cambiando. Ya no tenía esa ira de los días pasados en su mirada.

—Estoy pensando en buscar a mis padres. Estoy seguro que habéis llegado a mi vida para ponerle el punto final a esta incertidumbre de saber dónde están.

—Punto y aparte —corrigió Nadia—, siempre hay una nueva aventura esperando. ¿Cuándo piensas partir?

—Quería hablar con Reese pero no estoy seguro por dónde empezar. Este mundo es demasiado grande.

—¿Sabes, Edian? —Nadia volvía hacia el porche y se acomodaba en una silla—. Siempre he pensando que alguien mueve nuestros hilos.

El chico la siguió.

—¿De dónde vienen estos Dones si no es así? —La chica dió un sorbo a la bebida que un rato antes dejó en la mesa. Aún estaba caliente y el humo se alzaba sobre ella perdiéndose en el aire—. Si hay alguien oyendo, sean Vaaros, Creadores o como quieran llamarlos, sabrán tu propósito y tratarán de ayudarte. Solo tienes que tener fé.

Edian se sorprendió. Nadia no tuvo miedo a pronunciar sus nombres.

—Me gustaría creerte pero aún no puedo. Yo soy un común, nadie se acordó de mí a la hora de repartir esos Dones y veo el mundo de forma diferente. Además, los Vaaros o como quieran llamarse, no ayudan, castigan. Es algo que no comprendo. Si nos crearon, ¿por qué ahora nos están eliminado?

Nadia no dijo nada. No tenía las respuestas.

Edian se levantó y fue a buscar a Reese. La chica se quedó en el porche y se cubrió con una manta. Una sonrisa sincera apareció en sus labios. Se estaba acostumbrando al lugar.

La imagen de su madre llegó a su cabeza. «¿Qué estaría pensando?» Algo en ella le decía que todo iba bien. Cuando terminase de ayudar a Edian, regresaría a su ciudad y todo volvería a ser como antes.

—Si no colocas bien la base, la pared siempre se caerá. —dijo Edian agachándose.

—¡Es verdad! Me lo podrías haber dicho antes, llevo aquí un buen rato. —bromeó Reese riendo.

—Reese, lo siento.

—No pasa nada ¿eh? realmente me estaba divirtiendo ver cómo se desplomaba la casa todo el rato.

—No me refiero a eso. Ya sabes, lo del otro día en el lago...

—Ah, sí. —Reese se levantó.

—Vivir en un mundo de Tejedores es muy complicado. Hacéis...hace que me sienta muy pequeño. Tenía mucha rabia acumulada y lo pagué contigo. Si no hubiese sido por tí, ahora estaría muerto y no podría acabar mi misión.

—Todo está olvidado.

—Gracias.

—No hay de que.

—Ahora tengo que pedirte un favor. —Edian también se levantó.

—Dime.

—¿Podrías proyectarme a otro lugar?

—Pero Edian yo aún...

—Estoy seguro que puedes hacerlo. Te observé en el lago y vi todo tu potencial.

—¿Cuándo querías irte?

—Cuanto antes. Necesito dar un empuje a mi vida.

Los cuatro estaban almorzando junto al calor de la chimenea. Era la última comida que harían juntos y la tristeza podía notarse en sus miradas.

—¿Lo tienes todo preparado? —preguntó Nadia.

—Casi, necesito un cuaderno y algo para anotar y estaría todo. —contestó Edian—. Tendré que ir a casa a por uno.

—Yo tengo varios, puedo darte uno. —sugirió Hergel—. Compro de sobra para las clases y a final de año me doy cuenta que no he usado ni la mitad.

—Gracias, pero de paso quiero ir a echar un vistazo. Tras la aparición de esas criaturas no he podido ver cómo dejaron la casa.

—Iremos contigo —informó Reese —, quizá necesites ayuda.

La tormenta estaba prácticamente disuelta pero el cielo seguía gris. Tras el almuerzo, los tres salieron de la casa.

—¿Puedes venir un momento, Reese? —llamó Hergel en voz baja.

El chico se acercó hasta él y escuchó atentamente algo que le dijo al oído. Después echó a correr y se unió a los otros dos que ya estaban en camino.

—¿Qué quería? —preguntó Edian cuando se incorporó.

—Dice que si nos pasa algo, venga rápido a por él.

—Se preocupa mucho por tí. —indicó Nadia.

—Si. Y yo no hago más que reprochárselo.

Los tres llegaron a casa. El exterior estaba igual con la única diferencia de que la puerta estaba arrancada pero el interior se encontraba totalmente destrozado. Los dos hombres deformados habían rebuscado por todas partes.

Edian cogió del suelo una foto de sus padres y estuvo unos segundos observándola.

—Puedo ayudarte a ordenar si lo deseas. —ofreció la chica.

—¡Cuenta conmigo! —gritó Reese.

—No os preocupéis. Esta casa necesita algo más que un simple orden. Además, no tiene sentido hacerlo, no volveré en un tiempo.

Edian fue a su habitación a buscar los materiales que necesitaba y estuvo unos segundos observándolo. Todo estaba hecho un desastre.

La voz de Nadia sonó desde la de sus padres.

—¿Puedes venir un momento?

La chica le mostró un sobre.

—Tiene el sello de la casa real de Sinista.

—No lo había visto antes. —aseguró Edian—. Y registré cada rincón posible de esta casa.

—Quizá estaba escondido en el interior de una figura y con este alboroto...

Edian ya estaba leyendo la carta.

Era la copia de una invitación formal con todos los gastos pagados para ir a la islas de Sinista. Mostraba las instrucciones para recuperar un objeto valioso de unas Ruinas Vaaricas situadas en una zona montañosa.

No podían negarse a ir y no podían hablar con nadie del tema. Si se incumplía, sus seres queridos pagarían por ello.

La rabia del chico se iba convirtiendo en tristeza. Cuan equivocado estuvo durante todos estos años. Ellos solo querían protegerlo.

—Esto confirma mi teoría: «Todo es cuestión de fe» —dijo Nadia sonriendo —. Alguien te está ofreciendo un lugar por dónde empezar.

Edian también le sonrió. Su nueva aventura parecía comenzar de maravilla y estaba dispuesto a seguir el consejo de la chica.

Entre los tres cerraron ventanas y puertas, la principal fue colocada de nuevo sobre el marco y sujeta con un sillón.

—La puerta se caería con un estornudo. —comentó Reese bromeando.

—Desde fuera no queda tan mal. —dijo Nadia que se alejaba para ver el resultado.

—De todas formas, avisaré a Hergel para que esté pendiente de la casa. —decía Edian mientras se acercaba a la chica para comprobarlo—. Volvamos a su casa.

—¿Un último té antes de partir? —preguntó el profesor aunque ya lo estaba sirviendo sobre la mesa.

—Gracias, Hergel. —contestó Nadia —. Supongo que Reese prefiere tomar un vaso de leche.

El chico asintió.

—Hemos encontrado algo. —dijo Edian mostrándole el sobre.

El profesor leyó el contenido detenidamente.

—Sinista eh. —dijo tras finalizar—. Los reyes de Sinista son un poco...como lo podría decir...especiales.

—¿A qué se refiere? —preguntó la chica.

—Son muy supersticiosos, sus vidas giran en torno a maldiciones, profecías y leyendas y eso les ha hecho olvidar lo bueno del día a día. Esas islas son un lugar peligroso Edian, ándate con cuidado.

Reese rió en voz baja. Como hace un niño cuando no puede aguantar un secreto.

—¿Qué ocurre, Reese? —preguntó Nadia.

—Nada, me acordaba de algo gracioso.

—Que suerte poseer la inocencia de un niño. —dijo el hombre mientras recogía la mesa.

Los cuatro permanecieron un rato en silencio.

—Gracias por todo, Hergel. —acabó diciendo Edian—. Y perdona mi comportamiento en todo este tiempo, he sido un inmaduro.

—Y yo siento no haberte informado antes. Pensaba que no era el momento.

Edian lo abrazó fuerte y Hergel por primera vez sintió el calor de su hijo junto a él. Quería gritar su secreto a voces pero no tenía sentido. Ahora que el chico había fijado una meta en su vida, conocer la verdad acabaría con todas sus ilusiones.

—Hergel me preguntaba si...—comenzó a decir Edian.

—Dime.

—Nada. Solo era una tontería.

Los tres se despidieron de Hergel y marcharon hacia el Portal Vaarico que había junto a la casa de Edian.

—Démonos prisa —indicó Nadia —alguien nos observa.

—¿Será el mismo que nos atacó en el lago? —preguntó Edian— ¿Has notado algo Reese?

—Eh, si si, lo he notado también. —dijo con un tono forzado.

—¿Qué traes entre manos, Reese? —preguntó Nadia que ya lo iba conociendo.

—¡Mirad, ahí están las piedras! —Exclamó el niño echando a correr hacia ellas.

Los dos jóvenes se miraron debido al extraño comportamiento de Reese pero no dijeron nada.

—¿Nadia, tú vienes también verdad? —dijo Reese.

La pregunta la cogió por sorpresa. No se había planteado nada hasta ahora. Su madre tendría que estar preocupada pero algo en ella le seguía diciendo que estaba bien. Quizá era una excusa que usaba para continuar la aventura que había comenzado.

—Hagamos una cosa —propuso—, voy con vosotros hasta Sinista y después me dejáis en Osblem ¿Te parece?

La idea de separarse entristeció al pequeño.

—¿Qué ocurre? —le preguntó.

—Os echaré de menos. —dijo Reese con lágrimas en los ojos.

—Ahora podrás visitarnos cuando quieras. —indicó Edian. —¿Eres un Proyector!

—¡Sí! —asintió orgulloso mientras se secaba las lágrimas.

Reese se colocó en las piedras y tomó las manos de Edian y Nadia. Estaba muy nervioso pero trató de concentrarse.

Cerró los ojos y se dejó llenar de la energía que emitía el lugar. En su mente apareció el mapa del mundo. Reese flotaba sobre él a una altura suficiente para ver cada rincón. Desde su posición surgieron centenares de caminos hacia cada parte del planeta. Parecía una maraña de tubos interconectados.

—Parece que ya sé cómo funciona esto. ¿En qué parte del mundo está Sinista?

—Depende —dijo Nadia. —creo que son unas islas errantes.

—A ver a ver...Sí, creo que son esas de ahí. ¿Estáis listos?

Edian miró a Nadia clavando sus oscuros ojos en ella.

—Nadia, después de encontrar a mis padres iré a buscarte a tí.

La chica no dijo nada.

Durante unos segundos pudo notarse la tensión pero un grito de Reese la cortó.

—¡Allá vamos!

Los tres desaparecieron de Quelin y viajaron a toda velocidad a través de los túneles surgidos mediante la Proyección.

—¿Qué es este lugar? ¡No veo nada! —dijo Reese observando la densa niebla que les rodeaba.

—Por lo poco que veo, parece que estamos en las afueras de un castillo. —indicó Nadia.

Edian no dijo nada.

—No os mováis —ordenó Reese —, vengo enseguida.

El chico volvió a desaparecer para aparecer un instante después con Hergel de la mano.

—¡Era esto lo que teníais entre manos! —exclamó la chica. —Eras tú quien nos seguía.

—Dejémoslos a solas Nadia. —dijo Reese cogiéndola de la mano y volviendo a desaparecer con ella.

Reese y Nadia viajaban a toda velocidad por los túneles cuando un grupo de seres similares al que los atacó en el lago aparecieron. Viajaban a la misma velocidad que ellos y les observaban con una sonrisa cargada de malicia.

Reese trató de acelerar pero era incapaz. Uno de los caminos se iluminó, como si estuviese indicando una salida. Preso del pánico, el chico se dejó llevar por él.

Los dos aterrizaron en un lugar desconocido. Un jardín cubierto de fuentes hermosas y el suelo

cubierto de césped hasta donde abarcaba la vista.

Un grupo de chicos todos vestidos iguales los observaban extrañados.

—¿Qué ha ocurrido, Reese? Quién nos perseguía? —preguntó Nadia asustada.

Lo eterno no puede morir

Sinista es característica por su clima pues una niebla densa siempre rodea todo su territorio. Está formada por un pequeño grupo de islas errantes que se desplazan por todo el vasto Océano Tormentoso, mecidas por las fuertes borrascas que la rodean.

La búsqueda insaciable de poder y conocimiento sobre los Vaaros llevó a Eril a aquellas tierras desconocidas para él.

Mientras caminaba por el reino, ocurrió algo que lo marcaría para el resto de su vida.

El sendero estaba cubierto de barro pues la lluvia no daba tregua a la tierra para tragar las ya abundantes aguas.

Eril oyó el trote de unos caballos tirando de una carroza tras él. Rápidamente se apartó fuera del camino y permaneció entre la maleza. Con la poca visibilidad no era difícil pasar desapercibido.

La carroza pasó delante de él a gran velocidad. Pudo ver al conductor azotando a los caballos para obtener toda su fuerza. El carruaje iba dando botes y parecía que iba a estallar en algún momento.

Tras ella, iban al menos cinco criaturas deformadas parecidas a hombres cuyos brazos eran muy largos y los usaban para desplazarse. Les ganaban alcance por momentos.

Eril sentía vibrar la energía de los seres. Aunque no era asunto suyo, quería ver cómo acababa la historia.

Usando un Don robado tiempo atrás, invocó a su caballo negro y galopó a través de la niebla siguiendo al carruaje.

Como era de esperar, una rueda del vehículo se partió y el conductor salió disparado para aterrizar en una zona rocosa donde murió en el acto.

El vehículo dió varias vueltas de campana y acabó empotrado contra un árbol cercano.

Había alguien dentro, Eril podía sentir su vibración.

Las criaturas llegaron al instante. Una de ellas se detuvo y comenzó a oler el aire.

—Hay alguien más. —dijo relamiéndose los labios.

—«Maldición, creo que pueden oler mi energía.» —pensó el hombre.

La puerta de la carroza se abrió hacia arriba y una figura surgió de ella. Estaba despeinada y un hilo de sangre corría por su frente.

Eril abrió sus enormes ojos dorados de par en par. Jamás volvería a ver un rostro como aquel.

La joven tenía el cabello blanco como la luz de la luna y en otra ocasión, le habría caído hasta la cintura de manera perfecta. Sus ojos, dorados como el sol, contrastaban con la palidez de su rostro. Era perfecta.

Las criaturas saltaron hacia ella para devorarla pero ésta, lanzando unas cadenas rojizas ensartó a una de ellas que aullaba de dolor. Las otras se detuvieron y esperaron de pie algún movimiento por su parte.

Las cadenas rodearon a la joven formando un círculo protector. Viendo que no atacaba, una de las criaturas cavó un hoyo y se dirigió por el subsuelo hasta el lugar donde estaba la chica.

La joven saltó por los aires y consiguió evadir el ataque del ser que salió disparado a por ella. Las cadenas hicieron su trabajo y acabaron con la criatura.

Las otras tres comenzaron a estudiarla para ver cómo podían atacar pero algo las detuvo. El aire se cubrió de un hedor a muerte que los envolvió a todos y la densa niebla cobró más intensidad.

Una lanza pasó rozando a la joven que la consiguió esquivar con un movimiento sutil. Sus cadenas volvieron a rodearla y consiguieron parar el siguiente golpe de lanza pero no el tercero. Un puño la golpeó fuertemente y la lanzó volando por los aires para aterrizar en un charco de barro.

—Fuimos creados para ser más poderosos que vosotros. —dijo una voz fría y metálica.

La lanza que llevaba el ser penetró en el cuerpo de la chica que lanzó un grito desesperado.

Eril se materializó y lanzó un pulso de energía a la criatura que apenas se distinguía en la niebla.

El ser apenas se inmutó. Girándose sobre sí mismo con un movimiento imposible, golpeó a Eril que cayó de bruces al suelo.

El hombre podía sentir su energía vibrar bajo su armadura oxidada pero no podía cogerla como hacía con las demás.

—¿Qué eres? —preguntó.

—Soy la semilla de la venganza. —contestó el ser.

—Es un Centinela. —dijo la chica que aún tenía la lanza incrustada en su pecho.

La criatura dividió su cuerpo en dos mitades. Una de ellas seguía sujetando a la chica y la otra se acercaba hacia la posición de Eril. Verlo dar esos pequeños saltos en la niebla era aterrador.

La mitad que se acercaba a él reclamó la lanza que salió volando hasta su mano para asestar el golpe final a Eril que seguía en el suelo.

El hombre se trasladó rápidamente al lado de la chica. Incluso el Centinela se sorprendió de la velocidad a la que se había desplazado.

—Gracias por la ayuda. —le dijo.

La chica no tuvo tiempo de comprender. Eril acabó con su vida y absorbió su poder en cuestión de segundos. La sensación le provocó un placer diferente.

Lanzó sus nuevas cadenas al Centinela y golpeándole en el rostro arrojó algo que no identificó al suelo. El objeto rebotó y llegó cerca de sus pies.

—«Una máscara.» —susurró mentalmente.

Ahora podía manipular su vibración. La máscara lo protegía. ¿O era un Don oculto absorbido de la chica?

Eril ya tenía la victoria de su lado. De pronto, los otros Siervos saltaron sobre él y lo tumbaron en el suelo.

Le propinaron golpes por todo el cuerpo y pensó que era el final. El Centinela se acercaba a él y pudo ver su rostro.

Una figura demacrada con la mirada perdida se agachó para recoger su máscara con forma de lobo.

Cuando estaba a pocos metros, algo en Eril estalló y las cadenas surgieron de su cuerpo más fuertes que nunca.

Dos de las tres criaturas murieron al instante y la otra fue tambaleándose hasta el Centinela que sin mediar palabra, le partió el cuello y el ser se desplomó en el suelo.

—Eres despreciable —dijo Eril —, voy a acabar contigo.

—No más que tú. —contestó el Centinela sonriéndole con su mirada perdida.

El ser cargó su lanza para asestar el golpe de gracia pero Eril tiró de la energía rebosante del Centinela y la introdujo en su cuerpo. La cáscara vacía de la armadura del ser quedó inmóvil para desplomarse segundos después.

Eril cayó al suelo y se retorció de dolor.

Dentro de su cuerpo, esta nueva energía trataba de hacerse hueco. A diferencia de las demás, esta no pretendía unirse a un todo. Quería tener su propio lugar.

Sacando fuerzas en medio de todo ese caos que se había formado en él, se proyectó a otro lugar y desapareció del reino de Sinista.

Despertó, no sabía cuánto tiempo había pasado. Estaba en la orilla de una playa soleada.

—¡Levántate! —comenzó a decirse a sí mismo con una voz fría y metálica que controlaba todo su cuerpo.

—¿Cómo estás haciendo eso?

—Lo inmortal no puede morir Valan, ya te lo dije.

El miedo podía verse reflejado en su mirada y estaba empapado en sudor.

—¡Me llamo Eril!

—Ahora usarás este nombre si quieres sobrevivir. —dijo la voz del Centinela. —Mis hermanos ya andan buscándome y preguntaran tu nombre a todo Tejedor viviente.

—¿Y por qué has elegido ese nombre? Me parece horroroso.

—Es una historia larga de contar, no tenemos tiempo para eso. —La criatura lo obligó a levantarse—. Necesitas estar en constante movimiento o ellos te alcanzarán.

—¿Por qué me estás ayudando?

—Si tu mueres no se que que ocurrirá conmigo, no puedo arriesgarme a desaparecer. Protégeme y a cambio te daré todo mi conocimiento y poder.

—¿No dijiste que eras inmortal?

—Lo que me has hecho lo cambia todo.

Eril cerró los ojos y se dejó llevar por la fuerza del ser que yacía en su interior. Cuando la simbiosis finalizó, los ojos de Valan se volvieron grises al igual que su cabello.

Ahora era mitad hombre mitad etéreo y comenzó a entender la oscura misión de los Centinelas.

El fruto de la espera

Ambos permanecieron en silencio, observando la densa niebla que los rodeaba.

—Espero que no te haya molestado, pero no quería dejarte solo en un lugar como este. —dijo Hergel rompiéndolo.

—Cuando el ser que nos atacó en el lago estuvo a punto de matarnos —comenzó a decir Edian. —Nadia me pidió que pensase un lugar que me fuese familiar para que Reese nos transportase hasta él. Pensé en tu casa, Hergel.

El hombre sonrió como nunca lo había hecho antes.

—Tenemos un largo camino por delante —contestó—, hay que encontrar a tus padres.

Los dos se adentraron en la espesa niebla y caminaron por un sendero rocoso. El aire era frío y sus ropas estaban empapadas.

—La humedad es agobiante. —dijo Hergel. —Nuestra tierra aunque es fría, es más seca.

—¿No te da la sensación de estar todo el rato dentro de un castillo? —preguntó Edian observando a su alrededor.

—Según lo que conozco sobre este lugar, los antiguos reyes extendieron sus murallas hasta todos los lugares de la isla para sentirse protegidos. Tener la misma decoración en todos ellos les hacía sentir como en casa. Esto les ayudaba a superar sus miedos.

—Ahora está todo abandonado. —indicó el chico señalando su alrededor.

—Supongo que los actuales reyes se dieron cuenta que aquello no era más que una tontería.

Una voz alta y clara irrumpió repentinamente.

—¡Entrad si no queréis morir! —les dijo.

Los dos caminaron hasta que una puerta enorme se materializó entre la niebla. Estaba entreabierta. Sobre una torre había un hombre apostado que les hacía gestos para que pasasen. Una vez dentro, la puerta se cerró tras ellos.

La niebla parecía ser menos agobiante en esa zona. Estaban en una plaza modesta con gente realizando sus tareas cotidianas. El suelo era de tierra y estaba cubierto de hierba casi en su totalidad. En algunos lugares se podía ver unos puestos que vendían diferentes artículos.

—¿De dónde venís? —preguntaba el guardia mientras bajaba por unas escaleras. —No es aconsejable salir de los pueblos sin protección de la Guardia Púrpura. La niebla tiene ojos.

Edian iba a hablar pero Hergel se adelantó.

—Nuestro barco naufragó hace unos días. —mintió. —Nadamos hasta la orilla y caminamos hasta aquí.

El guardia lo miró confuso. Era casi imposible que dos personas atravesaran los gigantes remolinos que azotaban el mar de las islas pero no dijo nada.

—¿Habría alguna posada por aquí para hospedarse unos días? —preguntó Hergel.

—Por supuesto —contestó señalando —, es esa de ahí. Cot es el posadero y os tratará bien.

—Muchas gracias.

—Os tendré vigilados. —informó el guardia en un tono más serio.

—No tendrá de qué preocuparse. —contestó Hergel sonriendo.

La habitación de la posada no estaba mal. Tenía bastante humedad pero parecía cómoda. Ambos deshicieron sus equipajes y ordenaron sus pertenencias en un pequeño armario individual que había a cada lado de la cama.

—Voy a bajar a por algo caliente. Va a anochecer pronto y quiero irme a la cama temprano. Te subiré algo de cenar. —Hergel ya salía por la puerta.

Desde la ventana, Edian estuvo un rato observando a la gente de la plaza. Estaban recogiendo sus puestecillos. Qué simples parecían sus vidas.

Hergel apareció en su campo de visión, llevaba algo de comida en la mano y fue hasta el guardia. Tras ofrecerle lo que llevaba, estuvieron unos minutos hablando y después regresó a la posada.

Edian se tumbó en la cama, tenía muchas ganas de comenzar su aventura en estas tierras pero no sabía por dónde empezar. Por primera vez el miedo comenzó a invadirlo y se dio cuenta de lo afortunado que era al tener a Hergel con él.

Éste llegó con la cena para los dos. El chico quiso preguntarle por qué fue a hablar con el guardia pero Hergel siempre sabía lo que hacía.

Después de una charla amistosa, se fueron a dormir.

A la mañana siguiente y tras asearse, los dos salieron de la habitación para desayunar.

Edian salió a la plaza para respirar un poco de aire fresco. Los dependientes de los puestos estaban montando sus negocios bajo la niebla, que seguía haciendo acto de presencia.

Había mucha gente desayunando, pero aún quedaban algunas mesas donde poder sentarse.

Cot se acercó hasta ellos y amablemente les sirvió el desayuno. Era el mismo para todos. Café o té y unas bolitas de masa frita cubiertas de mantequilla.

La puerta se abrió con un fuerte golpe y un grupo de soldados entraron en la posada. A Edian les llamó la atención el color morado de sus armaduras.

—Mala noche, Cot. —dijo uno de ellos. —Cada vez hay más Siervos por ahí.

El posadero les puso el desayuno mientras asentía con la cabeza.

—Y la cosa va a peor. —informó otro. —Según el informe de los arqueólogos, esos que vinieron hace unos años para investigar las ruinas, los Vaaros están a punto de entrar con su ejército de Siervos...No quedaremos ninguno vivo, Cot.

—Los Vaaros no tienen Siervos. —aseguró un soldado de ojos azules y pelo castaño

perfectamente peinado.

—¿De dónde salen entonces esas criaturas, listilla?

—No lo sé. Pero estoy deseando averiguarlo. —contestó sujetando su espada con la mano.

—Hergel, ¿has oído? —susurró Edian emocionado.

El hombre asintió.

—¡Estaban hablando de ellos!

El chico iba a levantarse para hablar con los soldados pero Hergel lo detuvo.

—Ya nos han dado lo que necesitamos. Sube a la habitación, prepararemos nuestra salida. Yo iré a hablar con el guardia, anoche le pedí que me consiguiera un mapa de las islas.

Tras el desayuno, Hergel salió a la pequeña plaza para buscar al guardia. Se encontraba en el mismo lugar de siempre.

—¿Lo tienes? —preguntó alzando la voz hacia el hombre situado en la torre.

El guardia bajó lentamente hasta el suelo, se notaba el paso del tiempo en sus movimientos.

—Esta humedad acabará matándome. —se quejó mientras se ajustaba la espalda.

Sacó un trozo de tela de una bolsa que le colgaba del cinturón y se la mostró a Hergel.

—No te va a servir. —acabó diciendo. —Esta maldita niebla no te dejará ver más allá de tu nariz.

—Pero al menos ahora tengo una idea general de donde estamos. —contestó el profesor mientras sacaba una bolsa pequeña de cuero.

El guardia se encogió de hombros y agarró la bolsa de valantos.

Hergel agradeció el trato y volvió hasta la habitación que había alquilado.

—Mira lo que he encontrado bajo la cama —Edian le mostró una caja azul de terciopelo y la dejó sobre ella —, tiene una cerradura.

—A ver. —dijo Hergel observándola. —Tiene algo dentro pesado, parece metal.

—Podríamos abrirla.

—No, Edian, ¿Te gustaría que alguien abriese algo que a lo mejor para tí es de valor?

—Supongo que no.

—Iremos a hablar con Cot para ver quién estuvo antes en esta habitación y si podemos, trataremos de devolver la caja a su dueño.

Ambos terminaron de recoger su pequeño equipaje y bajaron a la planta baja para visitar al posadero.

—Disculpa Cot, hemos encontrado algo en nuestra habitación y me gustaría devolverlo a su dueño. —dijo Hergel mostrando la caja.

—Ayer en la mañana abandonaron la posada unos Kerpas que partían hacia su poblado cerca de las montañas. —contestó el posadero. —Si queréis devolverlo tendréis que daros algo de prisa, son unos cuatro días a pie y ya os llevan uno de ventaja.

—¿Las montañas donde están las ruinas? —preguntó Edian sin descaro alguno.

Cot lo miró emocionado.

—¿Sabes que yo las visité hace unos años?

El posadero captó la atención del muchacho.

—Antes de ser posadero me ganaba los valantos buscando artefactos para la mismísima casa real, pero la edad me iba pasando factura y al final opté por una vida más tranquila.

—Tuvo que ser increíble. —contestó Edian.

—Si vuelves por aquí, estaré encantado de contarte algunas de mis aventuras.

—Es probable que lo haga Cot, pero ahora debemos partir. —dijo mirando a Hergel.

—Id con cuidado —advirtió el posadero—, Sinista es un lugar peligroso.

—Lo haremos. —contestó Hergel que ya salía por la puerta de la posada.

Un joven guardia recién llegado a la orden, abrió la puerta norte de la pequeña aldea. Los dos se despidieron con la mano y se adentraron en la espesa niebla que caracterizaba al lugar.

—Según el mapa, si seguimos esta dirección llegaremos a un pequeño embarcadero. Con suerte encontraremos a alguien a quien pagar para que nos transporte a la isla principal donde se encuentran las ruinas. —decía Hergel mientras lo analizaba.

—¿Cómo te las arreglaste para obtenerlo?

—Después de los Dones, el dinero es lo que mueve el mundo, Edian. No te imaginas lo que puedes llegar a conseguir con unos cuantos valantos.

Hergel habló durante un largo rato sobre el mundo y su gente. Anécdotas que le habían ocurrido tiempo atrás y Edian lo escuchaba atento, tratando de aprender algo en cada una de sus frases.

—Mira Hergel, ¿qué es esa luz de ahí? —dijo Edian en tono de advertencia.

Un pequeño faro se elevaba sobre ellos unos metros por delante. Era azulado y se balanceaba suavemente mecido por una brisa inexistente.

—Avancemos con cuidado. —advirtió Hergel sujetando al chico por el brazo.

Ambos caminaron lentamente hasta llegar a la altura de la pequeña luz. El terreno en esa zona se volvió húmedo y pantanoso.

—Espera —dijo Edian agudizando la vista—, ¡es un bote!

El chico se adelantó corriendo hacia él mojándose los pantalones al adentrarse en un lago hasta ahora invisible debido a la niebla.

—¡Ya te has empapado! —reprochó el profesor—. Ahora...
—No te lo vas a creer Hergel, aquí hay...

Unas burbujas aparecieron en el agua y se acercaron rápidamente al chico. Una criatura humanoide cubierta de lodo surgió de ella y extendió sus brazos para apresarla.

Ambos se sumergieron.

Hergel trataba desesperado de llegar hasta él pero las burbujas se alejaban rápidamente y eran difíciles de ver con la densa niebla.

Una silueta saltó del bote y se lanzó de cabeza al agua. Durante unos instantes Hergel permaneció solo rodeado del espeso manto blanco que cubría el aire.

Una mano surgió y Hergel corrió hasta ella para tirar con fuerzas. Era Edian que salía tosiendo y vomitando agua.

—¡Hay alguien más! —gritaba—. Tenemos que sacarle.

El chico tomó el poco aire que pudo y se volvió a sumergir. De nuevo, todo quedó en silencio.

Una luz emergió de las aguas y éstas se arremolinaron permitiendo ver el terreno que había bajo ellas. La fuerza era tal, que la niebla también fue absorbida por la poderosa energía que desprendía.

Hergel pudo ver a Edian y una chica joven tumbados e inconscientes en el barro. La criatura yacía junto a ellas inerte y emanando un líquido verdoso.

—3 El pueblo Gris—

«Este cuento nos explica cómo un simple sentimiento puede acabar con la vida de un pueblo entero.

Si por algo eran famosos, era por su inteligencia, los Grises poseían a los Tejedores más diestros del momento que, combinados con las mentes más brillantes de la zona, daban lugar a una increíble conexión.

Estaban perfectamente organizados. Durante los primeros años de vida, los niños eran observados para ver cuáles eran sus facultades y se les asignaba las tareas que mejor se les daba según los resultados.

Si algo era curioso en ellos, es que todos nacían con Dones. Los más sabios decían que era a consecuencia de la localización de la aldea, la cual estaba sobre un punto de energía Vaarica procedente de varias Ruinas cercanas, pero nadie supo nunca el porqué.

El pueblo estaba muy avanzado para la época en la que vivían. De todos los rincones del planeta llegaba gente buscando sus sabios consejos.

Eran expertos en casi todas las áreas. Tal era su sed de conocimiento y superación, que olvidaron lo más esencial, vivir.

Una noche, sentados bajo el calor de una hoguera, cuatro de ellos estaban tumbados en la fresca hierba. Uno era escritor, otro botánico y las dos chicas eran astrónomas.

Observaban la inmensidad del cielo cubierto de diminutas luces que parpadeaban en disonancia. Las había rojas, naranjas, amarillas e incluso blancas. Era un espectáculo digno de contemplar.

—¿Veis las que no parpadean? —dijo una de las chicas, refiriéndose a las luces. —Son mundos como los nuestros.

—¿Y cómo sabés eso? —preguntó el botánico acostumbrado a enfocar su vista en los asuntos más terrenales.

—Estudiamos sus movimientos respecto a las demás. —informó la otra chica. —No hay duda de que son atraídos por el mismo cuerpo que nosotros, el sol.

El escritor iba tomando apuntes de todo lo que decían a una velocidad sorprendente.

—No tienes que hacerlo todo el rato, Ivelis. —reprochó el botánico.

—Lo hago casi sin pensar. —se excusó a la vez que escribía.

—¡Tenemos dos soles y uno de ellos está ocul...! —Hablaba la chica que había explicado los movimientos de los planetas y lo hacía lo más rápido que podía — ¿Cómo puedes escribir tan rápido? A veces pienso que adivinas el futuro. —dijo al escritor que casi había terminado antes que ella.

El chico sonrió orgulloso. Le gustaba recibir esa clase de halagos. Y más si procedían de ella.

—Se nos acabó la fiesta. —dijo el botánico observando la figura que se acercaba.

Un hombre mayor caminaba hacia ellos. Sus pasos eran lentos y se ayudaba de un bastón. Al igual que los demás, vestía una túnica gris y ancha que le permitía realizar movimientos cómodos.

—Deberíais estar descansando. —dijo cuando se acercó—. El intelecto funciona mejor cuando se duerme lo necesario.

—Hay veces que lo que la mente necesita es desconectar. —añadió el botánico acomodándose en la hierba.

—Qué sabrás tú lo que la mente necesita si apenas tienes veinte años. —contestó el anciano de forma tosca.

El chico respiró profundamente y guardó silencio. Una de las astrónomas quiso hablar pero el hombre la interrumpió.

—Tu cállate, Misaire y vuelve a casa, no me gusta que estés a estas horas en el exterior.

La chica miró a sus amigos de reojo y se levantó sin decir nada.

—No puedes dejar que controle tu vida. —dijo la otra chica cansada de ver siempre el mismo espectáculo.

—Vámonos abuelo. Hablaremos en casa.

Los dos caminaron lentamente hacia el pueblo y se perdieron en la oscuridad de sus calles.

—Este hombre acabará por amargarnos a todos. —exclamó la astrónoma

—O algo mucho peor. —añadió el botánico. —Ivelis, déjame echar un vistazo, por favor—. El joven dio un tirón al libro del escritor y éste se cayó al suelo.

—Ten cuidado, Ceries, este cuaderno es lo más valioso que tengo. —rogó el escritor con la calma que le caracterizaba—. A ver ¿qué quieres saber?

—Lo sabes de sobra.

—No puedo hacer eso, tú también lo sabes. No es algo ético. —contestó el escritor.

—Venga ya, Fare —dijo la astrónoma. —Sáltate las reglas por una vez.

El chico estuvo pensando por unos momentos.

—Está bien. —acabó cediendo movido por la curiosidad.

Colocando sus manos sobre el cuaderno, Ivelis entonó unas palabras y emitió un pulso que golpeó el libro haciéndolo vibrar con fuerzas. El tamaño de éste aumentó por lo menos el doble y las páginas comenzaron a pasar rápidamente hasta detenerse en seco.

Un texto indicaba lo siguiente: Conversaciones de Praseiel, desde año tres hasta año setenta y dos.

Los tres se miraron con picardía.

—Es posible que sepa lo que hacemos. —advirtió el escritor.

—¿Qué más da? —indicó la chica. —Estoy ya harta de él. ¿Habéis visto cómo ha tratado a Misaire?

—Él manda en la aldea, lo elegimos entre todos. —recordó Ivelis.

—Lo eligieron nuestros padres. —corrigió el botánico.

—Venga, pasa las páginas a ver que dicen...—rogó la chica emocionada.

Durante un largo rato estuvieron ojeando todas las conversaciones que el anciano había tenido durante su vida y, a decir verdad, éstas no diferían de las de cualquier otra persona.

—Voy a probar una cosa. —propuso el escritor. —Descubrí no hace mucho que tenía esta capacidad.

Sus amigos lo miraron con curiosidad.

—Si pienso en una persona, puedo ver qué han dicho sobre ella.

—¡Eso es fantástico! ¿Puedes mirar qué ha dicho Misaire de mi? —preguntó la chica guiñando un ojo.

—A ver a ver...—exageró Ivelis como si estuviese actuando.

El cuaderno comenzó a pasar sus páginas a gran velocidad y se volvió a detener en seco.

Ivelis progresa adecuadamente en sus clases...

Ivelis tiene un Don asombroso...

¿Dónde están los padres de Ivelis?

Buscamos a Ivelis...

Yo no tengo por qué proteger a Ivelis...

—¡Para! —exclamó el botánico — ¿Quién te buscaba?

—Pues debe de ser Praseiel. El libro me muestra lo que habla la persona, no lo que escucha.

—Quizá sea un nuevo Don. —dijo la chica.

—No lo creo.

—Vuelve a esa conversación. —indicó el botánico.

—De acuerdo...

—Buscamos a Ivelis...

—¿Dónde ha ido?...

—Yo no soy Praseiel...

—Está bien si no me ayudáis tendré que ir yo mismo a buscarle...

—¿De cuando es la conversación? —preguntó el botánico.

—Es reciente, puede que solo unas semanas.

—Parece que Praseiel estaba poseído por alguien ¿no? —añadió la chica.

—Yo creo que está obsesionado con tu Don. Siempre me lo ha parecido. —confesó el botánico.

—Bueno, voy a irme ya. Se está haciendo tarde. —anunció el escritor mientras se incorporaba.

—¿Va todo bien, Fare? —preguntó la chica que también se levantaba.

—Si, es solo que no me gusta nada de esto. Yo también he observado a Praseliel y no me gusta su comportamiento hacia mi.

—Te acompañaremos a casa. —dijo el botánico.

—No te preocupes, Ceries. Estoy bien.

El chico echó a andar y desapareció en la oscuridad de la noche.

El silencio a su alrededor era interrumpido en ocasiones por el canto de unos grillos que se detenían cuando pasaba cerca de ellos.

Ivelis llegó a casa y echó un rápido vistazo a la calle antes de cerrar la puerta. No se sorprendió al encontrar al anciano en el interior de ella, sentado en una silla y apoyado en su balcón, pues lo había leído en el libro.

Al parecer, su Don era capaz de escribir el futuro. O quizá él ya lo sabía.

—Sé por qué estás aquí. —dijo el escritor.

—Pues entonces todo será más rápido.

El anciano se puso en pie y dejó que su bastón cayese al suelo dando un golpe en seco contra él. Había perdido todos los efectos negativos de la edad y permanecía erguido con un porte casi perfecto.

—Es curiosa la cantidad de criaturas diferentes que habitan este mundo, ¿no crees? —dijo el escritor cambiando su actitud por una más orgullosa.

—Déjate de historias Ivelis y dame lo que llevo años buscando.

—¿Qué eres anciano? ¿Un Drul? ¿Un Antíope? —preguntó el escritor queriendo conocer la respuesta.

—Soy quien absorberá tu Don...

—Nunca obtendrás mi poder. —afirmó Ivelis. —Llevo en este mundo más tiempo que tú y conozco cada uno de sus rincones.

—¿Eres un Nómada? —preguntó Praseliel cuyo rostro se tornó sombrío.

—Ellos temblarían ante mí.

El anciano echó un vistazo a la habitación tratando de localizar una ventana por la que escapar.

—Todo a su tiempo, viejo. —dijo el escritor al percatarse. —Sobrevivirás a esta noche, pero el resto del pueblo no.

Praseliel lo miró confuso.

—No sois más que un fallo creado por unas manos inexpertas. Alguien a quien le gusta jugar a ser yo y que verá perecer a su creación.

Praseliel se dejó caer en la silla.

—¿Y por qué has esperado hasta ahora para eliminarnos?

—¿Y por qué debía esperar menos? —preguntó el escritor —. Todo debe ocurrir a su debido tiempo, cuando el dolor que provoque sea mayor.

—Eres un monstruo. —dijo el anciano.

—¿Y qué eres tú? —contestó Ivelis sonriendo. —Te marcharás de aquí y contarás a todos que un día existió un pueblo próspero y adelantado a su época que trató de ser el mejor en todo. Pero que fue creado por un niño que jugó a ser mayor a espaldas de sus congéneres y lo acabaría pagando muy caro.

Praseliel echó a correr y volvió a desaparecer de nuevo en la oscuridad de la noche. Atravesó caminos, valles y ríos hasta que la presencia de aquel ser se esfumó de su mente.

Jamás volvió a ver a ninguno de los suyos.»

Respuestas

Laiya golpeaba con fuerza la puerta de la sala de profesores. De nuevo, el profesor Hebier con su eterna sonrisa apareció para recibirla.

—¿Sí, Laiya?

—El director ha muerto, profesor Hebier. —informó la chica sin dar rodeos.

—¿Qué? —respondió atónito.

La sonrisa desapareció de su rostro.

—¿Dónde se encuentra?

—En la sexta torre. —dijo la chica dando por hecho que el profesor conocía toda la historia.

Hebier la miró extrañado.

—¿De qué hablas, Laiya? —preguntó otra profesora que se acercó tras oír la conversación.

—¿Podéis dejar de hacer preguntas? —contestó la chica que comenzaba a perder la paciencia —. Acompañadme.

Un par de profesores se unieron a ellos y siguieron a la chica que caminaba a toda prisa a través de los pasillos. Vein iba tras ellos buscando una forma de poder ayudar, desde que había llegado a la escuela sentía que iba de un lado para otro cual marioneta incapaz de dirigir sus movimientos.

Al llegar al patio principal, comprobaron que se había formado un alboroto. Alumnos y profesores estaban aglomerados formando un círculo en cuyo centro había un par de chicos desorientados.

—¿Qué ocurre, profesora Mensil? —preguntó Hebier sin detener el paso.

—Han aparecido dos jóvenes, profesor. ¡Se han proyectado!

—Mantenme informado, por favor. Nos reuniremos en seguida.

—Por supuesto, Hebier.

Vein, Laiya y los profesores ascendieron hasta el lugar donde se había materializado la sexta torre, pero en la zona volvía a estar el claro de siempre. Laiya miró a Vein buscando una respuesta pero él se encogió de hombros. Tampoco podía verla.

—Laiya ¿Estás segura que...?

—¿Vais a dudar de mi? —preguntó ofendida.

—Yo puedo afirmarlo, profesor. —indicó Vein.

Hebier echó una rápida mirada al chico.

—Permíteme que siga dudando...—El profesor pronunció las palabras tratando de no parecer mezquino.

Uno de los profesores corrió hacia un grupo de árboles cercano pues algo llamó su atención y se agachó para observar una figura oscura.

—Iré a por la profesora Casandra, ella sabrá...—comenzó a decir Hebier.

—Ella le mató —exclamó Laiya aguantando las lágrimas —. Ella liberó a Valan...

Hebier y una profesora la miraron perpleja. La chica debía estar delirando.

Laiya respiró hondo.

—¡Está aquí! —se oyó decir al profesor que se había separado.

—¡Por los cuatro Vaaros! —murmuró Hebier corriendo hasta el cuerpo del director.

—Reunid a todos los maestros y esperadme en la sala de profesores. —ordenó mientras levantaba el cadáver—. Yo prepararé al director para su entierro.

—Os explicaré todo lo que sé. —dijo Laiya que, a pesar de todo, no podía evitar sentirse orgullosa de ser parte importante de la historia.

Las nubes cubrieron la luz de la luna y el frío ascendió lentamente hasta la colina donde se encontraba la escuela. Unas gotas de agua comenzaron a caer repicando suavemente contra las ventanas.

Vein miraba a través de una de ellas desde la sala de profesores, mientras escuchaba el sonido que provocaban los pequeños golpecitos.

El lugar era amplio y poseía una mesa enorme para los más de veinte profesores que impartían clases en la escuela. Las paredes no tenían decoración alguna, estaban pintadas de blanco y en algún que otro lugar había aparecido unas pequeñas manchas de humedad.

Sin pedir permiso, Laiya se colocó en la zona presidencial, se sentía muy especial esa noche.

Hebier apareció en la sala cabizbajo y no sonreía como de costumbre.

—Mañana será su entierro. Prepararé su tumba en el jardín trasero de la escuela. —dijo sin levantar apenas la voz.

Los presentes asintieron sin decir nada. La tristeza podría verse reflejada en sus miradas.

El profesor quiso tomar su asiento pero Laiya se había colocado en él. Podría haberle ordenado que ocupara otro lugar pero no se sentía con ánimo. Su mundo se había desmoronado.

Desde joven, había trabajado para el director, que le ofreció un empleo tras conocerlo años atrás en un cruce de caminos.

Hebier viajaba por el mundo narrando sus historias. Se paseaba por posadas, castillos y palacios contando relatos que hacían soñar a las personas.

Pero las nuevas generaciones llegaron y el mundo comenzó a cambiar con ellas. Ya nadie quería oír esos cuentos. La gente prefería las increíbles atracciones de los nuevos feriantes llegados de las tierras del Este. Hebier deambulaba de aquí para allá deseando ser escuchado.

Cuando Vadim lo encontró en el cruce de los Páramos y oyó una de sus historias, supo que tenía que ocupar un lugar en su escuela. Tras años de enseñanza, se ganó un hueco entre los alumnos que lo apodaron, El Soñador.

Laiya se disponía a narrar lo sucedido pero un par de profesores la interrumpieron abriendo la puerta de la sala de par en par. Venían con los dos jóvenes recién llegados.

La chica hizo una mueca al ver que su protagonismo estaba peligrando.

Vein alzó la vista de forma instintiva y pudo ver a una chica con el pelo rojo y unos ojos dorados en los cuales se perdió por unos instantes. Era la más hermosa que había visto en su vida. Inconscientemente, la chica lo miró y al contemplar su triste mirada, le mostró una leve sonrisa. Sin que ellos lo supiesen, los hilos del Destino comenzaron a tejerse con una fuerza hasta ahora desconocida para ellos.

—Hebier, ¿qué está ocurriendo con la barrera protectora del colegio? —preguntó uno de los profesores adentrándose en la sala. —¿La gente puede entrar y salir evitando al Ojo?

—Es por Vadim —contestó Laiya — él la mantenía activa.

—Estos chicos han aparecido en la fuente de las Piedras Vaaricas. —Continuó diciendo el profesor que ignoró la explicación de la chica. —dicen que eran perseguidos, a juzgar por su descripción, por un grupo de Siervos.

—Así es. —Afirmó Reese. —Soy un Proyector y cuando iba hacia Osblem a llevar a mi amiga —El chico hizo un gesto con sus manos como si estuviese presentándola. —, unos seres como los que nos habían atacado en el lago vinieron a por nosotros, así que vi este sitio y me proyecté hacia aquí. Bueno, realmente no lo ví, alguien me lo mostró...

El niño hablaba muy deprisa. Los profesores guardaron silencio y se lanzaban miradas confusas.

—Muy joven para tanto poder. —dijo Hebier rompiendo el silencio que se había creado.

Reese se encogió de hombros.

—No deberías dar tanta información, chico. —informó Laiya —. Cuanto más conozca tu enemigo de tí, más fácil le será vencerte.

—Pero vosotros no sois enemigos. —contestó Reese—. Os veo cara de buenas personas. ¿A que sí Nadia?

La chica, que aún miraba a Vein, salió del trance en el que se encontraba y asintió sin saber realmente a qué estaba contestando.

—Hay que poner todo esto en orden. —dijo Hebier—. Aplacemos la reunión para mañana tras la ceremonia. Es muy tarde y necesitamos descansar.

Laiya iba a decir algo pero el profesor continuó hablando.

—Se suspenden las clases hasta nuevo aviso y por favor —El hombre miraba a los profesores — Os ruego que difundáis la noticia y que todos se enteren de lo ocurrido. La Escuela de los Tejedores está de luto.

La luz de un relámpago penetró en la sala seguida de un rugido ensordecedor. El sonido de la lluvia golpeando los cristales hizo desaparecer el rotundo silencio que se había creado en ella.

Los profesores abandonaron la habitación cabizbajos y absortos en sus pensamientos.

—Laiya, por favor, lleva a los invitados hasta sus habitaciones. Dale uno de nuestros uniformes y tratad todos de descansar. Mañana será un día muy largo. —rogó Hebier.

La chica asintió y los cuatro abandonaron la sala en silencio.

Hebier permaneció un rato sentado junto a la ventana oyendo el sonido de la lluvia.

—¿Qué voy a hacer ahora, director? —se preguntó sabiendo que no tendría respuesta.

El día amaneció lluvioso y cargado de nubes tormentosas. Con la ayuda de sus capas para resguardarse de la adversidad del clima, alumnos y profesores se habían reunido en el jardín trasero de la escuela. Un docente había hecho uso de su Don y tiñó todos los uniformes de color gris, símbolo de luto en la mayor parte del mundo conocido.

Hebier estaba junto a un precioso ataúd blanco que había creado una de las profesoras durante la noche.

Haciendo un esfuerzo por no llorar, el profesor lanzaba oraciones de agradecimiento por los años de dedicación a la escuela y un sin fin de buenas obras realizadas.

Tras finalizar, uno de los profesores creó una fosa donde depositaron el féretro. La profesora Mensil se acercó hasta ella y plantó una semilla que germinó al instante en un precioso almendro rosado, el árbol favorito del director.

—Gracias a todos por la asistencia. —dijo Hebier completamente empapado en agua —ahora cambiaros de ropa y acudid en una hora a la sala del pabellón central.

—¿Qué hacemos nosotros, Nadia? —preguntó Reese. —¿Nos vamos?

La chica buscó con la mirada a Vein y lo vio junto a la chica del pelo multicolor. Su mirada seguía reflejando una tristeza inmensa y Nadia quería conocer el motivo. Instintivamente quería ayudarle.

—Esperemos un poco, Reese. —contestó sin dejar de mirar a Vein. —Si dices que alguien te mostró el camino hacia aquí, es que debe existir un motivo.

Una hora después todos acudieron a la cita. En el salón principal se había colocado un gran número de sillas para la ocasión especial y los profesores tomaron asiento en una plataforma improvisada desde la cual tenían una visión general de la sala.

—Con el fin de establecer un plan y tratar de averiguar lo que ha pasado, Laiya nos contará lo ocurrido. —informó Hebier dándole permiso para hablar.

La chica se subió a la plataforma de los profesores y contempló a todos los alumnos que la miraban sin pestañear. Se sintió especial.

—Todo empezó con la llegada de este chico. —comenzó a decir señalando a Vein que estaba situado en primera fila.

Al oír su nombre, Nadia trató de localizarlo pero con tantas personas delante le fue imposible.

—A estas alturas todos sabemos quién es Valan y conocemos algo de su historia. Pues bien — La chica puso su típica pose de brazos en jarra. —Se proyectó hasta él y le pidió que me encontrase.

—Pero Laiya, Valan está desaparecido desde hace años. —indicó una profesora.

—No había desaparecido, profesora Elisa. Ha sido prisionero de Vadim todo este tiempo.

La profesora quiso decir algo más pero Hebier la detuvo.

—No vamos a dudar de Laiya. Demos por cierto todo lo que afirma y después trataremos de llegar a algo en claro.

—Gracias, profesor —continuó la chica—. Como decía, Casandra, Vadim, Vein y yo fuimos a la celda, oculta en la escuela mediante un hechizo de nuestro director y lugar donde Valan ha estado encerrado todo este tiempo.

La chica hizo una pausa para observar a los alumnos y continuó tras asegurarse que tenía toda la atención que necesitaba.

—Valan usó mi descomunal poder —esto último lo dijo subiendo el tono de su voz—, y aprovechó para romper el escudo protector de Vein. Al parecer, el chico es una llave que abre una puerta o algo parecido, pero su poder estaba bloqueado.

—Profesor Hebier...—decía otro profesor esperando que éste interviniera para frenar la historia de Laiya.

—Puedo demostrar que no me lo invento. —dijo la chica. —Valan me contó que lleváis cuatro años sin saber qué hacer conmigo y que me tenéis aquí prisionera. Me contó que Vadim envió a la profesora Pavonne para matar a mi madre...

La mayoría de los profesores desconocían esa historia y se sorprendieron, pero otros pudieron comprobar que la chica tenía razón. Ninguno de los profesores se atrevería a contar ese secreto a espaldas del director.

—No sigas por ese camino, Laiya —rogó Hebier—, hay cosas que desconoces. —Ahora —el profesor alzó la voz para ser escuchado por todos—, según Laiya, Valan se liberó de su prisión con la ayuda de la profesora Casandra Pavonne que, tras asesinar al director Vadim, huyó con nuestro enemigo.

—Así es —gritó la chica —pero os prometo que lo encontraré y vengaré a nuestro director.

Todos los alumnos la vitorearon y un murmullo general reinó en la sala.

—Por favor, escuchemos ahora a estos dos chicos recién llegados —pidió Hebier—. Cuando queráis podéis subir hasta aquí.

Nadia y Reese caminaron entre la multitud hasta llegar a la plataforma. Laiya se quedó cerca de ellos, para nada iba a perder el protagonismo que había adquirido.

Nadia echó un rápido vistazo y el peso de las miradas sobre ella la sobrepasó. Aunque estaba acostumbrada a hablar con la gente y solía tener don de palabra, la situación en la que se encontraba y estar ante tanta gente desconocida le impedía articular palabra.

—¿Todo bien? —preguntó Hebier.
—Si si —dijo aclarándose la voz—, comienzo enseguida.
—Puedo traer algo de agua si lo necesitas.
—Estoy bien de verdad, gracias.

Nadia buscó a Vein entre los presentes y comprobó que la observaba con detenimiento. La mirada la reconfortó y le dio fuerzas y seguridad para comenzar.

—Me llamo Nadia y soy de Osblem. —comenzó a decir—, me acompaña Reese quien, como ya os ha dicho, es un Proyector.

Ayudábamos a unos amigos a llegar a Sini...—La chica cortó sutilmente la palabra. —a otro lugar y al volver, unas criaturas deformes comenzaron a seguirnos a través de los túneles que Reese usaba en su proyección, así que nos dirigimos hasta aquí. Él no conocía la escuela en absoluto y afirma que alguien le mostró el camino.

—No creo que estéis aquí por azar —Hebier se levantó de su asiento—. Pienso que los siervos sabían exactamente hacia dónde os dirigían pero... ¿Por qué?

—¡Es la barrera! —exclamó un profesor— Si la barrera ha caído, la energía que desprende el colegio debe ser un manjar para los Centinelas y sus Siervos.

—Estamos en peligro, Hebier. —dijo otra profesora morena con la piel pálida y un tono preocupante.

—Ahora la que está perdida soy yo. —reprochó Laiya dirigiéndose a los profesores—, y creo que merezco una explicación.

El profesor Hebier se situó delante de los chicos.

—Veamos... —comenzó a decir mientras caminaba de un lado a otro—. Ya que estamos todos aquí reunidos, es un buen momento para contaros algo que considero importante. En el mundo existen unos seres cuyo origen es desconocido. Los llamamos Centinelas pues vigilan eternamente nuestros movimientos. Estas criaturas localizan los Dones de la gente y asesinan a los recipientes, las personas.

—Por eso nos perseguían, Nadia. —dijo Reese. —Olían nuestros rastros.

—Exacto —apuntó Hebier —, cuando un Centinela mata a un recipiente, lo convierte en Siervo. Criaturas con un físico similar al humano pero con facciones deformadas. Con el paso de los años, los Siervos eran cada vez más numerosos y comenzaron a hacer el trabajo de sus amos. —Hebier se volvió hacia los profesores—. Nuestro director creó la escuela para ayudar a todos los Tejedores del mundo a defenderse de esta amenaza y, por ello, creó una barrera protectora, para que no pudieran oler nuestra energía.

La mayoría de profesores desconocían esta historia pues Vadim jamás quiso sembrar el miedo bajo sus muros. Esta información era explicada al alumno antes de abandonar sus enseñanzas para que de esta forma, estuviese preparado para el mundo exterior.

—De ser cierto que te han dirigido aquí —dijo mirando a Reese—, debemos prepararnos para un ataque inminente. —Ahora el profesor se volvió hacia los alumnos.

—Todo el que quiera abandonar la escuela, puede hacerlo en estos momentos. Si su familia ha pagado para su ingreso, se le devolverá el importe íntegro.

Los alumnos se miraban entre ellos. Algunos, temerosos de ser tachados de cobardes, esperaban con paciencia el movimiento de otro para sumarse a la decisión.

—La reunión se da por finalizada —continuó informando—, volved a vuestras habitaciones y tened cuidado. Avisad de cualquier movimiento extraño que detectéis.

Todos los presentes, a excepción de los profesores y los cuatro chicos, abandonaron la sala central en silencio.

—¿Sabéis hacia dónde fue la profesora Pavonne? —preguntó a Laiya.

—Cuando quise darme cuenta ya se había ido, profesor. Tampoco puedo afirmar si huyó con Valan, de ser así, desconozco la ubicación.

—Id vosotros también a la sala común —indicó Hebier—, los profesores nos encargaremos del resto.

—Pero profesor...—protestó la chica.

—Os mantendremos informados, Laiya.

Ninguno de ellos habló durante el camino. Todos estaban centrados en sus pensamientos. Laiya les mostró la ubicación de la sala común donde los estudiantes solían reunirse. Los chicos se acomodaron y buscaron algo de comer.

—Yo voy a salir a caminar. —indicó Laiya—, la lluvia está amainando y necesito pensar un poco.

Nadia, Reese y Vein cogieron algo para almorzar en la cocina y tomaron asiento en una mesa alta de madera.

—Si nadie va a decir nada empezaré a hablar yo. —dijo Reese mirando a los dos— ¿De dónde eres Vein? Yo soy de Marantina, está al sur del mundo y siempre hace una calor insoportable o eso dicen, como yo puedo regular la temperatura...

—De Berelum. —contestó. —En Marantina hay unas playas preciosas, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Reese animado.

—Leí algo sobre ellas en un libro.

—¿Y por qué estás triste, Vein? Lo veo en tu mirada.

—¡No seas tan directo, Reese! —reprochó Nadia—. Hay gente a la que no le gusta...

—No pasa nada —contestó Vein sonriendo—, digamos que la vida no me ha tratado todo lo bien que debería.

—Pues tienes que enfocarla de otra manera. —indicó Nadia mirándole a los ojos.

Vein rehusó el contacto con su mirada tras sentir un calor inmenso en sus mejillas.

—¿A qué te refieres? —preguntó desviando la vista al plato de ensalada que había preparado.

—Si algo no tiene solución... ¿Para qué preocuparse? Y si la tiene, ¿para qué preocuparse?

—Es más complicado que eso. —indicó Vein—. Yo...bueno tienes razón. ¿Para qué darle vueltas? Voy a salir a tomar un poco el aire, hace un poco de calor aquí dentro y también necesito pensar un poco.

—Pues yo voy a mi habitación —informó Reese —, estoy agotado.

Nadia permaneció allí junto al fuego de la chimenea y se dejó hipnotizar por el baile de sus llamas.

Vein salió al jardín delantero. El contacto con la suave lluvia era reconfortante y el chico respiró hondo para absorber todo el aire fresco que pudo.

Bordeó la zona a través de un camino anexo a la pared del edificio hasta colocarse junto al balcón de la sala común.

Desde allí observó a Nadia durante unos instantes. Se había puesto el pelo hacia un lado y miraba al fuego fijamente.

Un llanto lo sacó de sus pensamientos. Era apenas un sollozo, pero en el silencio del exterior podía oírse claramente.

Persiguiendo el sonido, pudo ver a Laiya junto a una de las fuentes. Estaba sentada en el borde y su mirada parecía perdida en alguna historia pasada.

—¿Estás bien? —preguntó acercándose a ella.

—Sí —contestó secándose las lágrimas.

—A veces es bueno llorar. Te ayuda a vaciar la carga. Y también es bueno hablar...

La chica lo miró de reojo con sus ojos dorados. Tenía razón.

—Vino personalmente a por mí, ¿sabes? Recuerdo el día como si fuese ayer y hace casi cuatro años de aquello. Yo estaba sentada en el tejado de mi casa, me encantaban las vistas del lago desde allí. Vadim... —Laiya hizo una pausa—y Cassandra aparecieron de la nada en mi jardín para decirme que era especial y que si quería ir a estudiar a un lugar increíble. ¿Quién iba a decir que no a semejante oferta? —dijo llorando y riendo al mismo tiempo.

Vein sonrió.

—Mi padre murió cuando era niña. —continuó—. Crecí sin una figura paterna y mi madre se encargó de criarme. No me faltó de nada. Cuando llegué aquí, Vadim se preocupó por mí como el padre que nunca tuve. Me otorgó privilegios frente a otros alumnos y eso me hizo sentir superior. Nuestra relación fue aumentando día a día, me enseñaba cosas, me contaba historias sobre el mundo y su gente...

Laiya se levantó.

—¿Sabes? No me creo todo lo que dijo Valan. Vadim no pudo matar a mi madre.

—¿Por qué crees que no dijo nada en ese momento? Laiya, podría asegurar que le ví sonreír antes de desmayarme.

La chica lo miró fijamente.

—Vadim no era un asesino. Hay algo que se me escapa de todo esto. Si supiera dónde ha ido la profesora Pavonne...

—Ve a descansar. Si los profesores tienen razón, la escuela será atacada pronto y es necesario que estemos preparados.

Laiya asintió.

—Vein, ¿te has dado cuenta que la chica que llegó ayer no deja de mirarte? —dijo señalando con la mirada al balcón de la sala común.—. Llevo un rato observándola y no ha apartado la vista ni un momento.

Vein miró hacia el lugar indicado. La figura de Nadia podía verse en el pequeño balcón y había desviado la mirada hacia el cielo tratando de disimular.

—No quiero hacerle daño —dijo finalmente —ya he dañado a demasiadas personas en mi vida.

Una voz en el tiempo

Por fin tenía delante lo que tanto tiempo soñó con encontrar: respuestas. Edian estaba de pie junto al precipicio helado y parecía haber madurado mucho en muy poco tiempo.

A su lado, Hergel preparaba el equipo de descenso prestado por los Kerpas para la ocasión.

—Aquí están sus marcas —dijo el chico señalando la pared de hielo—, tuvieron que bajar por aquí.

Hergel echó un vistazo pero no dijo nada. Le tendió el equipo para que se lo colocase y comenzaron a descender por el acantilado. La bajada fue lenta pero sin complicaciones.

—Edian, quizá no encuentres todo lo que buscas. —dijo Hergel tratando de hacerle ver la realidad—. Tus padres pasaron hace años por aquí.

—Todo es cuestión de fe. —contestó recordando una conversación pasada.

Hergel sonrió satisfecho. Admiraba el cambio tan drástico de los últimos meses.

Tras llegar a suelo firme, las Ruinas Vaaricas se alzaban frente a ellos.

—¿Son increíbles no lo crees? —El hombre se encontraba fascinado.

El chico afirmó lentamente.

—Hay algo ahí. —indicó señalando un bulto que había junto a la puerta del templo.

Hergel reparó en un cuerpo semienterrado. El frío y la nieve lo habían conservado bastante bien.

Con el corazón en la mano, Edian corrió hacia él.

—Tranquilo, es un Kerpa. El precio por subir el cuerpo debía ser tan costoso para la aldea que optaron por dejarlo aquí.

Edian suspiró aliviado y se detuvo unos momentos para amontonar nieve junto al cadáver. Después, improvisó una tumba de hielo.

—Ayudó a mis padres. Es lo menos que merece.

La puerta del templo estaba abierta. La nieve se había acumulado en el umbral y ambos tuvieron que despejarla para pasar.

Todo estaba oscuro, Hergel encendió una antorcha y la luz les mostró un pasillo cubierto de arena que descendía suavemente. Todas las paredes estaban grabadas con símbolos Vaaricos.

—...y Pandeia creó esta sala para los cuatro... —leía Hergel lentamente iluminando los símbolos con su antorcha—. ¡Cuentan una historia! —decía emocionado—. Apenas conozco su lenguaje pero estoy seguro que esta fue la primera sala que se creó. Por eso es la más importante, Edian. Por eso trajeron a tus padres hasta aquí.

El chico suspiró y siguió avanzando.

El pasillo parecía interminable y se bifurcaban en muchos puntos. En numerosas ocasiones trataban de seguir las huellas encontradas en la arena para poder avanzar.

Edian se agachó para analizarlas y la emoción le hizo llorar. Eran de sus padres.

—Fíjate en el tamaño de éstas —indicó Hergel iluminando una zona—. Son desproporcionadamente grandes.

—Por su forma, deben ser las mismas criaturas que nos atacaron en el lago.

Al cabo de unos minutos que parecieron eternos, llegaron a una amplia sala circular cubierta de arena en cuyo centro había unas escaleras hasta un pequeño pedestal.

Edian cogió la antorcha casi arrancándola de las manos de Hergel y miró a su alrededor a gran velocidad esperando no encontrar lo que más temía. Pero la luz apenas cubría hasta la mitad de la habitación.

—¡Por los Cuatro! —exclamó el profesor recuperando su antorcha—. ¡Son sus tronos!

La silueta de cuatro estructuras similares podía distinguirse al fondo de la sala. Parecían eternos vigilantes en las sombras.

Hergel se adelantó para examinarlas pero al pasar cerca del pedestal, pisó algo que emitió un leve crujido.

—¿Cristales? —dijo observando esa parte del suelo que apenas cubría la arena.

Fue así como reparó en la pequeña estructura central de la sala. El pedestal estaba destruido, como si hubiese recibido un fuerte golpe. El cristal que años atrás debió formar parte de algún objeto importante, yacía ahora hecho pedazos por el suelo.

Edian se acercó hasta él.

—Aquí debió estar lo que buscaban. —dijo mientras estudiaba la estructura— ¿Dónde fuisteis después? —Esto último lo dijo en voz baja. Como un leve susurro.

—¡Edian! —gritó una voz alta y clara.

Era su madre.



Tras un largo descenso por múltiples pasillos casi idénticos y que parecían interminables, los arqueólogos llegaron a una sala abierta donde el aire se sentía más pesado.

El Kerpa colocó un objeto en el suelo que al activarse iluminó la sala por completo.

No era muy grande y tenía forma circular. Sus paredes y el techo estaban decorados con

símbolos vaaricos. La mayor parte de ella estaba cubierta de arena. En el centro tenía una estructura central elevada sobre unas escaleras donde descansaba desde hacía milenios su objetivo.

En el extremo opuesto a la entrada, había cuatro estructuras de Vaanita muy similares entre ellas.

—¡Son maravillosos! —exclamó el hombre acercándose a ellas — ¡Son sus tronos!

«He aquí Alteon el primero, aquel que planta la semilla.
He aquí Vaa, quien forma la geografía del mundo.
He aquí Veisil, quien dota al planeta de un plano mágico.
He aquí Pandeia el joven, quien otorga la vida.»

—Siento que no puedas entender lo que estoy leyendo. —gritó al Kerpa que observaba atentamente el pedestal.

—Cojamos el Cubo y salgamos de una vez, Jame. —indicó la mujer.

—Has perdido la ilusión, Clare. Este viaje no está siendo como esperaba.

—He perdido a mi hijo. —contestó.

El arqueólogo suspiro hondo. Después, se acercó hasta la mujer para acompañarla al centro de la sala donde descansaba el objeto sobre un pedestal acristalado.

—¿Qué dice el texto, Jame?

—«Calma al protector para abrirme o permanece aquí para siempre.» —leyó el hombre en voz alta como si fuese su idioma materno—. El protector es un Metalia.

—Lo sé, Jame.

La mujer tocó la esfera cristalina que protegía al cubo y en un extremo de la sala las arenas comenzaron a caer hasta un foso que se había quedado descubierto.

Una criatura de metal y apariencia humanoide surgió de él trepando como si fuese una araña. Tenía un gran ojo en el centro de su rostro y su mirada era fascinante y perturbadora al mismo tiempo.

La máquina sacó unas cuchillas de un hueco situado en sus manos y comenzó a girar de cintura para arriba mientras se acercaba al pedestal.

El Kerpa, que no entendía nada, se vió amenazado y saltó por los aires concentrando su energía que tomó forma de martillo gigante. El frágil cristal que retenía al cubo se rompió en cientos de pedazos que volaron como diminutas mariposas.

El Cubo cayó al suelo y rodando por las escaleras quedó hundido en la arena.

—¡No es así como había que hacerlo! —gritó Jame mientras recogía el objeto.

El Metalia se acercaba rápidamente a la mujer que instintivamente se subió sobre el pedestal.

De nuevo, el Kerpa enfocó su energía. Esta vez creó un escudo que colocó ante la arqueóloga para frenar temporalmente las cuchillas de la criatura que giraba sin parar.

—Trata de alejarlo. —decía Jame mientras le hacía señas con los brazos.

El Kerpa pareció entender y se fue alejando de la plataforma pero la máquina parecía estar centrada en el pedestal.

—Está programada para interactuar con el Cubo. —advertía la mujer.

—¡Maldito! ¡No debías romper el cristal! —gritó Jame encolerizado.

El Kerpa, al ver que la vida de la mujer corría peligro, convirtió su escudo en una maza gigante y asestó un golpe con todas sus fuerzas a la criatura, que salió rodando por el suelo. Después saltó sobre ella y comenzó a darle golpes hasta que sus fuerzas comenzaron a flaquear.

Jame aprovechó la ocasión y corrió hasta su mujer para lanzar el Cubo por los aires. Un haz de luz recorrió los grabados que había en el suelo hasta subir por el pedestal y elevarse por los aires. El objeto creó una esfera dorada que envolvió a los arqueólogos.

Una voz potente comenzó a hablar dentro de ella. Era una grabación a modo de monólogo.

—Alteon me ha dejado aquí. Quiere que encuentre a quien responda la llamada de nuestro hermano.

Silencio.

—Ya no sé dónde mirar. ¿Cuáles eran tus planes, hermano?

Silencio.

—Alteon, Veisil nos ha vuelto a engañar, los Centinelas no absorben los Dones, están asesinando a las personas. Si un Alzado, ellos los llaman Tejedores, usan sus Dones o hablan de nosotros, los Centinelas envían a sus Siervos para eliminarlos. Los humanos nos culpan. A nosotros, sus creadores.

Silencio.

La fuerza del Kerpa comenzó a decaer y el Metalia aprovechó para golpearlo con sus cuchillas. El hombre gritó de dolor y cayó al suelo sangrando.

—Vamos rápido. Sigue contándonos. —Suplicaba el arqueólogo.

—¿Por qué te has llevado las estrellas, hermano? ¿Hacia dónde mirarán buscando esperanzas?

Silencio.

—Lo siento, hermanos. Os oigo tras la puerta pero aún no sé cómo abrirla.

Silencio.

—Por fin he encontrado algo... Un Alzado ha eliminado a un Centinela...

El Metalia le cortó por múltiples partes pero pudo echarse a un lado antes de ser aniquilado.

La criatura se dirigió a la esfera creada por el Cubo y su contacto disolvió la grabación, lanzando el objeto por los aires que fue a parar cerca del moribundo Kerpa.

—¡Cógelo! —intentaba decir el arqueólogo haciendo gestos con las manos.

El hombre se levantó a duras penas y comprobó que la sangre emanaba de sus múltiples cortes. Miraba a su alrededor extrañado.

Centrado en la misión principal que le encargaron, recogió el cubo y abandonó la estancia. Los arqueólogos pudieron verlo perderse en la oscuridad.

—El mundo dejará de temerles. —dijo el arqueólogo.

El Metalia los había acorralado dentro de la esfera dorada. Ambos se abrazaron esperando el final pero la criatura se detuvo. La energía que lo hacía funcionar había desaparecido.

—Estamos atrapados, cariño. —dijo Jame.

La mujer ignoró el comentario. Tenía los ojos abiertos de par en par como si hubiese visto un fantasma. Quizá fuese uno y ella ya estuviese muerta.

—¡Edian! —gritó desesperada.

Su hijo, ahora más mayor estaba junto a Hergel. Ambos exploraban el pedestal que el Kerpa había destruido.

—4 Un toque de oscuridad—

«Habla este cuento sobre el contenido de un Cubo Vaarico encontrado en unas Ruinas situadas cerca del reino de Baam. Lo que narra pone la piel de gallina al más poderoso guerrero. Cuídate de no leerlo en las sombras...

—Y ahora que la noche os abraza con una oscuridad casi perpetua, es hora de darle una pizca de emoción a vuestro aburrido mundo.

He pensando en poblar los bosques de criaturas hambrientas de sangre que ataquen a todo aquel que camine sin la protección de la luna. Eso me parece divertido, tendrán que estar atentos a las fases de la luna para elegir sus viajes.

Los ríos y los océanos serán habitados por criaturas gigantes que destrozarán sus embarcaciones si no andan con cuidado. Dejaré los lagos y pantanos a merced de las criaturas superiores, Hadas, Fatuos o Brujas. Tengo tantos seres donde elegir...

En las altas montañas, allí donde los humanos no se atreven a llegar, crearé a los Licántropos, los Gigantes y otros seres que bajarán a los pueblos cercanos buscando víctimas que devorar...si, creo que con esto puedo comenzar el juego.

Lo siento hermano, te culparán de mis actos pero debes de entender que yo tampoco estoy de acuerdo con lo que dice el Primero...»

La página volvía a estar destrozada. Alguien estaba tratando de ocultar la información.

El calor de la batalla

Nadia miraba el cielo desde el pequeño balcón de la sala común. A su lado, un par de estudiantes debatían sobre un libro de Lectura mental. Un tercero apareció con otro mientras exclamaba que tenía razón y que ahí estaba la prueba.

Pensaba en Edian y Hergel, ya había pasado más de un día desde que se despidieron y el hecho de que no fuesen Tejedores la tenía preocupada.

Recordó lo último que el chico le dijo antes de partir hacia Sinista y se sintió mal por no haber sabido responder. Sintió haber creado esperanzas en él.

—Estás exagerando, Nadia —pensó—Edian solo dijo que iría a buscarte. Eso no era una declaración de amor.

Desde su ubicación observaba a Vein charlando con Laiya y algo en su pecho la oprimió. Era un diminuto sentimiento, una pequeña llama que parecía estar avivando algo en su interior.

El chico desvió la mirada hacia ella y avergonzada, disimuló mirando las nubes del cielo durante unos instantes.

Unos gritos procedentes de la sala común la hicieron volver en sí.

—¡Ya vienen Nadia, ya vienen! —gritaba Reese desesperado entrando en el pequeño balcón.

—¿Qué? No te entiendo, qué quieres decir.

Los chicos que estaban debatiendo sobre lectura mental zanjaron el tema y se pusieron alerta.

Laiya y Vein, que oyeron los gritos, se acercaron corriendo hasta el balcón y un grupo de alumnos que estaba en la sala común salieron también al exterior.

—¡Los Siervos! —gritaba Reese casi sin poder hablar— ¡Y hay otras cosas más grandes con ellos! ¡Dan bastante miedo!

—Calma, Reese, ¿dónde los has visto? —preguntó Laiya.

—¡Avisad a los profesores! —decía el niño una y otra vez.

—Patrel, Rema, id a a la sala de profesores. —ordenó Laiya a dos de las estudiantes. —Blis, tu ve a la Torre de Defensa, Hebier tiene su despacho allí, pídele que reúna a todos los profesores. Nos encontraremos en el patio principal junto a la fuente de las ballenas, esta sala se nos queda pequeña.

Los tres alumnos salieron corriendo y unos minutos después la mayoría de los profesores aparecieron en el patio principal donde los chicos se habían instalado como si de un campamento se tratase.

—Cuéntanos todo, Reese. —pidió Hebier una vez localizó al chico entre los presentes.

—Estaba almorzando con Nadia y Vein y me entró sueño. —comenzó a narrar—. Fui a descansar a la habitación y mientras estaba tumbado en la cama se me ocurrió algo. Ahora que he aprendido a controlar mi Don quise ir a explicar a mis padres dónde estaba. La idea era hacerlo lo más rápido posible. Solo quería informarles. —Reese hizo una pequeña pausa para respirar—. Cuando activé el portal para proyectarme, ví a los Siervos frente a mi. Había miles de ellos junto a unas criaturas con máscaras aterradoras.

—Centinelas. —murmuró Hebier.

—Me han visto. Lo siento, todo es culpa mía.

—No estamos preparados para un ataque. —dijo una profesora que escuchaba la conversación.

Hebier respiró profundamente.

—Lo haremos lo mejor que podamos, profesora Mary. —dijo sujetándola del hombro tratando de darle confianza.

Hebier se volvió hacia los alumnos presentes.

—No obstante, y vuelvo a repetir, el que lo desee puede abandonar la escuela. Nadie está en obligación de luchar.

Un viento fuerte sopló de repente arrastrando hojas y empujando a los árboles que se inclinaban hasta alcanzar sus límites. Algunos alumnos tuvieron que hacer un esfuerzo para no caer al suelo.

Hebier miraba a su alrededor tratando de encontrar una explicación a lo que estaba ocurriendo.

—¡En el cielo, profesor! —gritó uno de los alumnos.

Hebier alzó la vista y pudo ver como se resquebrajaba cual cristal en una maraña de grietas que se extendían hasta el horizonte. El sonido retumbó en todo el colegio.

A través de los cortes, podía verse la luz esmeralda de un mundo diferente.

—¡Por Los Cuatro Vaaros! —exclamó el profesor.

Cientos de Siervos comenzaron a caer en posiciones grotescas estampándose contra el suelo para reincorporarse como si el golpe no les hubiese afectado.

—Estamos perdidos. —murmuró la profesora Mary.

Un alboroto seguido de una horda de alumnos salió del edificio donde se ubicaban las habitaciones. Todos gritaban dispuestos a luchar con todas sus fuerzas.

—Si Vadim pudiese verlos...—pensó Hebier orgulloso.

El profesor se acercó hasta Laiya.

—Quiero que desates todo tu poder. —le ordenó mirándola a los ojos.

La joven asintió con una gran sonrisa y cargando sus puños con la nueva energía recién otorgada, salió a correr hacia un grupo de Siervos que había junto a una de las fuentes. Vein fue tras ella y los demás se unieron también.

La chica lanzó un pulso de sus manos que lanzó por los aires a unos cuantos Siervos que desaparecieron al instante. Dando puñetazos y patadas cargados de energía, se liberó de unos cuantos más que caían al suelo retorciéndose de dolor. A cada golpe, un chorro de chispas anaranjadas salía disparado iluminando todo a su alrededor. Era espectacular verla luchar.

Una de las criaturas fue a por Vein y lo consiguió apresar impidiéndole realizar cualquier movimiento. Otra fue a golpearle a la cara pero Nadia lanzó un pulso que lo lanzó por los aires y lo estampó contra un caballo de piedra que había en una de las fuentes.

Laiya consiguió llegar hasta la criatura que tenía preso al chico y lo derribó de un gancho. El ser se elevó por el aire y cayó en la hierba con un golpe seco.

—¿Qué ocurre, Vein? —preguntó Laiya.

—Parece que mi poder... ya no está. —contestaba Vein observando sus manos.

—Déjame comprobarlo...

Laiya trató de golpear al chico con todas sus fuerzas. De haberlo alcanzado le habría partido el cráneo en el acto pero unos hilos oscuros surgieron de su cuerpo para rodear el brazo de la chica inmovilizándola por completo.

—Está claro que sí lo tienes. Pero quizá no sepas controlarlo realmente.

—Vein, ¡ahora estamos en peligro! —advirtió Reese que se estaba acercando a ellos — ¡Concéntrate!

Otro Siervo que oía la conversación saltó para atacar a Vein y esta vez, Laiya dejó que le golpeará. Los hilos oscuros no salieron y cayó al suelo rodando. Tenía el rostro cubierto de sangre.

Nadia fue corriendo hasta él para sujetarle.

—Laiya, ven aquí. —se oyó decir a Hebier—. Te necesitamos.

La chica miró a Vein confusa.

—Nadia cuida de él, voy con los profesores.

La chica asintió y saltó para ir hasta su ubicación.

—Gracias. —dijo Vein sonriendo.

Nadia emitió un pulso que sanó la herida de su rostro. El Siervo, que observaba la escena, salió volando para atacarles pero Reese apareció tras él y le dió una patada en la cabeza que lo clavó en el suelo.

—Intenta hacer algo, no quiero perderte ahora que te he encontrado. —Nadia no supo de

dónde saco el valor para decirle esas palabras.

Vein la miró triste.

—Lo siento, no puedo hacerlo.

—Reese, por favor, llévalo a un lugar más seguro. —rogó la chica.

El chico obedeció y desapareció junto a Vein en un abrir y cerrar de ojos. Después volvió para sumarse de nuevo a la batalla.

Hebier ordenó a uno de los profesores que levantase una barrera protectora para frenar los ataques de los Siervos y desde su interior, una profesora había creado un arco de energía con el que disparaba flechas a las criaturas que caían por doquier.

Laiya seguía repartiendo puñetazos y patadas cargados de rebosante energía a todo aquel que conseguía adentrarse en la barrera.

Vein observaba la escena desde la lejanía. Estaba fascinado al ver a cientos de alumnos usando sus Dones para librar a la escuela del ataque, pero se sentía mal por no poder ayudar.

Algo se movió tras él entre los arbustos. Vein se asomó lentamente para ver de qué se trataba y encontró a un alumno pequeño escondido. Tendría unos seis años y temblaba de pies a cabeza.

—No tengas miedo. —le dijo—. Yo estoy aquí para protegerte.

El niño asintió y se acercó hasta él pero otro sonido llegó de la copa de un árbol asustando a Vein.

—¡Cuidado, colócate detrás de mí! —le ordenó.

Otro chico bajó del árbol y se acercó hasta ellos. Vein comprobó que se trataba del mismo niño que tenía tras él.

Poco a poco, fueron llegando cinco copias más del pequeño que estaban escondidas en diferentes lugares.

Vein rió en voz alta.

—¡Tienes un Don excepcional! ¿Cuál de vosotros es el verdadero?

Uno de ellos levantó la mano.

—Elimina tus copias, cuanto menos te huelan, más fácil te será evitarlos.

El chico obedeció y eliminó todas sus imitaciones.

—¿Quién te ha traído aquí? —preguntó Vein.

—Ha sido el chico de Marantina, el que apareció ayer en la escuela. ¿A qué es un héroe?

—Sí que lo es. —respondió observando la batalla—. Quédate por aquí, ¿de acuerdo?

—¿Dónde vas?

—No puedo estar aquí de brazos cruzados. Tengo que hacer algo...

La batalla se alargaba más de lo esperado y tanto alumnos como profesores estaban exhaustos.

Gracias a dos gemelos que habían creado con sus Dones un agujero negro que absorbía Siervos a una velocidad increíble, el número de estos era cada vez menor, pero del cielo aparecían constantemente nuevas hordas que atacaban con todas sus fuerzas.

Un sonido metálico resonó en toda la bóveda celeste y casi por instinto, los Siervos se arrodillaron al unísono.

Los alumnos quedaron desconcertados tratando de averiguar qué estaba ocurriendo.

Diez figuras aparecieron por una de las grietas que se habían abierto en el cielo y bajaron lentamente hasta alcanzar el suelo.

Llevaban una armadura similar adherida a sus cuerpos gaseosos. El metal con el que se habían forjado estaba oxidado por el paso de los años. Todos llevaban una lanza en su mano y una máscara que les protegía el rostro.

—¡Centinelas! —gritó Hebier tan fuerte como pudo.

La batalla continuó y los alumnos continuaron luchando sin cesar. Era fantástico verlos coordinar sus Dones para hacer frente al enemigo.

Uno de ellos había creado discos de energías que rebotaban en los Siervos para inmovilizarlos y otra, se hacía invisible y daba golpes a las criaturas que no podían hacer nada para evitarlo.

Pero otros eran alcanzados por los Siervos y caían inconscientes al suelo.

Los Centinelas golpearon la tierra al unísono con sus lanzas y emitieron un pulso de energía inmensa que abarcó toda la escuela.

Una de las torres se partió por la mitad y se derrumbó provocando un estruendo ensordecedor.

—Han derribado la Torre de Sanación. —murmuró Hebier incrédulo.

Los Siervos volvieron a arrodillarse pues una voz profunda resonó en el aire.

—Buscamos a nuestro hermano—gritó uno de los Centinelas.

Laiya la reconoció al instante.

—No sabemos de qué habláis. —contestó Hebier.

—Podemos oler su energía. —dijo otra de las criaturas cuya voz era exactamente la misma.

Un rayo de energía azulada salió disparado hasta uno de los Centinelas que pudo detenerlo fácilmente con una mano.

Un alumno nervioso, había lanzado un pulso de energía y ahora temblaba de pies a cabeza.

El Centinela se desplazó hasta él a una velocidad sorprendente y lo golpeó con su lanza. Todos pudieron ver cómo el espíritu Tejedor del alumno abandonaba su cuerpo y se elevaba sobre su carne que caía inconsciente al suelo. Uno de los Siervos se dirigió hasta él y absorbió el alma hacia el interior de su cuerpo.

Laiya gritó de rabia y se lanzó a por el Centinela para golpearle en el costado con todas sus

fuerzas. La criatura chilló de dolor y se giró para contraatacar pero Laiya consiguió bloquear el ataque. La chica volvió a arremeter y consiguió arrebatarle la lanza de una patada en el brazo.

A través del hueco ocular de la máscara, podía verse la mirada de fascinación de la criatura.

Otro Centinela se unió al combate, Laiya conseguía evitar sus ataques pero cada vez estaba más cansada.

Vein llegó corriendo y se colocó cerca del profesor Hebier, pero el chico cayó al suelo y permaneció unos instantes boca abajo pues algo en su interior se removía causándole un dolor insoportable.

Los Centinelas se volvieron hacia él y por unos momentos quedaron paralizados, sin saber cómo reaccionar.

Profesores y alumnos aprovecharon para volver a la batalla y arremeter contra los Siervos que aún estaban arrodillados escuchando a sus creadores.

Uno de los Centinelas reaccionó disparando pulsos con su lanza que multiplicaba a los Siervos que tocaba.

El número de profesores y alumnos disminuía por momentos.

—Estamos perdidos. —murmuró una profesora mientras trataba de eliminar el mayor número de criaturas que podía con su látigo de energía.

Una lanza golpeó a Laiya en el costado y la hizo caer al suelo de rodillas. El otro Centinela fue a dar un golpe de gracia pero un pulso de energía llegó para sanar las heridas de la chica que se incorporó de inmediato para asestar un golpe en la cabeza a una de las criaturas.

—¡Gracias, Nadia!

Durante un rato estuvieron haciendo frente a los dos, Laiya atacaba asestando puñetazos y patadas mientras recibía pulsos de sanación.

Eran un equipo perfecto pero otro Centinela se sumó a la lucha y lanzó a Laiya por los aires a una velocidad asombrosa. La chica se envolvió en una esfera anaranjada y se estrelló contra la cúpula del edificio central que cayó desplomada en un montón de pequeños cristales.

Otro de los Centinelas, uno cuya máscara recordaba a un pájaro extraño, apresó a Nadia y la mantuvo suspendida en el aire con unos brazos fantasmagóricos.

—Profesor Efran, lanza tus cuchillas hacia el brazo. —ordenó Hebier.

El hombre usó su Don pero la energía se detenía antes de alcanzar al Centinela.

—Es aquél de allí. —gritó Reese. —¡Ha levantado una barrera protectora!

El chico intentó proyectarse pero no pudo traspasarla.

—Así que puedes sanar las heridas. —decía el Centinela estudiando a la chica. —Nuestro amo otorga auténticas maravillas.

—¿Vuestro amo? —preguntó Nadia pensando que recibiría una respuesta.

El Centinela ignoró la pregunta y le golpeó con su lanza. La chica gritaba de dolor.

—¡Déjala! —exclamó Vein incorporándose lentamente.

Un Centinela se elevó por el aire hasta situarse sobre el campo de batalla. Comenzó a hablar y su voz resonó en todos los rincones de la escuela.

—Hermano, sabemos que estás aquí y hemos venido a salvarte. Si en un minuto no apareces, eliminaremos este lugar para liberarte.

Hebier lo miró atónito y el miedo lo paralizó de pies a cabeza.

El Centinela creó una esfera en su mano que iba aumentando su tamaño progresivamente. La luz que emitía comenzó a bañar la escuela de un verde crepuscular y fantasmagórico.

Los alumnos que se detuvieron a observar fueron golpeados por los Siervos que aprovecharon el descuido.

Una luz anaranjada surgió del edificio principal y se elevó hasta el cielo. Laiya apareció corriendo a una velocidad desmesurada mientras derribaba Siervos envuelta en su esfera protectora y se apostó junto a los profesores.

—Dejad que lance la esfera. —ordenó.

—Laiya, ¿qué pretendes?

Hebier estaba confuso.

—Confíe en mí profesor, tengo un plan...y espero que funcione.

—Tres, dos, uno...—decía el Centinela que había estado contando cada uno de los segundos.

La criatura cumplió su promesa y lanzó la esfera que descendía rápidamente hacia la escuela irradiando una energía devastadora.

—¡Vein! —gritó Laiya— ¡Ve hasta la esfera y déjate golpear!

—¿Qué? —El chico estaba confuso. —¿Cómo voy a hacer eso?

—¡No hay tiempo, rápido!

—Pero, no puedo llegar hasta allí tan...

Reese apareció de la nada y asió a Vein de los brazos para proyectarlo bajo la esfera.

—Lo siento. —dijo mientras lo dejaba allí solo a merced de la devastadora energía.

—No te preocupes. —le contestó sonriendo — Por fin podré ser un héroe.

Reese le devolvió la sonrisa y asintió.

Vein abrió los ojos de par en par. Estaba aterrado. La esfera cayó sobre ellos y una luz dorada inundó la escuela durante unos segundos.

La tierra tembló.

Todos fueron absorbidos hacia el lugar dónde había caído la esfera con una fuerza sobrecogedora y después, salieron despedidos hacia atrás golpeándose con árboles, rocas y todo cuanto había en el patio principal.

Las cuatro torres restantes no aguantaron la fuerza de la onda expansiva y se derrumbaron creando una nube de polvo que bloqueó parcialmente la visión en toda la zona.

Alumnos y profesores trataban de incorporarse para ver qué estaba ocurriendo. La nube de polvo tardó un poco en comenzar a desaparecer.

Cubriéndose con el brazo, Hebier observó atónito lo que tenía delante y sus ojos quisieron salirse de sus órbitas.

—Por los Vaaros —murmuró— ¿Qué has hecho, Laiya?

Vein estaba flotando en mitad del campo de batalla envuelto en una telaraña compuesta por miles de hilos oscuros que habían emanado de él para ensartar a cada uno de los enemigos presente. Algunos alumnos también habían sido alcanzados por ellos y yacían inconscientes. El espectáculo era aterrador.

No había rastro de Reese por ningún lado.

Los Centinelas también habían sido atacados y tenían su cuerpo perforado por decenas de hilos oscuros. Estaban sorprendidos por lo ocurrido, jamás en su milenios de existencia habían observado algo parecido.

Laiya contemplaba la escena atónita, no esperó jamás ese resultado. Cuánto poder emanaba del chico.

Los hilos volvieron al interior de Vein y todos los Siervos cayeron al suelo inertes. El chico se desplomó en el suelo exhausto.

Los Centinelas se agruparon para debatir.

—¿Qué es él? —preguntó uno de ellos que tenía la máscara con forma de pez.

—Es la esperanza. —dijo Nadia incorporándose.

Uno de los Centinelas caminó hasta Vein y lo levantó con su brazo fantasmagórico. Fue a asestar un golpe pero uno de los hilos consiguió detener la lanza. Durante unos instantes, la criatura trató de alcanzarle inútilmente.

—Algo lo protege. —dijo Hebier.

—Lo controla. —corrigió Laiya.

Uno de los Centinelas levantó la cabeza para olfatear el aire y acto seguido los demás hicieron lo mismo.

De los escombros del edificio central emergió una figura. Caminaba despacio e iba tambaleándose. La sangre emanaba de él por múltiples heridas.

Profesores y alumnos observaron perplejos. Algunos de ellos con miedo, pues era Valan quién se acercaba.

—Laiya, yo...—dijo la profesora Elisa.

—No se preocupe profesora, era normal que no me creyese. —contestó la chica aceptando la disculpa.

Laiya comenzó a gritar para que los profesores la oyesen. Algunos de ellos ya se habían agrupado tras la explosión y permanecían quietos observando la escena.

—¡Buscan a Valan! —tiene un Centinela en su interior.

Una mancha borrosa apareció sobre ellos en el cielo, más Siervos se unían a la batalla.

—Ya no puedo guiar más a la escuela. —dijo Hebier cabizbajo.

Un sonido llegó de no muy lejos e hizo temblar la tierra. Una nueva torre se alzó ante alumnos y profesores que la contemplaban asombrados.

—Es la sexta torre que viene a salvarnos. —gritó Laiya emocionada—. Profesor, mande a todos los supervivientes hacia ella, yo tengo que averiguar sus planes. —La chica se desplazó hasta Valan que seguía avanzando lentamente.

—¿Qué hacías aquí? —le preguntó.

—El chico nos ha hecho esto. Su Magia es poderosa. —informó la criatura de su interior—. Llévame lejos, Laiya. Si nos quedamos aquí los Centinelas nos matarán a todos. No se les puede vencer. —dijo Valan ahora con su voz.

—¿A qué te refieres?

—Las respuestas después, no tenemos tiempo.

Tres Centinelas se desplazaron hasta ellos para tratar de recuperar lo que habían perdido años atrás.

Hebier condujo a los alumnos hacia la torre mientras otros profesores trataban de evitar con sus proyectiles el ataque de los Siervos que trataban de darles alcance.

Cuando todos estaban dentro, una barrera dorada rodeó la torre por completo impidiendo que las criaturas pudiesen entrar.

Mientras alumnos y profesores trataban de acomodarse, Nadia dejó a Vein en el suelo y alzó la vista para buscar a Reese pero éste no aparecía por ninguna parte.

—Profesor, mi hermana ha caído en la batalla. —decía uno de los alumnos.

—Y mi hermano. —comentaba otro.

Todos los alumnos comenzaron a hablar a la vez y un murmullo incesante reinó en el lugar.

—Tranquilos. —dijo Hebier en voz alta. —Vadim jamás dejaría que os ocurriese nada. Cuando entrasteis a la escuela y tuvisteis la audiencia con él, aprovechó para hacer una copia de vosotros.

Los alumnos se miraron confusos.

—Si. Vuestro cuerpo real descansa en otro lugar fuertemente protegido.

Algunos alumnos comenzaron a llorar de felicidad al saber que recuperarían a sus seres queridos.

—Aunque sus vidas no corren peligro, sus Dones si han desaparecido. Cuando despierten serán humanos comunes.

—No os pongáis tristes. —gritó Nadia—. Estar vivo es mejor que cualquier Don que podamos recibir. Solo con nacer y poder sentir lo que nos rodea ya es suficiente para estar agradecidos. Ahora cuando volváis a abrazar a vuestros familiares, deberéis protegerlos con vuestros Dones y cuidar de ellos para siempre.

Todos los alumnos asentían emocionados.

En el exterior de la torre, Laiya luchaba contra todos los Centinelas a la vez. Valan observaba la destreza de la chica y sentía su fuerza vibrando en su cuerpo.

Era tan fácil usar su Don y arrebatar ese poder que estuvo tentado de hacerlo. Pero era arriesgado. Estaba demasiado cansado y adaptarse a un nuevo poder le llevaría un tiempo. Los Centinelas acabarían por detenerlo.

Las fuerzas de la chica comenzaban a flaquear. El esfuerzo que hacía para luchar con las diez criaturas a la vez era dantesco. Los Centinelas comenzaron a golpearla y Laiya cayó al suelo de rodillas.

Valan lanzó sus cadenas y consiguió apresar a todas las criaturas durante unos breves segundos.

—No sé qué hacer, Laiya. Estoy muy débil para luchar.

—Proyéctanos. No pienso morir aquí.

Las cadenas se rompieron y los Centinelas recuperaron el control de sus movimientos.

Uno de ellos, el que poseía la máscara con forma de ciervo, cogió su lanza para acabar con la vida de Valan pero éste y la chica habían desaparecido.

El Centinela gritó tan fuerte que su voz resonó en el firmamento.

El Hada del bosque

Desde el portal Vaarico situado en la cima de la montaña podía verse la incomparable belleza del reino.

Su ciudad fue construida sobre un árbol gigante que se expandía por todo el vasto desierto y cuyas ramas expulsaban enormes cataratas de arena que se disolvían en el aire.

Tenía su propio satélite que emitía una luz azulada creando un contraste entre el dorado y el azul de sus edificaciones que la hacían parecer una joya brillante en mitad del árido lugar.

Un puente situado en la rama más alta, conducía hasta la colosal Puerta de Arena que se divisaba desde cualquier punto del territorio.

Sus primeros habitantes la encontraron totalmente edificada. Estaba claro que sus colosales y puntiagudos edificios, junto con sus enormes puentes colgantes, no fueron diseñados para humanos.

Se cree que la ciudad fue edificada por un gesto de amor de un poderoso Tejedor hacia una mujer del reino. Tan fuerte era la Magia empleada que hoy en día seguía siendo imposible modificar ni un solo centímetro de la ciudad.

Con el tiempo, sus ciudadanos fueron acostumbrándose a vivir sobre el nivel del suelo y rara vez bajaban a tierra firme.

Laiya y Reese aterrizaron sobre el portal vaarico situado en la cima de la montaña a gran velocidad provocando un estruendo que resonó en todo el lugar. Un grupo de pájaros salió volando de los árboles donde tenían sus nidos y echaron a volar al oscuro cielo custodiado siempre por la luna llena.

—¿Dónde está Valan? —preguntaba la chica mirando de un lado a otro.

—Espera Laiya, cálmate. Valan está en otro lugar. He tenido que dejarlo lejos de tí.

—¿Por qué, Reese? Ahora se escapará.

—Lo siento Laiya, solo he seguido instrucciones.

—¿De quién?

—No puedo decirlo, Laiya.

—¿Por qué hablas de esa forma? ¿Por qué no paras de repetir mi nombre?

—Estoy nervioso Laiya, no sé cómo actuar.

—¿Qué te ha ocurrido, qué pasó cuando la esfera cayó sobre el colegio?

El chico guardó silencio.

Maldiciendo, Laiya dio un puñetazo al suelo y creó un agujero con su energía.

—Creo que todo va a salir bien. —dijo Reese apoyando su mano en el hombro de la chica.

De pronto, un pulso de energía descomunal salió despedido del reino. Las cataratas lanzaron

grandes chorros de arena al cielo provocando una gigantesca nube de polvo que se elevó por los cielos.

—¿Dónde me has traído, Reese?

—Estamos en Lum.

—Si Valan te ha ordenado que nos traigas aquí es porque quiere algo de este reino...

La chica trataba de pensar a toda velocidad.

—¿La Puerta, Laiya! ¿Cómo no te diste cuenta antes? Por eso Valan me usó para liberar la energía de...

Laiya hizo una pausa antes de decir la siguiente frase.

—¡Vein es la llave que abre La Puerta de Lum!

Un escalofrío recorrió su cuerpo. La puerta era conocida por todos, ya que fue el lugar por donde los Vaaros dejaron este mundo sin explicación alguna.

—Reese, no tenías que haberte dejado llevar por Valan. Es un mentiroso que juega con las personas.

—Laiya no...yo no...

—Lo siento. —dijo la chica—. Tengo que ir a por él antes de que sea demasiado tarde. Ahora está débil y debe pagar por la muerte de Vadim.

Laiya asestó un golpe a Reese en la nuca y este cayó al suelo desmayado.

Reese despertó medio atontado. Era noche cerrada y estaba totalmente solo en la montaña. Echó un rápido vistazo a su alrededor, todo seguía en orden y no había rastro de Laiya.

Al fondo, el reino de Lum emitía una luz azulada que inundaba todo el desierto. Reese permaneció unos minutos contemplando las cataratas de arena maravillado. Eran hipnotizantes. Cada pocos segundos, un pulso salía de la ciudad moviendo su arena que se esparcía al desierto.

«No he visto nunca nada tan hermoso.» —dijo mentalmente.

—¿Verdad que lo es? —se oyó una voz femenina tras él—. Ahora está más viva que nunca. ¿Puedes oír la llamada?

El chico se incorporó sobresaltado. Una mujer morena con el cabello largo estaba apoyada en un árbol. Iba descalza y llevaba una túnica azul sujeta por un cinto. Reese apenas podía verla pues la luz de la luna apenas se filtraba entre los árboles.

—¿Quién eres?

—¿Qué ves?

El chico no comprendió.

—Eres un Hada —acabó diciendo—, mi madre dice que las hadas siempre están en los bosques.

—Pero no estamos en un bosque. —indicó la mujer.—. Apenas hay veinte árboles aquí. —dijo sonriendo.

Reese se encogió de hombros.

—Pero sí lo eres, tienes cara de Hada.

—Pues que así sea. —La mujer volvió a sonreír.

—¿Qué está provocando esos golpes? —preguntó Reese confuso.

—Allí en el reino todos dicen que es La Puerta pero quién sabe...A veces hay que enfocar desde otro punto de vista diferente.

La mujer dio un salto y levitó para acercarse más al chico. Reese pudo notar la calidez de su mirada. Era realmente bella.

—Debo irme. —dijo el chico—. Tengo que acabar lo que me han encomendado.

La mujer asintió mirándole y el chico desapareció en una abrir y cerrar de ojos.



Hebier salió al exterior de la torre para comprobar la situación. Siervos y Centinelas habían desaparecido dejando un paisaje desolador.

Desde su ubicación tenía una vista general del patio principal. La estructura principal de la escuela estaba dañada y ninguna de las torres había resistido a la esfera de energía lanzada por el Centinela.

Las bellas fuentes que había por todo el patio no eran más que un montón de escombros en un lodazal de barro.

Hebier permaneció unos minutos observando, se sentía mal por no haber podido defender su hogar.

En el interior, Nadia trataba desesperada de encontrar a Reese. Desde que lo conoció se prometió a sí misma devolverlo sano y salvo a su familia y no podía fracasar en su misión.

Vein se había despertado y observando a su alrededor supo donde se encontraban. La luna podía verse por el hueco que Laiya había destruido horas atrás.

—Me alegra saber que no estás herida. —dijo acercándose a Nadia.

—¿Vein, qué fue lo que ocurrió? ¿Qué fue lo que salió de tu cuerpo?

Una chica se acercó hasta ellos y pidió a Nadia que sanara sus heridas. La chica emitió un pulso y éstas se cerraron. Agradecida, volvió junto a los suyos alabando el Don de la chica.

—Eso, era yo. —contestó Vein—. Es un mecanismo de defensa que hay en mi interior. Algo que destruye todo lo que trata de hacerme daño. Aunque a veces también destroza lo que más quiero. —El chico bajó la mirada y adoptó su mirada triste de siempre.

—Si quieres puedes contarme lo que te ocurrió.

—Nunca he hablado del tema con nadie.

—No tienes por qué hacerlo. —dijo Nadia—. Solo pensé que podría ayudarte...A veces es

bueno liberar la carga.

Al oír la frase, el chico desvió la mirada hacia ella sonriendo.

—Ese día amaneció como otro cualquiera. —comenzó a narrar mientras se sentaba en el suelo y se apoyaba en una columna—. Fui a desayunar y mi madre me esperaba sonriente como siempre. A través de la ventana pude ver a mi padre cavando una fosa bastante profunda cerca de casa. Mi madre me dijo que llevaba varios días trabajando en ella pero yo no me había dado cuenta. Ella salió a echar una mano pues mi padre parecía cansado.

Nadia se sentó a su lado.

—Tras desayunar salí a ofrecer mi ayuda pero ellos como siempre la rechazaron. Decían que no era un trabajo apto para un niño de mi edad. Yo aún así insistí y me acerqué a la zona.

Comenzó a llover y con el agua, la tierra del cementerio se ablandaba bastante. Yo caminaba cerca del filo cuando el terreno se vino abajo y caí dentro del agujero.

Un brillo apareció en los ojos del chico y las lágrimas comenzaron a brotar de ellos. Nadia le cogió la mano y le miró a los ojos.

—Puedes hacerlo —le animó—, sigue hablando.

—Mi padre estaba sobre unas escaleras perfilando las paredes del agujero para que estuviesen perfectas y mi madre comenzó a gritarle para que bajase a por mí. Yo no resulté herido pues los hilos frenaron mi caída, pero ellos no lo sabían. Para mi madre, mi padre iba demasiado lento así que sin pensarlo dos veces se lanzó a por mí. El ser que llevo dentro pensó que quería atacarme y lanzó sus tentáculos hacia ella.

Mi madre quedó atrapada por ellos y gritaba de dolor, mi padre me miraba con miedo y yo no sabía cómo actuar. Pude ver su mirada, no estaba viendo a su hijo si no a un monstruo.

Con la herramienta que estaba usando, vino hacia mi para asestar un golpe y liberar a mi madre pero...

Vein comenzó a respirar más fuerte.

—No tienes que seguir...

—Nadia, yo...

—No fue tu culpa, Vein. Tu no podías controlarlo.

Un alumno se acercó hasta ellos.

—Yo vi como esa cosa te controlaba. Todos lo vimos. ¿Verdad chicos? —dijo en voz alta mirando a los otros alumnos.

Todos asintieron.

—Lo que te ocurrió fue algo horrible, Vein. —dijo Nadia levantándose—. Pero tienes que aceptar que no fue tu culpa. Ahora tienes que dominar lo que llevas dentro para que no vuelva a suceder.

Las palabras de la chica lo reconfortó como lo hace un baño de agua tibia en las ciudades heladas del norte. Tenía razón, tenía que cambiar, se lo debía a sus padres.

—Vein...

La chica interrumpió sus pensamientos.

—¿Viste a Reese?

—Lo siento Nadia, creo que...

La chica cayó de rodillas al suelo. Las lágrimas asomaron en sus ojos.

—¿Qué les diré a sus padres cuando los vea?

—Nadia. Reese fue un héroe. Se sacrificó por nosotros, gracias a él la mayoría de los alumnos siguen aquí.

La chica hundió la cabeza en el suelo. Había fracasado.

—¿De verdad pensáis que soy un héroe? —dijo Reese entrando por el hueco de la torre.

Nadia se incorporó y salió a correr para abrazarlo.

—¡Pensaba que habías muerto!

—¡Los héroes no mueren, Nadia! —bromeó.

La chica sonreía con los ojos bañados en lágrimas, pero ahora eran de felicidad.

—Vein. —dijo Reese adoptando un tono más serio—. Vengo a por tí.

El chico lo miró extrañado.

—Tienes que venir hasta Lum.

—¿Va todo bien, Reese? —preguntó Hebier.

—Todo controlado profesor. —contestó haciendo un gesto con el pulgar.

—Si él va yo voy con vosotros. —dijo Nadia.

—No sé si puedes Nadia. Él no me ha...

Nadia lo miró arqueando una ceja.

El chico se quedó pensando unos momentos. No contaba con esta opción y no sabía cómo actuar. Al final aceptó.

—Primero debéis descansar. —indicó Hebier—. Mañana partiréis al alba.

—Pero profesor...

—Tiene razón. —dijo Vein—. Nos vendrá bien a todos.

—5 Cegado—

«Habla este cuento sobre un hombre, que, como tantos otros, se enamoró de una mujer, pero su amor fue imposible.

Trabajaba en un taller donde creaba preciosos objetos de madera que, con la ayuda de su Don, cobraban vida y servían para diferentes funciones. Dicen que un día llegó incluso a fabricar una carroza ambulante que conducía sin la ayuda animal. Era fantástica.»

El chico levantó la vista durante unos instantes confuso y sorprendido, después, continuó leyendo con una leve sonrisa en sus labios.

«El hombre era querido en la ciudad y reconocido prácticamente en todo el mundo, pero eso a él no le importaba, solo quería finalizar su trabajo y acudir al lago junto a ella, como cada noche desde hacía semanas.

Ella no siempre aparecía, de hecho y que él recordara, sólo pudo verla unas pocas veces, pero no necesitó más para saber que era el amor de su vida.

Caminaba sonriente por el sendero que dividía el Bosque de Cristal en dos mitades idénticas. Su mente estaba poblada por los mismos pensamientos que le llevaba obsesionando durante semanas: el bello rostro de la mujer morena.

Era una noche despejada y la luna llena brillaba con fuerzas en el firmamento derrochando su energía vaporosa por la magnífica bóveda celeste. Una corriente de aire fresco llegó suavemente sofocando el asfixiante calor del verano.

El hombre llegó a la enorme estructura que semanas antes había descubierto por casualidad. Una torre situada en mitad de la nada cuyas dimensiones eran desproporcionadas.

Parecía que hubiese sido tallada a mano, pues se notaban los golpes de martillo en sus paredes. Era de piedra oscura y no poseía otro material en su construcción.

Comenzó a subir los peldaños que ascendían por una escalera exterior hasta las copas de los árboles. En algunos tramos, el suelo estaba destrozado y dejaba ver profundos socavones que, de no tener cuidado, le harían perder la vida en un instante.

Llegó a la cima de la estructura y permaneció unos instantes observando la belleza del bosque que, a esa altura, era simplemente hipnotizante.

La luna incidía sobre las últimas ramas de los árboles que reflejaban su luz pálida y blanquecina dándole una apariencia cristalina. Era maravilloso y se sentía afortunado de poder observar tanta belleza.

La naturaleza salvaje había invadido la torre, sus paredes y suelos se habían cubierto de enredaderas. Las plantas e incluso todos los árboles parecían inclinarse hacia el centro, donde un lago de aguas cristalinas reposaba sereno.

Se quitó sus zapatos y los dejó con cuidado junto a un árbol. Se remangó los pantalones hasta las rodillas y se adentró lentamente en el agua. El contraste con la temperatura exterior era placentero y durante unos minutos permaneció quieto mientras esperaba.

—Has vuelto. —dijo una voz hermosa.

Trataba desesperado de buscar a la joven pero ésta no aparecía por ningún lado.

—Estoy junto a ti pero no puedes verme, no tengo suficiente energía para mostrarme.

—¿De dónde puedo obtener energía para tí? —preguntó el hombre—. Haré lo que sea por volverte a ver.

Una leve sonrisa se oyó en el aire. Parecía una burla pero el espejismo del amor le hizo ignorarla para hacerle escuchar lo que él quería.

—Hay una forma. —indicó la mujer con calma. —Pero conlleva un sacrificio.

—Haré lo que sea.

La risa volvió a resonar en el aire y el eco la elevó hacia el cielo donde resonó tétrica.

—¿Ves la energía que fluye de ella? —dijo señalando a la enorme esfera pálida que había sobre ellos. —¿Te has preguntado alguna vez qué es ese aura blanquecino que desprende?

El hombre desvió la mirada hacia el cielo. La luna parecía devolverle la mirada desde la lejanía.

—Es la energía desprendida de las personas al morir. —Su voz sonó lejos, como si se hubiese elevado sobre la torre—. Esperan un nuevo ciclo y un recipiente nuevo al que pertenecer...Yo estoy conectada a ella y ahora es débil. Por eso no puedes verme.

—No entiendo nada. —confesó el hombre.

—Necesitamos más energía, tu energía...

—Pero...si entrego mi energía moriré, ¿no es cierto? —preguntó confuso.

—...pero podrás verme por unos segundos. Justo antes del fin...¿No es eso lo que deseas?

El hombre quedó tan frío como las aguas donde se encontraba. Durante unos segundos pensó la respuesta, pero ya había sido envenenado por la fuerza del amor.

—Acepto —dijo arrodillándose en el agua—. Pero antes necesito saber algo.

La mujer no dijo nada.

—¿Qué eres exactamente?»

—¡No me lo puedo creer! —exclamó observando el trozo de página arrancado.

—¿Qué ocurre, Vein? —preguntó Nadia medio dormida y tratando de no despertar a los demás alumnos.

—Nada nada, lo siento, no quería despertarte.

—No pasa nada. —dijo casi vencida por el sueño.

—Me da rabia, ¿cómo puede alguien romper un libro?

Nadie respondió, la chica se había quedado dormida.

Choque de titanes

Agotada, Laiya llegó al pie de la montaña donde Reese la había proyectado. Necesitaba recuperar algo de fuerzas aunque con ese tiempo diese ventaja a Valan. Observando la luna llena que se alzaba en el cielo, dedicó unos momentos a pensar en Reese.

Se culpó por haber dejado al chico solo en la cima de la montaña a merced de cualquier criatura. Siempre justificaba sus fines sin pensar en los demás. Quizá tendría que comenzar a empatizar...

Se quedó dormida.

La luz de sol iluminó su rostro llevando con ella una calor insoportable.

Laiya se incorporó y cubriéndose de la cegadora luz, trató de observar a su alrededor para ubicarse. Ante ella, se extendía el gran desierto de Lum salpicado de montañas rocosas, dunas y escasa vegetación.

La chica echó a andar hacia el gigantesco árbol que tenía delante.

Unas horas más tarde, se cruzó con varios grupos de soldados que patrullaban la zona.

Sus armaduras doradas y azules brillaban con fuerzas bajo la luz del sol.

—¿Eres de fuera? —preguntó uno de ellos.

—Si, vengo a ver la ciudad. Todo el mundo habla de su belleza allí donde vivo y quería verlo con mis propios ojos. —contestó la chica con toda la naturalidad que pudo fingir.

—Uno de mis soldados te acompañará. Hay perros de arena merodeando por aquí y podrían devorarte si te ataca una manada de ellos.

—Creo que no hará falta, general. Puedo valer...

—No hay discusión.

El general hizo un gesto y una mujer soldado se acercó hasta ella. Tenía el pelo castaño con un flequillo que le cubría un ojo y su nariz era algo más grande de lo normal. Su armadura era una mezcla de placas y tela y por arma llevaba un bastón. Era una maga de la corte.

La soldado golpeó el suelo con su arma y una esfera surgió para rodearlas. Después, las dos caminaron hacia el árbol que cada vez estaba más próximo.

Unos gruñidos alertaron a la soldado que sacó el bastón instintivamente. Unos metros delante, tres perros de arena salieron de una pequeña cueva cercana. Caminaban despacio utilizando el efecto de sol entre las ramas del gran árbol.

En esa zona las ramas producían un juego de luces y sombras que si no estabas acostumbrado podía llegar a marear bastante.

—Ten cuidado. —dijo la soldado—. Son muy rápidos aunque finjan lo contrario.

Uno de los animales embistió contra la mujer, que bloqueó con gracia todos los golpes. Podía

mover su bastón a una velocidad increíble. El arma emitía un sonido diferente cada vez que paraba un ataque y daba la impresión de estar entonando una canción.

Laiya estaba emocionada. La cantidad de Dones que había en el mundo era ilimitada. Tenía mucho que aprender.

Las otras dos bestias se unieron a la batalla y durante unos segundos, la soldado estuvo parando los golpes de las tres.

Pero uno de ellos se movió rápido y mordió a la mujer en la pierna. Su armadura la protegió pero le hizo perder el equilibrio y el bastón se le cayó.

Un perro lo cogió con su boca y se alejó para soltarlo lejos del alcance de la soldado.

La mujer se deshizo del brazal que protegía su cuerpo y lo golpeó con su mano. El trozo de armadura se iluminó rebosante de energía.

Trató de golpear con ellos a los dos perros que la tenían atrapada pero no era igual de efectivo que su bastón.

Uno de los perros aprovechó y la mordió en el brazo desnudo. La sangre se esparció por la arena y la mujer gritó de dolor.

Una luz naranja iluminó la zona y uno de los perros chilló mientras salía por los aires. Laiya cargó energía en su otro puño y golpeó a otro de los perros. Permaneció unos minutos luchando contra las tres bestias con la victoria claramente de su parte.

La soldado se incorporó y recogió su bastón pero no hizo nada. Permaneció observando la increíble habilidad para luchar que poseía la chica.

Los tres perros terminaron huyendo a su cueva.

Laiya concentró la energía en sus dos puños y lanzó un pulso que derrumbó la entrada.

—Ya no saldrán más de caza. —exclamó mirando a la soldado.

—Aceleremos. —contestó—. Tienen que mirarme esta herida antes que vaya a peor.

La entrada a las colosales escaleras que rodeaban al árbol estaban frente a ellas.

«Son enormes.» —pensó Laiya— ¿Cuántas horas nos llevará llegar hasta arriba?

—De forma habitual, la plaza central está a medio día desde este punto. El reino se reparte por todo el árbol y a diferentes niveles. Pero yo conozco un atajo. —dijo guiñando un ojo.

La soldado golpeó el suelo con su bastón y un ascensor natural creado con ramas y hojas descendió hasta ellas.

La soldado hizo un gesto para dar paso a Laiya. El mecanismo se elevó sobre las ramas de los árboles.

La chica podía ver cómo se habían construido casas, negocios y calles sobre las ramas. Eran tan grandes que no daba la sensación de estar en un árbol.

—¿Qué ocurre? —preguntó la chica al ver correr a gente por todos lados.

—Tienen miedo. La Puerta de Arena no se ha activado jamás desde que estamos en el reino. —informaba la mujer observando— ¿Ves los soldados que hay en los puentes? Los reyes han ordenado a la guardia que se aposten en cada uno del reino para tranquilizarlos.

La plataforma llegó hasta una plaza circular llena de comercios. La soldado se bajó y se despidió de Laiya dándole las gracias por haberla salvado. Le ofreció unos cuantos valantos pero

la chica los rechazó.

—Coge al menos uno para comprar algo de comer. Estarás hambrienta.

Le costó encontrar un puesto de comida que estuviese abierto. La mayoría de ellos, presas del pánico, permanecían cerrados pues sus dueños estaban con sus familiares en casa.

El desayuno le hizo recuperar fuerzas. Ahora podía concentrarse en lo que había venido a hacer.

«¿Dónde habrá dejado a Valan?» —se preguntaba mentalmente—. «Puedo sentirlo. Está aquí, pero ¿dónde, Laiya?»

La chica lanzó unos tentáculos de energía naranja que le permitió desplazarse a más velocidad por los diferentes niveles del reino.

Cuando llegó a uno de los superiores, se detuvo brevemente para observar la ciudad. Lo que contaban de ella era cierto. Lum era impresionante, pero por desgracia no tenía tiempo para explorarla.

Una rafaga de energía apareció en el aire. Laiya podía sentirla y sabía de quién se trataba. Vein había llegado a Lum.

Laiya saltó al vacío y se perdió entre el laberinto de ramas que formaba la ciudad.

—¡No puedes esconderte, Valan! —gritaba mientras iba de un lugar a otro.

Siguiendo un rastro de energía desconocido, había llegado a un pequeño oasis formado en una de las ramas más altas.

Una cadena rojiza surgió de ellas en su dirección pero Laiya pudo esquivarla fácilmente. La chica lanzó un pulso de energía hacia esa dirección que levantó toda la arena depositada en el suelo.

Valan se materializó de la nada al lado de la chica y la golpeó. Laiya salió despedida y rodó por el suelo pero se incorporó rápidamente para lanzar otro pulso. Éste dio en el blanco y Valan salió despedido hasta un pequeño lago.

—¿Por qué me has atacado? —preguntó confusa.

—Laiya, no soy yo. Es él. —dijo refiriéndose al Centinela que habitaba en su interior.

—¡Mataste a Vadim! —gritó sin preámbulos.

—Yo no sabía que Casandra iba a hacerlo. —dijo Valan.

—¡Si lo sabíamos! —contestó el Centinela.

La chica comenzaba a perder la paciencia.

—Laiya, él solo quiere tu poder.

—Él también. —dijo el Centinela.

Si había algo que caracterizaba a Laiya además de su enorme ego, era la poca paciencia que tenía. Salió por los aires para golpear a Valan. Dio en el blanco y éste se sumergió en el agua pero con un brazo consiguió agarrarla y la arrastró hacia el fondo.

Ambos se enredaron en una pelea submarina. Cada golpe que se propinaban provocaba olas en el pequeño lago y el agua se desbordaba llegando a caer a los niveles inferiores.

Usando sus cadenas, Valan rodeo a la chica y la lanzó hacia arriba golpeándola contra una rama superior. Después salió despedido hacia ella y le asestó un puñetazo en el estómago.

Laiya se incorporó y lo agarró por el brazo para asestar otro golpe que lo envió directo a un nivel inferior, después emitió un pulso que partió la rama en la que se encontraba para, a continuación, descender más abajo.

—Estás débil, Valan. —dijo mientras lo agarraba por el cuello.

—Pero a mí no puedes vencerme. —decía el Centinela.

—Sé que a tí no, pero tu recipiente es de carne y hueso. —contestó la chica sonriendo y lanzándolo contra el suelo.

El centinela lanzó una cadena roja que rodeó el pie de la chica y la lanzó por los aires. Después saltó hacia ella y la golpeó con la rodilla enviándola a otro lago que había unos niveles más arriba.

Durante unos minutos ambos se estuvieron golpeando y cada golpe resonaba en el aire creando grandes ondas expansivas.

Laiya lanzó a Valan y éste se hundió en el lago.

—Ya no vas a escapar. —dijo triunfante.

El cuerpo de Valan guiado por el Centinela comenzó a elevarse sobre el agua pero Laiya trazó un runa en el aire y la lanzó hacia el lago.

—¿Cuántos Dones posees? —preguntó el Centinela.

Ignorándolo, Laiya ordenó a la runa que explotara y el agua comenzó a cristalizarse atrapando al cuerpo de Valan que luchaba desesperado por escapar.

—No puedes matarme. —dijo jadeando—. Fuimos creados para vivir eternamente.

—Exacto. —contestó Laiya sin saber con cual de los dos estaba hablando—. Pero sé quien puede hacerlo.

—6 Los Soreil—

«Habla este cuento sobre la bondad que habita en las personas. Un sentimiento que, aunque es escaso en estos tiempos, hacen vislumbrar un rayo de esperanza en la humanidad.

Cuando las estrellas dejaron nuestro mundo, los humanos tuvieron miedo a las noches pues muchas eran las criaturas que la habitaban.

Los Centinelas y sus Siervos aprovecharon esta oscuridad para sembrar el caos en los humanos y les atacaban cuando éstos eran más vulnerables.

Pero una noche, la luna apareció en el cielo, blanca y rebosante de energía y jamás volvió a abandonarlo. Algo atrapó la luna para que iluminase los oscuros y tenebrosos caminos del mundo.

Los humanos vieron esto como algo divino y se unieron para combatir a las bestias con la ayuda de su luz.

Fue así como nació el clan de los Soreil, una familia que ayudaba a los nuevos Tejedores que venían al mundo y los entrenaba para defenderse de la plaga de los Centinelas.

Pero iremos por partes, comenzaremos por el principio...

Clare nació en el seno de una familia adinerada propietaria de los campos de cultivos más grandes de Terranda. Desde niña aprendió a organizar a los trabajadores del negocio familiar y, cuando cumplió la mayoría de edad, ya tenía más de cien personas a su cargo.

Un día, mientras los trabajadores charlaban durante su descanso, uno de ellos comenzó a hacer muestras de su Don.

El hombre invocaba animales de humo que lanzaba unos contra otros para que lucharan. Era muy divertido de observar y nadie salía herido. Sus compañeros observaban animando y apostando por un posible ganador.

Los que también tenían Dones, los usaban para tratar de inclinar la balanza a su favor. Unos ponían escudos protectores a las bestias, otros los sanaban, etc.

El festival de Magia que se estaba organizando atrajo a un grupo de Siervos que hicieron aparición en los campos de cultivos. El ataque cogió a todos por sorpresa y aunque supieron defenderse por un tiempo, al final perdieron la batalla.

Clare apareció y contempló horrorizada lo que los Siervos habían hecho en los campos de su familia. La mayoría de sus trabajadores habían perdido la vida y los cultivos estaban destrozados.

Un trabajador moribundo le contó lo sucedido. El hombre era atractivo y captó la atención de la mujer que llamó a sus enfermeros para que curara sus heridas.

Con el tiempo, la amistad entre ambos dio paso al amor y vino su primer hijo, Pabel, un encantador niño de ojos grises.

El negocio quebró pues fue imposible sustituir a todos los trabajadores que habían perecido y

con el dinero entregado a las familias en compensación por la pérdida, las arcas quedaron vacías.

Con los ahorros, Clare y su marido compraron una pequeña cabaña en un valle alejado del reino y vivieron felices durante mucho tiempo...

Nació su segunda hija, un bebé hermoso de ojos dorados que desde el momento de su nacimiento, sorprendió a todos con un poder desmesurado.

Una noche, mientras dormían, un par de Siervos hicieron aparición en la pequeña cabaña. Llevaban varios días rondando por allí, estudiando el comportamiento de la familia para buscar el momento exacto del ataque.

El llanto del bebé los alertó. Uno de los Siervos ya marchaba con ella en brazos y corría por la nieve blanca del valle.

Una flecha dorada y vaporosa se le clavó en el brazo y la criatura chilló de dolor. El bebé se le escapó de los brazos y cayó sobre el espeso manto helado.

Pabel había dado en el blanco pero no contó con el bebé, tan rápido como pudo, corrió hasta la criatura mientras le clavaba varias flechas en su cuerpo.

Clare, corría por la nieve desesperada por llegar a su hija pero se detuvo en el camino. Pabel estaba con el bebé en brazos y un líquido oscuro había cubierto parte de la nieve blanca.

—Lo siento, mamá. —dijo con lágrimas en los ojos—. Se ha golpeado contra una roca.

La mujer cayó al suelo de rodillas gritando de dolor y su voz resonó por todo el valle silencioso.

El otro Siervo salió de la casa con el hombre sujeto por el cuello. Hanzel temblaba de pies a cabeza.

—Deja a mi marido en paz, criatura del infierno. —dijo Clare con toda la rabia que pudo.

Un aura comenzó a rodearla derritiendo la nieve que había a su alrededor. Una copia de la mujer salió a toda velocidad para colocarse tras el Siervo que nada pudo hacer por evitarla.

Su marido aprovechó para soltarse y corrió hacia su hijo pero le temblaban las piernas y cayó sobre la nieve.

Otra copia de la mujer se desplazó hasta el Siervo y comenzó a golpearlo hasta dejarlo inconsciente.

—Acaba con él, Pabel. —ordenó a su hijo—. Déjame cargar con mi hija por última vez.

Una flecha dorada silbó en el aire y llevó la oscuridad a la criatura.

A partir de hoy —anunció la mujer con el bebé en brazos—, yo, Clare Soreil, viviré para combatir a esta plaga y trataré de ayudar a los demás para que no les ocurra lo que a mi esta noche.

Pabel miraba a su madre fijamente, su valentía le hacía sentir orgulloso.

—Criaremos a los bebés que rescatemos en las cuevas del norte y los entrenaremos para luchar, ¿estáis conmigo? —preguntó a su marido y su hijo.»

La venganza

Reese, Nadia y Vein caminaban por el desierto camino al reino de Lum. El chico evitó usar su Don para no llamar la atención de los Siervos.

—¡Tardaremos varios días en subir! —exclamó Reese cuando llegaron a la entrada de la gran escalera de caracol que rodeaba al gigantesco árbol—. Os elevaré aún sabiendo que pueden seguirnos. Si no lo hago, no llegaremos a tiempo.

Los tres comenzaron a subir proyectados por Reese, que se desplazaba dando pequeños saltos hasta perderse entre las ramas.



Valan estaba en un mundo totalmente oscuro. Apenas tenía fuerzas y le costaba caminar. El suelo era de arena y cada paso lento que daba levantaba una polvareda tras él.

A lo lejos una silueta verduzca reía a carcajadas. Era una risa espectral.

Valan siguió caminando, dando pasos lentos pero seguros.

La silueta se iba acercando cada vez más grande hasta que pudo reconocerla. Era el Centinela que años atrás invadió su cuerpo. Valan se arrodilló en el suelo, exhausto.

—Sé que existís. —dijo en voz alta—, sé que podéis oírme. Os suplico a alguno de los Cuatro que me déis una oportunidad para demostrar mi arrepentimiento. He hecho cosas despiadadas en mi vida y eso no podré cambiarlo, pero puedo impedir que todo vaya a peor. Si me dais la oportunidad...

Una mujer morena vestida con una larga túnica azul se apareció ante él. Flotaba en el aire y sus cabellos ondeaban mecidos por un viento inexistente.

—¿Tú? —preguntó confuso al reconocerla.

—Reúne a los once en la puerta, Eril. —le dijo con una voz dulce y hermosa.

Valan se sorprendió al oír su verdadero nombre. Sonaba tan lejano que parecía un sueño de otro tiempo.

La mujer hizo un gesto con las manos y una energía rebosante lo rodeó para elevarlo por los aires.

El hombre sintió de nuevo su poderoso Don y notó vibrar la energía que le había otorgado. Tiró de ella con fuerzas hasta introducirla en su cuerpo.

Eril lanzó sus cadenas, que ahora emitían un fulgor dorado hacia el Centinela y lo apresaron al arenoso suelo. El ser no podía defenderse, había sido anulado por completo.

Valan miró a Laiya sonriendo. Su rostro era diferente, más humano.

—Soy yo. Tienes que liberarme.

—No me vas a volver a engañar. —dijo la chica golpeándole en la cara.

De pronto, una sacudida lanzó a Laiya por los suelos y rompió la cárcel de hielo que había preparado. La chica miró a todos lados tratando de encontrar una respuesta.

—Es el árbol, Laiya. —gritó Valan— ¡Está vivo!

Laiya no lo oyó. Estaba inmóvil. Sentía una energía oscura y poderosa que se acercaba lentamente.

—¡Laiya, somos nosotros! —se oyó.

Nadia, Vein y Reese aparecieron por el aire para aterrizar junto a ella. Laiya buscó a Valan para comprobar si se había vuelto a escapar pero éste seguía allí. También estaba inmóvil.

—Estás herida —dijo Reese—, Nadia puede curarte.

—No lo necesito.

—Laiya, el Centinela que llevo dentro está reaccionando al chico. —dijo Valan señalando a Vein—. Le tiene miedo. Puedo notarlo.

La chica miró a Vein que parecía tan inocente como siempre.

Un pulso llegó del aire con tanta fuerza que tuvieron que hacer un esfuerzo para no caer al suelo.

Un grupo de guardias apareció en la escena en dirección a unas escaleras cercanas que ascendían a niveles superiores.

—La Puerta está emitiendo pulsos muy fuertes, deberíais marcharos de aquí. —les advirtió uno de ellos.

Reese notó el suelo moverse, estaba respirando. Un último pulso llegó más fuerte que los anteriores y todo el reino se estremeció. Las cataratas de arena perdieron su curso y todo se convirtió en una nube colosal de arena.

La mente del chico voló a la noche anterior cuando vio al Hada en la cima de la montaña. Recordó las palabras de la mujer.

Tenía razón, no era la puerta lo que emitía las llamadas...

—¡Es el árbol! —gritó Reese.

—¿Qué? —preguntó Nadia confusa.

—El árbol está emitiendo las llamadas, me lo dijo el Hada.

Ahora todos estaban confusos.

—Laiya —dijo Valan—, debemos subir hasta el último nivel donde está la Puerta. Los Centinelas vienen hacia aquí y voy a dejar que me encuentren, pero tiene que ser allí.

Laiya no quería confiar en él pero no tenía un plan alternativo.

—Sube Laiya —indicó Reese tras escuchar a Valan—. Debemos llegar hasta la Puerta.

Una grieta se abrió en la rama donde se encontraban. La savia comenzó a brotar y se fue desplazando lentamente hacia Vein.

Reese trató de ir hasta él para rescatarlo pero el árbol creó una barrera natural que envolvió al chico.

—¡Vein! —gritó Nadia desesperada.

La chica comenzó a lanzar pulsos para liberarlo pero no surtía ningún efecto.

—El Centinela está vibrando. Tiene mucho miedo. —decía Valan—. El árbol ha incubado a Vein como si fuese un gusano. Tenemos que irnos antes de que esto vaya a peor.

—Yo me quedo aquí. —informó Nadia—. No pienso abandonarlo.

—Y yo me quedo con ella. —contestó Reese.

—Laiya, yo voy a subir. Haz lo que quieras. —dijo Eril finalmente.

El hombre echó a correr hacia las escaleras y Laiya fue tras él.

Un guardia apareció en uno de los niveles más alto para bloquearle el paso.

—Los reyes han bloqueado el acceso al puente que conduce a la Puerta. —dijo de forma tajante.

Laiya iba a dar explicaciones pero Valan se adelantó golpeando al guardia que cayó inconsciente.

—Es más rápido que dar explicaciones. —dijo mientras subía las escaleras que parecían interminables.

Los dos llegaron a la última rama. Ésta estaba libre de la nube de polvo que había provocado el último pulso.

Ante ellos, un puente de cristal dorado daba acceso a una zona circular también de cristal, en cuyo centro estaba construida la gran Puerta de Arena.

—Es maravillosa. —admiró Laiya cuando se acercaron.

Unas escaleras doradas con doce peldaños daban acceso a una pequeña zona donde había sido construida.

La puerta, de cristal blanquecino, poseía un marco dorado decorado con símbolos vaaricos azules. La parte superior rebosaba polvo de arena que se perdía en el cielo. Era mágica, no había duda de que su creador fue un auténtico genio. Alguien sobrehumano.

La tranquilidad del momento fue interrumpida por Reese y Nadia que aparecieron de la nada. Estaban malheridos y se desplomaron en el suelo.

—Es Vein, Laiya. Es horrible.

—Viene hacia aquí, Laiya. —advirtió Eril—. Puedo sentir al Centinela nervioso.
—Puedo notarlo, Valan. —dijo la chica—. Lo llevo haciendo desde que Vein aterrizó en Lum.
—Llámame Eril, por favor.

Unos hilos dorados surgieron del suelo rompiéndolo por diferentes zonas. Los cristales cayeron al vacío y Nadia dio un grito de terror.

—Reese, pónelos a cubierto. —ordenó Laiya.

El chico asió a Nadia y trató de proyectarse pero estaba cansado y gravemente herido. Ayudándose el uno del otro llegaron hasta el borde de la plaza y se tumbaron en el suelo.

—No mires hacia abajo. —dijo Reese contemplando el abismo que los separaba del suelo arenoso del desierto.

Nadia asintió, estaba exhausta. Necesitaba algo de fuerzas para poder lanzar un pulso de sanación.

Reese perdió el conocimiento debido al cansancio y las heridas que tenía en el cuerpo.

Vein hizo aparición. Caminaba lentamente por el puente de cristal acercándose a la puerta.

Valan cambió a una pose defensiva.

Laiya estaba nerviosa y a la vez emocionada.

—Hijos míos. —dijo Vein sin mover sus labios—. Gracias por haberme liberado. Gracias por venir a mi reino a entregarme la llave.

Laiya y Valan estaban confusos.

Una grieta se abrió en el cielo y los diez Centinelas aterrizaron en el suelo cristalino. Todos se arrodillaron ante Vein.

El cuerpo de Valan comenzó a moverse en contra de su voluntad, el Centinela estaba recuperando sus fuerzas y le hizo arrodillarse también.

—¡Identificate! —ordenó Laiya.

—Muchos nombres nos habéis impuesto cuando jamás deseamos alguno. —dijo Vein mirándola a los ojos—, mi auténtico nombre es Veisil.

Por primera vez, la chica sintió el miedo recorrer todo su cuerpo.

Valan consiguió deshacerse de la presión del Centinela y se colocó a su lado.

Veisil se elevó en el aire y ordenó a sus Centinelas que atacaran. Los diez salieron volando hacia su objetivo.

Laiya creó una esfera de energía que rechazó los primeros ataques de los Centinelas pero el poder de las criaturas era claramente superior y la chica cayó al suelo golpeada por la lanza de uno de ellos.

Valan usó su cadena dorada para arrebatarle el arma antes que asestara el golpe final a la chica.

Otro Centinela golpeó a Eril en el costado, pues el Centinela de su interior se estaba abriendo paso y le costaba controlar sus movimientos.

El hombre consiguió protegerse finalmente y contraatacó lanzando a la criatura por el suelo.

—Es increíble el poder que os he otorgado. —dijo Veisil mientras observaba la batalla—. Quizá tenga un hueco para vosotros cuando esto acabe.

Un sonido procedió de la puerta. Fue un leve crujido, como el sonido que hace una cerradura cuando giras la llave que has introducido.

Veisil miró asombrado y confuso.

La puerta se abría lentamente y eso, era imposible.

La Puerta de Arena

El sonido de la puerta despertó a Reese que se incorporó mareado y dolorido. Echó un rápido vistazo a su alrededor y vio a Nadia junto a él. Estaba medio consciente.

La chica le sonrió y con las pocas fuerzas que tenía emitió un pulso que sanó levemente sus heridas.

—Es lo máximo que puedo hacer ahora. —dijo casi murmurando.

—Tenías que haber sanado las tuyas.

—Tu eres mi misión. —le contestó sonriendo.

—Nadia, tengo un plan..

Pero la chica se había desmayado.

Reese comenzó a caminar hasta el centro de la plaza ocultándose entre los cristales enormes que se habían roto a causa de los hilos dorados lanzados por Veisil.

El Vaaro ordenó a sus Centinelas que detuvieran la lucha y se situaran delante suya frente a la puerta. Los diez obedecieron al instante y se colocaron en línea recta delante de su creador.

Laiya y Valan cayeron al suelo agotados.

Una fuerza descomunal comenzó a absorber todo hacia la puerta que continuaba abriéndose lentamente.

La paciencia de Veisil se agotó y con un gesto, terminó de abrirla por completo provocando un fuerte estruendo. Una fuerza huracanada comenzó a tragar todo hacia su interior.

Reese apenas podía mantenerse en pie. Cada ráfaga de viento era un duro golpe para él, pero sintió una fuerza superior ayudándole y continuó caminando hacia delante. La puerta emitió una blanca luz poderosa que cegó a los presentes. Incluso Veisil, limitado por la carne de Vein, tuvo que entornar los ojos.

Una figura emergió de la luz y comenzó a avanzar lentamente hacia adelante. Sus pasos eran gráciles y su porte perfecto.

Cubriéndose los ojos, Laiya trató de averiguar lo que ocurría. La luz desapareció y la silueta cobró forma.

La chica estaba atónita.

—¡Vadim! —consiguió exclamar antes de desmayarse.

Una mujer morena apareció caminando con una impecable túnica azul que ondeaba a cada paso que daba. Tenía un porte elegante y parecía flotar en vez de caminar.

—¿Qué es esto, hermana? —preguntó Veisil rebosante de ira— ¡Atacad con toda vuestra furia,

hijos míos!

Los Centinelas cargaron inútilmente contra la mujer que sin esfuerzo alguno evadía los golpes de manera perfecta.

Con una palabra, los Centinelas fueron apresados con unas cadenas doradas que surgieron del suelo cristalino.

La mujer no se molestó en golpearlos.

—Con el tiempo comprendí que si tu abriste un día la puerta, cualquiera de nosotros podía hacerlo. —dijo mientras se acercaba a su hermano— ¿Cómo pudiste hacernos esto? A tu propia sangre.

—Pandeas y tú seguías a Alteon sin reprochar nada. Hacía lo que quería... —gritaba Veisil furioso.

—¡Porque es el primero! —gritó la mujer.

Su voz resonó en todo el reino.

Elevando sus manos, creó un aro dorado y lo lanzó hacia Veisil que quedó encerrado en él.

—Estás limitado por la carne humana. ¿No pensaste eso antes de cambiar tu cuerpo?

—¿Qué estás haciendo, Vaa?

—Liberarte, ¿no es eso lo que buscabas?

La mujer realizó unos movimientos con sus dedos y el aro comenzó a emitir pulsos de energía dorada.

El alma de Veisil comenzó a retorcerse hasta salir expulsado del cuerpo de Vein que cayó al suelo inconsciente.

—Alguien lleva tiempo esperando verte, hermano. —dijo la mujer colocándose a un lado de la puerta.

La figura de Alteon emergió de ella. Era alto y su cabello largo y blanco. Llevaba armadura ajustada de tonos blancos y dorados cubierta por una capa blanca. Su cabeza estaba cubierta por un casco en forma de águila.

—Nos defraudaste, Veisil. —dijo con una voz atronadora.

Alteon miró a su hermana y ésta asintió con la mirada.

El ser divino se elevó hasta situarse en el centro de la puerta y emitió un pulso inverso que se originó en la otra cara del planeta. Allí donde había tierras aún sin explorar.

La energía liberada se extendió hasta invadirlo todo, recorrió valles y montañas, pueblos y ciudades, personas y animales. Hasta el último rincón del mundo quedó cubierto por ella.

La puerta vibró con fuerzas y toda esa energía fue absorbida por ella en cuestión de segundos. Todo se volvió blanco por unos instantes.

La mujer miró a Reese que estaba a pocos metros de ellos sonriendo de manera infantil y le hizo un gesto de agradecimiento.

Laiya se incorporó con un fuerte dolor de cabeza. Rápidamente echó un vistazo a su alrededor y comprobó lo que más temía, Valan se había vuelto a escapar.

—¡Maldición! —exclamó mientras trataba de ponerse en pie.

La chica se notó extraña. Miró sus manos como hacía siempre que quería sentir su fuerza y pudo comprenderlo todo.

—¡Vein! —se oyó gritar a Nadia que también se estaba levantando.

Reese estaba al inicio de las escaleras que subían hasta la puerta. Tenía al chico en sus brazos y en su mano guardaba una pequeña esfera de energía.

—¿Está muerto? —preguntó Nadia cuando llegó hasta ellos.

—Ahora mismo creo que si. —afirmó Reese.

Nadia puso sus manos sobre él para lanzar un pulso de energía pero este no salió de sus manos.

—¿Qué ocurre?

—Nos han arrebatado los Dones. —dijo Laiya mientras se acercaba.

Nadia la observó.

Parecía diferente. Estaba cansada y ya no caminaba con ese aire de superioridad que la caracterizaba.

—¿Qué tienes en las manos, Reese? —preguntó Nadia observando la esfera.

—Me lo ha dado Ella.

Reese colocó a Vein en el suelo con la mayor suavidad que pudo y ofreció la esfera a la chica.

Nadia emitió el último pulso de energía que se conocería en la historia del mundo y Vein entornó los ojos.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó confuso.

Nadia lo abrazó con fuerzas y Reese, emocionado por el momento, se unió al abrazo.

—¿Lo sabías todo, verdad? —preguntó Laiya a Reese.

—Todo no. —contestó el niño soltándose de los chicos y poniéndose en pie—. Vadim me contó lo suficiente para no estropear nada. —dijo sonriendo.

Laiya también sonrió.

Algo llamó su atención. A unos metros, vio un cubo pequeño que emitía diminutos destellos dorados. Se acercó hasta él para recogerlo, era cálido al contacto. Después, levantó la vista hacia el cielo.

Estaba cubierto de estrellas.

—7 El mercader ambulante—

«Este cuento habla sobre algo peculiar, una historia que de seguro, nadie entenderá a la primera.

Corrían tiempos favorables para el comercio. Los vendedores habían dejado sus hogares para salir a los caminos donde, un buen número de viajeros, paseaban con sus bolsillos bien cargados dispuestos a cerrar una buena compra.

Los árboles se habían cubierto de hojas multicolores, algunas eran rojas como el fuego, otras amarillas como limones y la mayoría de ellas marrones, como el barro seco de los caminos.

La estación del otoño siempre era bienvenida, no se sufría el gélido frío del invierno ni el calor molesto del verano. La primavera era otro cantar, pero generalmente coincidía con la cosecha y todos la pasaban trabajando.

Un vendedor caminaba lentamente con su burra. Como el peso de los objetos ya era elevado, no quiso cargar al pobre animal con el suyo así que le ató la soga al cuello y avanzó a su lado.

El día había sido bueno y ya regresaba a casa repasando mentalmente las ganancias. Como no tenía nadie a quien rendir cuentas, algo que no era un problema para él, pensaba en qué tipo de caprichos se daría para gastar parte del dinero ganado. Quizá podría comprar un pequeño terreno donde vivir aislado de los demás, no había otra cosa que deseara más que estar solo, pero eso era imposible, la gente no podía desaparecer sin más.

No quedaba más de un kilómetro para llegar a su hogar cuando un hombre se le acercó.

No era muy alto y parecía bastante frágil. Tenía la cabeza cubierta con una tela que le cubría casi hasta sus rasgados y grises ojos. Vestía una camisa blanca hecha jirones y un pantalón negro ceñido.

—¿Una última venta antes de volver a casa? —preguntó al vendedor.

—Nada me haría más feliz. —contestó el hombre deteniendo a su burra— ¿Qué desea el señor? Tengo utensilios para cocinar, piedras preciosas y una interminable lista de objetos variados. Y si no lo poseo, se lo consigo.

—¿Está seguro? —dijo el hombre.

—Su pregunta me ofende. Soy el mejor mercader ambulante de todo Baam. Y puedo conseguir...

—Deseo la luz. —informó el viajero.

El vendedor lo miró confuso.

—A ver, puedo conseguir algo que sea material. —dijo excusándose.

—Dijiste que podrías conseguir cualquier cosa.

—¿Que tipo de luz necesitas? Puedo conseguirte un candelabro...

—La luz de la luna. —contestó seriamente—. Mucho es el tiempo que llevo viajando y en

ocasiones los caminos se vuelven oscuros.

—Lo siento. —se disculpó el vendedor que comenzaba a ponerse nervioso.

—No lo sientas, solo cumple tu parte del trato. Has dicho que podrías conseguirme lo que pidiese y yo te he pedido la luz de la luna. —El hombre se ajustó la tela que tenía sobre la cabeza y por unos instantes, el vendedor pudo ver un par de ojos más sobre los dos que tenía descubierto.

—¿Qué diablos eres? —preguntó asustado.

—Solo soy un viajero que quiere comprar a un vendedor ambulante. Esta noche será la primera luna llena del mes, si mañana regresas con su luz, yo la dejaré aquí para siempre y tú tendrás lo que siempre has deseado.

Por un momento, los oscuros ojos del vendedor se abrieron como platos. Con todo el dinero que había ahorrado tendría para vivir mucho tiempo. Solo tenía que idear un plan para engañar al viajero, se notaba a leguas que era más joven que él.

—Está bien. —dijo finalmente el vendedor—. Mañana estaré aquí a la misma hora y traeré conmigo la luz de la luna. Te prometo que no volverás a perderte de nuevo en los oscuros caminos. Pero deberás otorgarme lo que más deseo.

—Así lo haré.

El mercader pasó toda la noche ideando algo para engañar al viajero. Pensó en las piedras brillantes de Arcanta, en los peces fluorescentes del lago cristalino o incluso en las perlas de las costas azules pero nada de eso daría resultado.

Agotado, se quedó profundamente dormido. Sin darse cuenta que ya le había dado lo que pedía.

La tarde siguiente, el vendedor salió de casa y cuando llegó al lugar indicado la luna se alzaba brillante sobre él. No había rastro del joven viajero y lo más extraño, no se veía a nadie por ninguna parte.»

La paciencia de un hijo

La densa niebla que cubría las islas desde tiempos inmemorables había desaparecido y el sol brillaba en el cielo como hacía tiempo que no ocurría.

Los Kerpas estaban celebrando el día de la unión. Los hombres hacían barbacoas por todos los rincones del pueblo y cualquiera era libre de ir a comer donde quisiese.

—¿Quién iba a decirnos que ayudar a una Kerpa nos llevaría hasta las ruinas y hasta el lugar donde estamos? —dijo Edian dando un sorbo a la taza de té que tenía entre las manos.

Hergel asintió mientras daba la vuelta a la carne que había puesto en la barbacoa.

Una niña se acercó hasta Edian y tras decir algo en el lenguaje de los Kerpas, se sentó en su regazo. Edian le contestó sonriendo y la besó en la cara.

Los tres estaban en el porche de una pequeña casa que habían construido con sus propias manos en un pequeño terreno que la aldea les había ofrecido.

—Me pregunto dónde estarán Nadia y Reese. —dijo acercándose a la barbacoa —Hace años que no sé de ellos y ahora que la Magia ha desaparecido, sus vidas deben de ser muy diferentes.

—Quizá algún día vuelvas a verlos. —Hergel le ofreció un trozo de carne—. Los hilos invisibles aún permanecen.

El hombre se acercó hasta la niña y le ofreció otro trozo de carne que aceptó de buen gusto.

—Te propongo algo, Edian. —dijo sentándose a su lado en el porche de la pequeña casa—. Cuando sepamos qué ha ocurrido con tus padres, iremos en busca de tus amigos.

El joven se incorporó y respiró profundamente tratando de absorber toda la positividad del momento.

—Me parece un buen plan.

La brisa de la primavera

Atrás quedaron los fríos días de invierno y la brisa de la primavera abrazó al mundo como solo una madre sabe hacerlo.

Laiya estaba en el jardín de su casa sentada bajo un gran árbol. El viento fresco ondeaba su cabello que había crecido más de la cuenta y se lo había teñido de blanco.

Jugando con el cubo entre sus dedos, observaba los débiles destellos que emitía. Eran los últimos fragmentos de Magia que quedaban en el mundo.

Se incorporó y se acercó hasta una pequeña valla que días atrás había pintado de blanco. Inspiró todo el aire que pudo y lanzó el cubo hacia arriba con todas sus fuerzas.

Una esfera dorada la rodeó envolviéndola de una calidez que añoraba. El calor de la Magia.

La voz de Vadim sonó clara y profunda.

—Te ofrezco los fragmentos de pensamientos que he ido guardando durante todo este tiempo, pues muchas son las preguntas que ahora poblarán tu mente.

Silencio.

Laiya sonrió y se acomodó en el cercado.

—Alteon ha encontrado una esfera adaptable. Vamos a comenzar un nuevo ciclo. Cada uno de nosotros tenemos clara nuestra función. Alteon busca esferas con las condiciones idóneas para sembrar la vida. Yo me encargo de darle forma, forjando montañas, océanos, valles y ríos. Veisil crea el firmamento, el mundo etéreo, los Dones y otorgará a las personas algo por lo que soñar. Por último, Pandeia, el más joven, crea las diferentes razas para disfrutar todo lo creado.

Silencio.

—Hemos finalizado nuestro trabajo. Las máquinas de Veisil han resultado ser una ayuda increíble. Nuestro hermano hizo un buen trabajo al crearlos. Nos facilitan las labores más tediosas.

Pandeia nos ha creado un mundo bajo el suelo donde estudiaremos los movimientos de los humanos. Intentaremos evitar que destruyan la esfera como ha ocurrido siempre.

Silencio.

—Alteon ha propuesto algo diferente para esta esfera. Ha pedido a Veisil que por esta vez, no dote al mundo de Dones pues éstos, siempre acaban corrompiendo a las personas. Nuestro hermano ha aceptado pero lo veo inquieto. No parece él mismo.

Silencio

—Han pasado milenios desde mi última grabación. Observábamos pacientemente el comportamiento de los humanos. Veisil, aburrido sin nada nuevo que observar o estudiar empezó a discutir con Alteon. Ha amenazado con destruirlo todo si no se le deja otorgar sus Dones. Alteon, tan noble como siempre, le ha permitido regalar algunos al azar. Solo a quienes lo merezcan.

Silencio.

—Cansado de buscar a los elegidos, a espaldas de Alteon, Veisil ha hecho que los Dones se repartan al azar. Ha sellado el conjuro para no poder deshacerlo. Se lo ha contado a Pandeia y él ha venido a decírmelo, está preocupado por la reacción de Alteon.

Silencio.

—Ha pasado mucho tiempo. Los Alzados, Tejedores se hacen llamar, han comenzado a imponer su poder frente a los humanos. Tal y como predecimos, la corrupción ha vuelto al mundo alcanzando límites que no esperábamos.

Silencio.

—El rey Gris ha usado su Don para masacrar a todo su pueblo. Miles de personas inocentes aniquiladas por un tirano sin escrúpulos. Esto ha agotado la paciencia de Alteon. Está discutiendo con Veisil. Pandeia no deja de llorar.

Silencio.

—La batalla entre mis hermanos ha sido tan grande que ha modificado la geografía del planeta y ha eliminado a millones de seres vivos entre ellos, humanos. Sin quererlo, Veisil ha atacado todo lo que cada uno de nosotros amamos.

Silencio.

—Con nuestra ayuda, Alteon ha vencido a Veisil que parece arrepentido de sus acciones. Le ha ordenado que elimine los Dones de las personas y todo vuelva al plan original. Ver el mundo crecer y prosperar sin la ayuda de la Magia.

Silencio.

—Veisil ha aceptado la propuesta. Ha creado a los Centinelas, once criaturas hermosas que absorberán los Dones de la gente al nacer y mantendrán el mundo libre de Magia.

Silencio.

—Como muestra de arrepentimiento, Veisil ha creado el lugar más hermoso que hayamos visto jamás. Lo hemos llamado Lum, que en nuestro lenguaje significa Luz. ¿Quién puede negarse ante semejante maravilla? Veisil nos ha sugerido ocultar el reino a la vista de los humanos y desde ahí poder estudiarlos sin necesidad de estar bajo ellos.

Nos ha mostrado algo asombroso. Una puerta tallada con sus propias manos por la cual se irá la Magia absorbida por los Centinelas.

Los tres hemos aceptado.

Silencio.

—Nuestro hermano ha sido corrompido por meros sentimientos humanos. Los celos y la envidia le ha llevado a hacer algo abominable.

Veisil ha dotado de inmortalidad a los Centinelas y les ha ordenado asesinar a los Alzados para convertirlos en Siervos. Unos seres humanoides capaces de rastrear Magia que asesinan para crear nuevos Siervos.

Quiere crear un ejército de la muerte.

Silencio

—Los Centinelas y sus Siervos no solo eliminan Alzados si no a todos los que hablan de nosotros. Los humanos piensan que somos asesinos. Nosotros, que le dimos la vida. Por suerte, han demostrado ser fascinantes, han aprendido a enfrentar a estas criaturas. Durante todo este tiempo, la batalla ha estado equilibrada.

Silencio.

—Alteon está muy enfadado. Jamás lo he visto así. Ha tomado una decisión. Veisil tendrá que dejar el mundo a través de la puerta que él mismo creó y no debe regresar jamás.

Nuestro hermano ha entrado en cólera. Su ira ha dejado al cielo sin estrellas lo que ha provocado un miedo atroz en los hombres. Ha creado nuevos seres mágicos, algunos de ellos tenebrosos. Los humanos tienen miedo a la noche.

Silencio.

—Ha pasado algún tiempo desde mi última grabación. Estoy sentado en mi despacho situado en la planta cinco de la Torre del Tiempo. Las cosas han cambiado. Ahora me hago llamar Vadim y dirijo una escuela de Magia que protege a los Alzados de los Centinelas.

Llueve demasiado en el planeta, allá donde esté, Pandeia deber estar muy triste. Voy a preparar un té y narraré lo ocurrido tras la decisión de Alteon.

—Llegó el día y todos estábamos frente a la Puerta de Arena. Pandeia lloraba la marcha de Veisil, sea como fuese, era su hermano.

Cuando se abrió ocurrió algo inesperado. Una fuerza descomunal comenzó a engullir todo cuanto había a este lado de ella. Sentimos la energía abandonar nuestros cuerpos y ser absorbida por la puerta.

Alteon trató de encontrar una respuesta y pudo encontrarla en la mirada eufórica de nuestro hermano. Nos había vuelto a engañar.

Veisil lanzó un pulso de energía al viento y después se convirtió en un gigantesco árbol que echó raíces por todo el desierto.

Aún oigo el pulso, es una llamada de auxilio que espera ser oída por la Llave que abrirá las entrañas del árbol.

Silencio.

—Tuve que detener la grabación. Tengo a mi cargo un grupo de profesores que me ayudan a velar por la seguridad de los alumnos y aparecieron en mi despacho para solucionar algunos temas del colegio...

Pandea fue el primero en desaparecer. Yo trataba de aferrarme al suelo pero el ataque nos pilló por sorpresa y no pudimos defendernos.

Alteon estaba en el umbral tratando desesperado de no ser engullido por la puerta.

Con una fuerza titánica, consiguió cerrarla antes que me devorase a mi también. Aún recuerdo sus palabras antes de desaparecer:

Encuentra al que responda la llamada de nuestro hermano. Salva lo que hemos creado.

Silencio.

—Deambulé solo por este vasto mundo que hemos creado tratando de idear un camino hasta mi meta. He guardado parte de nuestra historia en nuestros cubos y los he lanzado al mundo para que sean escuchados por los hombres. Quiero que dejen de temernos.

—Silencio.

—Los Metalias creados por Veisil se han vuelto hostiles. Atacan a todos quienes entran a nuestras salas.

Silencio.

—He creado un orbe localizador. Los profesores lo llaman, “El Ojo”. He inventado que ya estaba aquí cuando llegué a la escuela. Quiero evitar preguntas. Este orbe me ayudará a encontrar Alzados por el mundo para traerlos a la escuela donde serán instruidos para combatir a los Centinelas. Mi verdadera intención es encontrar el Alzado elegido por mi hermano para oír su llamada. Me siento mal por ello.

Silencio.

—Los Alzados eran cada vez más numerosos y eso podría atraer a los Centinelas así que doté a la escuela de un campo protector para evitar el rastreo.

El tiempo pasaba y el Alzado no aparecía. Para este entonces ya tenía mi equipo de profesores formado y una reputación admirable en todo el mundo. Pero mi objetivo no se cumplía.

Silencio.

—Ha aparecido Eril Vantasel, un niño cuyo Don es asombroso. Puede arrebatarse el poder a un Alzado y conservarlo. La víctima pasa a ser un común. Su poder es tan cruel que creo que es el elegido por mi hermano. Eril puede además proyectarse a otro lugar del mundo.

Los Dones de Veisil son alucinantes.

Silencio.

—Lo que ha ocurrido está fuera de mis planes. Esto puede cambiarlo todo. He estado

observando a Eril desde que detecté su Don en el reino de Baam. Es un chico frío y calculador que sólo busca poder. Se ha enfrentado decenas de veces a los Siervos pero lo que hizo hace unos años superó mis expectativas.

Venció a un Centinela y lo absorbió.

Las otras diez criaturas quieren arrebatarme la vida y no puedo permitirlo.

Con la apariencia de una joven mujer, lo he atraído hasta la escuela ofreciéndole algo que no podía rechazar, el poder absoluto.

Ha caído en mi trampa y al llegar a la escuela, lo he encerrado en una celda. Un lugar creado con una Magia Vaarica incapaz de ser detectada por alguien que no fuese un Vaaro.

Encargué a la profesora Pavonne que vigilara de cerca a Eril que ahora se hacía llamar Valan.

La profesora se haría pasar por su cómplice para sonsacar la ubicación de los otros Centinelas. Era una simbiosis, yo lo protegía de esas bestias y él me ayudaba a eliminarlas.

Eril volvió a caer en la trampa y, a cambio de la promesa de ser liberado, contó a la profesora Pavonne más información de la que yo esperaba.

Veisil había dado instrucciones a los Centinelas y yo conocía su plan.

—Mi hermano fue muy inteligente, si su Llave era detectada por los Centinelas, las probabilidades de sobrevivir y ayudarlo a volver al mundo eran remotas así que lo protegí con un poder que destruía todo cuanto pudiese hacerle daño. Un poder propio de un Vaaro. El poder fue bloqueado para que la persona no pudiese usarlo a su voluntad.

Por si necesitaba eliminar este bloqueo, Veisil creó otro Don. Uno con una fuerza capaz de destruirlo todo. Fué así como supimos que existía Laiya. Una chica con un poder incomprensible que no dudamos en traer a la escuela para observarla.

Silencio.

—Laiya lleva tres años aquí. Es una chica muy especial, le he cogido mucho cariño en todo este tiempo. Mi comportamiento hacia ella es más humano de lo que pensaba.

Sus estudios deberían haber acabado hace un año pero tenemos miedo a dejarla ir. No podemos permitir que un poder tan desmesurado caiga en las manos equivocadas.

La estamos reteniendo con mentiras. Nada me diferencia de mi hermano.

Silencio.

—Esta es mi última grabación. Para el mundo, hoy he muerto apuñalado por mi fiel ayudante Cassandra.

Ha aparecido un nuevo Proyector, un niño de ocho años. Todo empieza a encajar. Lo voy a observar de cerca y guiaré sus movimientos a mi conveniencia.

El plan de Veisil para dominar el mundo se está volviendo contra él.

Eril pidió a la profesora Pavonne proyectarse en espíritu a Berelum, necesitaba hablar con alguien. Un chico respondió a la llamada y se presentó en la escuela, lo estudié desde que pisó estas tierras y me di cuenta que vino directamente a buscar a Laiya. Eril debía tener un plan con ellos dos y yo necesitaba averiguarlo.

El chico es Vein, un niño de apariencia triste que ha podido ver la celda que creé para Eril. No hay duda, si puede ver algo creado con Magia Vaarica, es que tiene nuestro poder en su interior. Es la Llave. Por fin acabaré mi misión. —La voz respiró con calma antes de continuar—. He liberado a Valan para que sea detectado por los Centinelas. De esta forma tendré a los once

juntos. Debo hacer que vayan a la Puerta de Arena y sean absorbidos y para eso tengo al nuevo Proyector.

—Laiya. —Se dirigía ahora a ella—. El resto de la historia ya la conoces. Tuve miedo que mi plan se viniese abajo cuando Eril se escondió en la escuela tras ser liberado y los Centinelas vinieron a buscarle.

Eril quería más poder así que lo primero que hizo es ir al orbe que creé para encontrar a la Llave pero el objeto dejó de funcionar cuando Vein llegó al colegio pues ya había acabado su misión.

Gracias, has salvado al mundo.

La joven sonreía orgullosa.

—Quiero pedirte perdón pues te he usado como a otros. Para tratar de compensar mi comportamiento, quiero pedirte que viajes al oeste allí donde las nubes son plateadas y visites la Aldea Soleada.

Dos personas están esperando tu llegada.

La grabación finalizó y la esfera dorada desapareció para devolverla a la realidad. El cubo cayó en la tierra y la chica lo recogió para examinarlo, aún poseía un leve atisbo de magia. Una débil llama moribunda pero única en el mundo.

Cavando un hoyo con sus propias manos, lo introdujo en él y se aseguró de marcarlo con una roca blanca que seleccionó de su alrededor. Después, se dejó caer al suelo para asimilar todo lo que había escuchado.

El contacto con la hierba fresca era placentero.

—Disculpa. —se oyó una voz femenina— ¿En qué lugar estamos?

Laiya se incorporó rápidamente, un hombre y una mujer aparecieron junto a ella. Llevaban una armadura de placas con el emblema de la casa real de Sinista.

Una nueva aventura

—No vamos a llegar a tiempo, Reese, date prisa. —decía Nadia que caminaba cargada de bolsas llenas de alimentos—. Seul debe estar nervioso esperándonos.

Ambos caminaban por unas callejuelas empinadas que conducían a la plaza central donde se dirigían.

—Antes era más fácil. —refunfuñaba el chico— ¿Por qué tuvieron que llevarse nuestros Dones?

—¿De verdad quieres volver a lo de antes?

—No, claro que no. Pero a veces es un fastidio. —decía Reese tratando de acelerar el paso para alcanzar a la chica.

Los dos llegaron a la posada donde llevaban unos meses trabajando. Con los Valantos que Nadia poseía, alquilaron una pequeña habitación para los tres y con el paso de los días la amistad con Seul, un artista de circo ahora retirado y que había montado una posada, se fue haciendo cada vez mayor así que finalmente llegaron a un acuerdo laboral.

Ellos ayudarían en todas las tareas a cambio de un sueldo modesto y un lugar para dormir.

Vein los esperaba en la cocina nervioso. Tenían muy poco tiempo para preparar la comida de los hambrientos trabajadores que llegarían en apenas una hora.

—Lo siento. —iba diciendo Nadia conforme entraba—. Había mucha gente en el mercado.

—Vamos vamos, dentro de poco estarán las mesas ocupadas—. Vein abrió las bolsas con los productos.

Todo salió bien como siempre y el almuerzo fue un éxito. Hubo música, narración de historias y otras actividades que entretenían a los habitantes del pueblo mientras bebían una y otra vez.

La jornada laboral había acabado y los chicos descansaban sentados en el pequeño balcón de su habitación. Desde ahí podían ver toda la plazita con sus numerosas calles que descendían hasta perderse de la vista.

Vein sujetaba en la mano un libro que había estado leyendo durante todo su viaje. Unos cuentos que iba analizando cada vez que tenía un pequeño hueco.

—¿Qué lees? —preguntó Nadia.

—Los Ocho Cuentos. —contestó el chico dejando que lo ojeara.

—¿Es interesante?

—Para mí sí, explica los orígenes de algunas cuestiones del mundo y además le he cogido un cariño especial. Viene conmigo desde que abandoné Berelum.

—Quizá lo lea también. —dijo la chica.

—Deberías, a mi solo me falta el último pero después puedo dejártelo.

Vein recuperó el libro y leyó en voz alta el título del último cuento: “Una era sin Dones.”

—Esto nos hubiese aterrado hace un tiempo, ¿no crees? —dijo Vein incorporándose y asomándose al balcón.

—Y ahora tenemos que resignarnos a vivir sin ellos. —contestó la chica mientras se asomaba también.

—Llevamos varios meses aquí y aunque estoy feliz, creo que no es nuestro lugar. —Dijo el chico cambiando de tema.

Nadia asintió, le encantó saber que ella estaba en sus planes.

—¿Te gustaría conocer Osblem? —preguntó la chica—. Es una ciudad muy bonita y tengo curiosidad de saber como estará ahora que la Magia no mantiene los edificios flotando. Espero que todo esté bien.

—Osblem podría ser un buen lugar para comenzar. —dijo Vein sonriendo.

—Tengo algo pendiente. —Nadia observaba a Reese.

El chico estaba sentado en el tejado que había entre el balcón y la plaza. Desde que todo acabó, le gustaba tumbarse ahí y pasarse las horas pensando.

Aunque no lo decía, necesitaba volver a Marantina.

—Debe reunirse con su familia. —concluyó la chica.

—Iremos a Marantina pues. —dijo Vein sin pensarlo dos veces—. Habrá que empezar a organizarlo. El viaje durará meses y estoy seguro que será una nueva aventura.

Nadia le sonrió, cuánta bondad emanaba de él.

—¡Reese! —llamó Nadia.

El pequeño se incorporó y cubriéndose los ojos del sol echó un vistazo hacia el balcón.

—¿Estás listo para ver a tus padres?

Epílogo

«Aquí os dejamos. Lejos de nuestra influencia y a vuestro libre albedrío. Os devolvemos las estrellas que un día brillaron en el firmamento y nos llevamos los Dones que tantos problemas han causado. No obstante, hemos querido conservar algo de Magia en el mundo. Una diminuta chispa que reside en vuestro interior y os hace especial a cada uno de vosotros. Encontradla y envolvedos en ella. Seréis invencibles.»